

CAPÍTULO LX

SEGUNDA GUERRA CARLISTA

Ya hemos dicho que la dimisión de Cabrera y las rivalidades entre los principales caudillos del carlismo fueron causa de su fracaso. No obstante, al comenzar el año 1870, las masas carlistas, que no habían perdido la fe en sus ideales, mostrábanse tan decididas á continuar la lucha, que Don Carlos creyó conveniente emprender algunos trabajos preparatorios.

En vista de ello, envió el Gobierno á Cataluña y al Norte fuerzas considerables.

Aunque la guerra no se había aún organizado, las partidas que por entonces comenzaron á levantarse contaron desde luego con la cooperación del clero, no todo sin embargo carlista.

El de Astorga, que había conseguido reunir hombres, armas y dinero, esperaba á que la campana de la catedral diera la señal convenida para apoderarse violentamente de la ciudad. Así las cosas, requerido el alcalde para entregar el mando á una Comisión de los facciosos, resistióse valientemente á hacerlo, y con esto sólo consiguió amedrentar á los conspiradores. Fracasó la intentona.

Algunas partidas levantáronse por entonces en los pueblos de Valdeviejas, Rioseco de Tapia y otros, mandadas por eclesiásticos; pero se disolvieron á los pocos días.

En Valencia, el Maestrazgo, Aragón y Madrid, levantáronse otras partidas; pero en vista del aislamiento en que se encontraron y por carecer, además, de un plan fijo y de una dirección experta, hubieron de dispersarse.

Las autoridades de Pamplona desbarataron la conspiración carlista de Navarra, de que eran principales agentes el Marqués de las Hormazas y dos oficiales del ejército. Para ponerse al frente del movimiento había sido designado el brigadier carlista Larrumbe. Todos fueron presos.

El mal éxito de estas primeras aventuras detuvo el movimiento de insurrección. Solamente en las Vascongadas el cabecilla Lizárraga logró contener la persecución de las fuerzas del Gobierno, merced á órdenes que dictara en un bando. Mandaba en ese bando proceder á la inmediata destrucción del servicio de los ferrocarriles y á la clausura de todas las dependencias, bajo la pena de

muerte, á cuantos empleados contravinieran sus órdenes. Varios empleados pagaron con la vida su amor al cumplimiento del deber. Tan seguros se encontraban los carlistas en el Principado, que el Infante Don Alfonso, hermano de Don Carlos, no dudó un momento en ponerse al frente de sus huestes. Era, pues, Cataluña el foco del carlismo. No obstante la facilidad que halló Don Carlos para ordenar el



Antonio Lizárraga.

levantamiento de aquella región, hubo de luchar con una grave dificultad: la de encontrar persona idónea y con prestigio suficiente para dirigir los negocios de la guerra.

Después de algunas consultas con sus íntimos, consideró necesidad indispensable llamar á Cabrera. Interesantes fueron las negociaciones que á este propósito se siguieron. Accedió, al fin, Cabrera á lo que se le pedía, con la sola condición de que el Pretendiente había de conferirle, no sólo el mando de las fuerzas militares, sino también la dirección de los negocios políticos.

No confió sin duda Don Carlos en la perspicacia ó en la lealtad de su antiguo servidor, cuando sólo le confirió por decreto la dirección de los asuntos militares, sin darle explicación alguna respecto del otro extremo.

En vista de aquel proceder, se negó Cabrera resueltamente á dejar su retiro de Londres, disculpándose con lo quebrantado de su salud. Aceptó, sin embargo, el honor de intervenir en la organización de las fuerzas hasta el momento de entrar en operaciones.

Trasladóse para ello Cabrera á Burdeos con carácter de jefe civil, y á fin de reorganizar el partido. Para mejor conseguir su propósito, fundó un periódico, *La Fidelidad*; pero los carlistas, que sólo pensaban en la guerra, acogieron con frialdad manifiesta los nuevos planes del ex guerrillero, dando esto motivo á que Cabrera dimitiera en seguida el cargo.

Oportunos y convenientes eran para el partido carlista los propósitos reformistas de Cabrera, tanto más cuanto que por continuar el partido sujeto á sus antiguas tradiciones y no tener en cuenta que el caminar de los tiempos modifica instituciones y leyes políticas, se había hecho en su torno gran vacío en la opinión que antes le seguía. Esto, unido á los delitos y depredaciones cometidos por varios de sus jefes, determinaron en la España sensata y en Europa entera un estado de conciencia incompatible en todo con el carlismo.

Contrariado Don Carlos por la dimisión de Cabrera, hubo de convocar la Junta de Vevey, á la que acudieron caracterizadas personas del partido. Celebróse la

Junta en uno de los cantones de Suiza, Tour de Peitz, cantón de Vaud, en el mes de Abril de 1870.

Conocidas las cartas en que Cabrera daba cuenta de su dimisión, manifestó Don Carlos á los reunidos que él se hacía cargo de los negocios de la guerra y dirección suprema de la política. Como auxiliar suyo nombró un Consejo dividido en tres secciones, correspondiente cada uno á los ramos de hacienda, política y guerra.

Esta Comisión fué, sin embargo, substituida á poco de ser nombrada, por un ministerio compuesto por Labandero, la Hoz, Samitier, Aparisi y Elío, confiriéndosele al último el mando de las fuerzas de Navarra y Vascongadas y á Cevallos el de las de Cataluña.

Como siempre que Don Carlos convocaba una reunión de personas de importancia el objeto primordial era requerirles á que diesen dinero, aunque disfrazando el propósito con la necesidad de conocer su opinión, en la Junta de Vevey aconteció lo propio, disolviéndose la asamblea sin haber discutido punto alguno de importancia, pero no sin dejar en manos de Don Carlos una buena cantidad, que ascendió ahora á muy cerca de quinientas mil pesetas. Con este auxilio pudo el Pretendiente comenzar con relativo desahogo el nuevo período de su mando, nombrar un ministerio, como ya hemos dicho, y una numerosa plana mayor, base de la organización militar que se preparaba, y que no dió ningún resultado positivo. Hizo, desde luego, Don Carlos una visita á las cortes de Rusia, Austria y Alemania.

El apoyo que de aquellos soberanos recabó para su causa no fué todo lo eficaz que pretendía, y regresó de aquel viaje con grave quebranto en sus ilusiones y su dinero.

Había, entretanto, Cevallos reunido una Junta en Perpiñán para ver el modo de que Cataluña secundara con decisión el alzamiento iniciado en el Norte. Acordóse en ella, tras larga deliberación, suspender todo movimiento en Cataluña, hasta ver si los comprometidos del ejército liberal tomaban la iniciativa.

El acuerdo fué razonable en extremo, porque los elementos de que disponían los carlistas eran por entonces insuficientes.

Menos expertos ó más temerarios los miguelotes vascongados, hubieron de alzarse en armas en unión de los diputados vizcaínos. La actividad y energía



Joaquín Elío.

desplegadas por el gobernador militar de Vizcaya, hicieron fracasar el levantamiento. Aunque frustrado, muchos impacientes quisieron secundarle en Alava, Guipúzcoa, Burgos y Rioja, ordenando el levantamiento de pequeñas partidas, que se disolvían en los momentos de peligro para volver de nuevo luego á juntarse.

La carencia de dinero y de otros elementos indispensables hicieron pensar á los carlistas en la conveniencia de una acción común con los republicanos, que se hallaban inquietos desde la presentación de la candidatura del Duque de Aosta para el Trono de España. A este fin, los carlistas tenían recibidas órdenes, pero hubo de aplazarse todo movimiento á consecuencia del asesinato del general Prim.



E. Díaz de Cevallos.

Pudieron los carlistas, mejor que los republicanos, haber sacado provecho de las circunstancias políticas por que atravesaba la Nación, pero no hallando modo de entenderse por las ambiciones de unos y otros y por la nada acertada dirección de los trabajos, hubieron de esterilizar ellos mismos los muy valiosos elementos con que contaban.

La llegada de Don Amadeo á España, la disolución de las Cortes, convocatoria de otras nuevas y las luchas que entre sí sostenían los partidos debieron de haber obligado al Pretendiente á una acción decisiva, como así se lo pidieron Juntas y comandantes militares.

Pero mal aconsejado Don Carlos, en vez de tener en cuenta los motivos y razones que le expusieron sus subordinados, ideó un pretexto para contener la impaciencia de su partido. A tal fin, ordenó á los comandantes generales que le remitiesen un informe del armamento, municiones y fuerzas de que disponían, mientras que negociaba secretamente con Isabel II una fusión de familia. Intervino González Bravo en los trabajos de organización del partido carlista, según lo comprueba el siguiente documento que transcribimos íntegro:

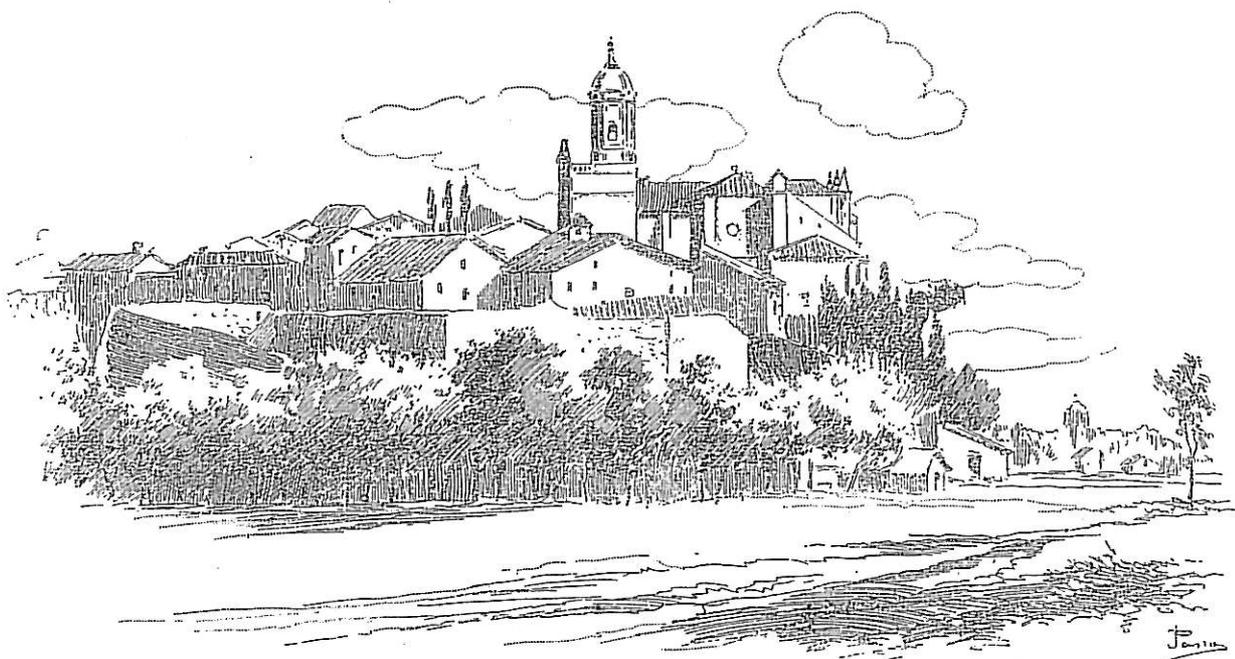
« Señor: He recibido la muy estimada carta con que V. M. se ha dignado favorecerme, y le doy la debida contestación tan pronto como me ha sido posible.

Mucho agradezco lo que hay en ella de lisonjero y honorífico, y siempre conservaré memoria de esta distinción, sean cuales fueren las vicisitudes que en sus impenetrables designios nos reserve la Providencia divina.

Sigo en la persuasión que ya he tenido el honor de exponer á V. M. de que,

acomodando la iniciativa de un esfuerzo inteligente á las necesidades de la época y á los elementos constitutivos de nuestra nacionalidad, es muy probable que V. M. logre reunir en sí y alrededor suyo la suma de fuerzas morales y materiales, la autoridad y el poderío que se necesitan para poner término al desorden y abominable confusión en que se extenúa y agoniza la infeliz España.

Obedeciendo á una convicción sincera, teniendo muy á la vista las lecciones que la experiencia ha dado inexorablemente desde fines del último siglo, no á uno solo, sino á todos los partidos y á todas las instituciones, no á España únicamente, sino á otras naciones más poderosas y cultas, y los duros escarmientos con que Dios ha castigado en todas partes la soberbia de las pretensiones excesivas, estoy dispuesto á emplear las pocas fuerzas de que yo puedo disponer, en



GUIPÚZCOA — Fuenterrabía.

fundar un gobierno justo, fuerte y durable, bajo cuya protección puedan vivir en España tranquilos los hombres de bien, sean cuales fueren sus opiniones políticas, restaurarse el imperio de la moral y de la virtud cristianas, y desenvolverse con libre holgura las semillas de poder y prosperidad que entre nosotros se encierra.

No dudo de que, cuando llegue la oportunidad, contribuyan á la realización de estos nobles propósitos las distinguidas personas de que me habla V. M. Para lograr su cooperación, así como la de todos los que se sientan animados de un verdadero patriotismo, es preciso, sin embargo, saber anticipadamente lo que se va á hacer, y que esto sea bueno y practicable; inspirar desde el primer día, por el acierto, la seguridad y la prontitud de la acción suprema, una sólida confianza en la justicia, en el vigor y en la eficacia del sistema que se trata de establecer.

Faltaría de todo punto á mis deberes para con mi patria, á mi conciencia y

á mi propia dignidad; no merecería en manera alguna el afecto con que me honra V. M. y al cual correspondo hablándole con leal franqueza, si no hiciese estas formales indicaciones, resumen, aunque muy corto, significativo de las explicaciones dadas anteriormente.....»

Disuelto por Don Carlos el centro de Bayona, encomendó á Elio las atribuciones de aquél, enviándole en Septiembre una orden autógrafa, en la que le manifestaba que no habiendo medios para un alzamiento, la ocasión no era propicia. Significábale la conveniencia de proseguir los trabajos con la actividad que hasta entonces.

Al saberse la orden de Don Carlos dimitieron las Juntas de varias provincias y los comandantes generales. Algunos emigrados aceptaron la amnistía que les concediera el Gobierno en el mes de Agosto.

Los carlistas de acción vituperaban á los consejeros del Pretendiente, pues teniendo la creencia de que dado el estado político del País, un movimiento general de insurrección sería bien acogido en todas las provincias, entendían que debía obrarse con energía y resueltamente.

Los pacifistas, es decir, los que tenían fe ciega en los procedimientos legales, estimaban como locura, que desacreditaría la causa, una nueva guerra civil sin elementos suficientes para triunfar.

Uno de los principales sostenedores de esta opinión era don Cándido Nocedal.



Francisco Navarra Villoslada.

Celebró Don Carlos con Nocedal una entrevista en Ginebra. En esa entrevista, después de escuchar las razones en que se apoyaba Nocedal para combatir todo movimiento militar, determinó el Pretendiente la orden que tan grave quebranto causara al partido carlista.

Como medio de atajar la discordia, empleó el procedimiento, muy usual en Don Carlos, de renovar los organismos supremos, disolviendo el centro de la frontera y confiriéndole la jefatura militar á Elio.

Otras medidas represivas tomó; como la de destituir á varios de los que habían dimitido, creyendo obrar así con energía, cuando el primer castigado debiera de haber sido él, por su inconsecuencia y su falta de orden y método para la organización y desarrollo del plan político militar.

El nombramiento de Nocedal de director de la prensa carlista aumentó el descontento. Contribuyó á exacerbar el malestar la carta que el secretario de Don Carlos, Arjona, había enviado para su publicación al periódico *La Esperanza*, en la que decía que éste era el órgano genuino del partido.

Una Comisión de representantes del carlismo, entre los que figuraban Canga Argüelles, Aparisi y Guijarro y Villoslada, mal avenidos con que *La Esperanza* gozara solo de semejante privilegio, hubo de exponer á Don Carlos las quejas del partido por el proceder y conducta seguidos hasta entonces, entendiendo que el Rey no podía proceder sin el consejo de los más probos varones del Reino.

Defendióse Don Carlos diciendo que se atenia en un todo á su carta manifiesto y que jamás descendería á personalismos. Consintió al cabo en que Nocedal dejara el puesto que desempeñaba, por la dirección política del partido.

Lo primero que hizo Nocedal cuando se hubo posesionado de su nuevo mando fué crear Juntas en Guipúzcoa, Navarra y Cataluña, con el fin de que se opusieran á los trabajos que Rada hacía para la guerra.

Vasto era el plan militar que Eustaquio Díaz de Rada proyectaba; pero Don Carlos, sin decidirse aún, á causa de los compromisos que contrajo con Nocedal, alenta- ba el espíritu bélico de los comprometidos en el alzamiento, que debía asegurarse con la toma de la sorpresa de Bilbao.

Como acontecía en casos tales, los carlistas de la provincia de Gerona, menos sumisos ó más temerarios que los de otras regiones, decidieron en Abril lanzarse al campo. A causa de ser poco perseguidos, debióse sin duda el que Don Carlos creyera al fin llegado el momento oportuno, mandando decir entonces á Rada desde Ginebra que «El momento había llegado» y que ordenaba que el día 21 de Abril se hiciera el alzamiento en toda España, al grito de «¡Abajo el extranjero! ¡Viva España!»

En la misma carta recibía Rada instrucciones: «El grito de viva Carlos VII se dará en primer lugar por las guarniciones militares de Gerona, Figueras, Seo de Urgel y Pamplona, haciéndose dueños de dichas plazas.

A la misma hora del mismo día se dará el golpe de Bilbao.

El mismo día, é inmediatamente después de consumadas estas empresas, se hará el levantamiento general de las ocho provincias, con arreglo á las órdenes que habrá V. E. dictado.

Tomará V. E. el mando de los ejércitos de Navarra y Vascongadas, hasta que se presente S. M., cuidando de bloquear completamente á San Sebastián, intimándole la rendición, apoderándose de Irún y Fuenterrabía.»

Firmaba estas instrucciones el secretario de Don Carlos, Emilio Arjona.



Eustaquio Díaz de Rada.

Inicióse el levantamiento en la parte oriental de España, y en algunos pueblos de Castilla, Extremadura, Andalucía, Valencia y Aragón, no secundaron el movimiento con la amplitud que se esperaba. Las guarniciones comprometidas y los republicanos no fueron tampoco diligentes en el cumplimiento de su empeñada palabra, y si bien es verdad que en todas partes encontraba defensores la causa carlista, no lo era menos también que faltaban armas, dinero y municiones.

Lo acaecido sorprendió á Don Carlos, tanto más cuanto que en las cuentas y estados presentados por la Junta de San Juan de Luz, figuraban cantidades de consideración invertidas en las atenciones mencionadas.

En Navarra, las presentaciones dieron origen á un grave conflicto, pues la aglomeración excesiva de gente sin armas impedía obrar á los que las tenían, siendo además su abastecimiento punto menos que imposible.



SAN SEBASTIÁN — El puerto.

No poco perjudicó á la causa carlista el incumplimiento, en general, de las órdenes que Rada dictara.

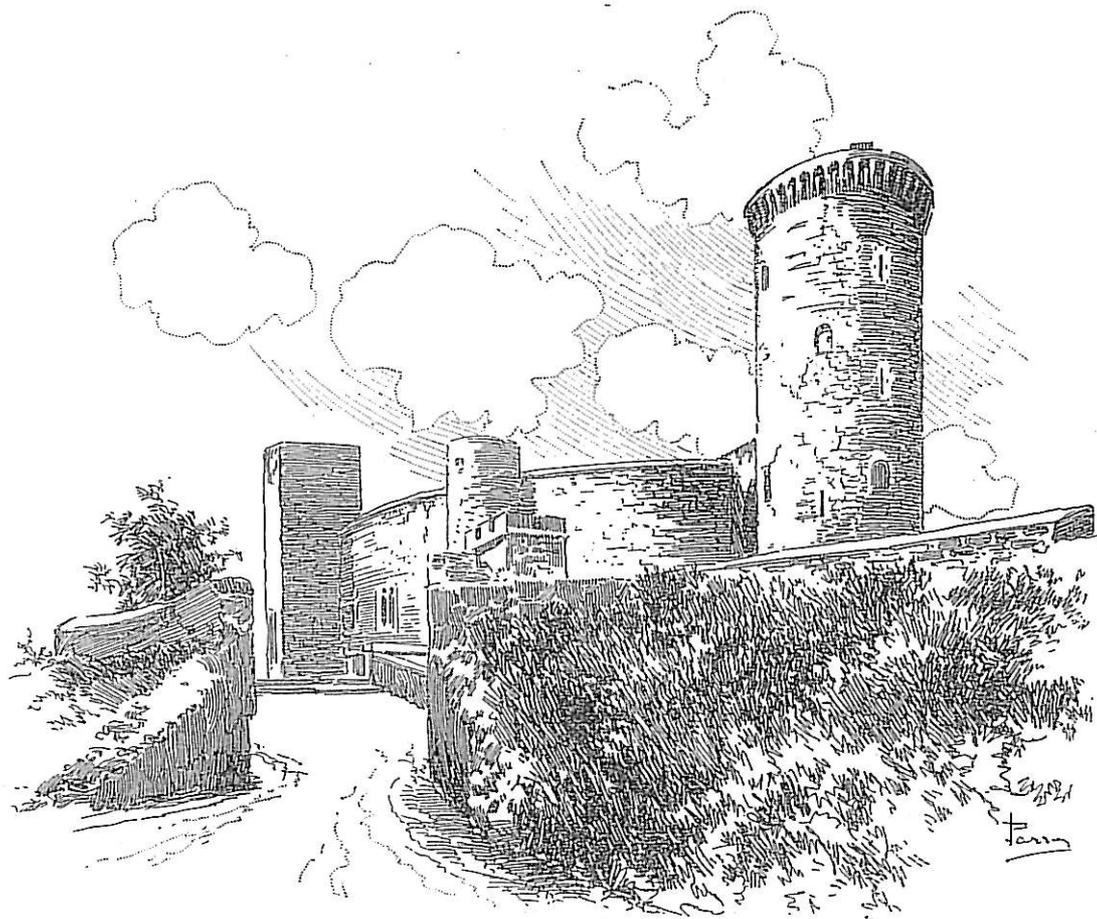
Los liberales, en tanto, iban trasladando sus fuerzas á los puntos estratégicos. Obedecía este movimiento á un plan meditado de antemano. No obstante, como eran muchas las poblaciones que solicitaban la atención de las fuerzas, éstas habían necesariamente de dividirse, lo cual permitía á los carlistas formar pequeños grupos, como los que en Navarra capitanearon el cura de Elcano y otros seis más, todos formados con gente joven de la provincia.

Antes de hacer Don Carlos su entrada en España por la parte de Ascain, dispuso que la minoría carlista dejara de asistir al Congreso, dando á conocer las razones en que fundaba su actitud en un comunicado que envió á Nosedal para que lo insertara en los periódicos, y en el que se decía que el partido carlista re-

chazaba de plano las doctrinas y maniobras de los liberales y se hacía votos por la Patria, á la que deseaban salvar.

Para nadie era un secreto el levantamiento carlista. El Gobierno recibía copia de las cartas que podían interesarle, las cuales se abrían antes de llegar á su destino.

Como ocurre en nuestro país siempre, las cosas se hallaban por hacer, y si los liberales no hubiesen tenido la fortuna de que los carlistas cometieran graves desaciertos, quizá les hubiera sido imposible dominar el levantamiento.



PALMA DE MALLORCA — Castillo de Bellver.

Encargado del ministerio de la Guerra el general Zavala, supo, merced á su actividad, hacer eficaces los elementos de que disponía.

Las Baleares y algunos otros puntos importantes de la Península fueron desguarnecidos, enviando las fuerzas en persecución del enemigo.

No contaban los liberales al empezar la campaña con el material necesario, y sólo algunos batallones pudieron cambiar el fusil antiguo por el moderno.

No se hallaban mejor armados los carlistas, pero de una parte la guerra de guerrillas que hacían, y de otra el ardimiento que supieron mostrar á veces por su causa, les dieron triunfos que en condiciones distintas no les hubiera sido posible alcanzar.

Así sucedió en Arizala, donde los liberales fueron arrollados en una carga á la bayoneta y desalojados de las posiciones que ocupaban, aprehendiéndoles equipos, camillas, bagajes y algunos prisioneros.

Si en la provincia de Pamplona sufrieron las fuerzas del Gobierno un descalabro, no ocurrió lo mismo en Navarra, Aragón, Guipúzcoa y tierras de Castilla, donde cuantas partidas se levantaron fueron derrotadas ó disueltas.

No obtuvo mejor éxito en Valencia el capitán general carlista de la región, don Antonio Dorregaray, que, al frente de una columna de cien hombres, mal armados y peor equipados, sostuvo en Portaceli un combate de algunas horas, resultando en la acción gravemente herido.

Otro tanto aconteció al cabecilla Recondo, que operaba en Vizcaya, el cual, acosado muy de cerca por las fuerzas enemigas y sin poder racionarse, tuvo que rendir las armas en Aranaz.

Después de haber entrado Don Carlos en España, en los primeros días del mes de Mayo, sin presumir el grave riesgo que corría, se internó en Navarra, publicando en Vera la alocución siguiente:

«Soldados: A través de cuarenta generaciones, habéis guardado como valientes y españoles, de padres á hijos, el sagrado fuego de la independencia.

Con vuestra sangre generosa habéis escrito en las páginas de la historia mil nombres heroicos, desde Sagunto hasta Bailén. Y no cabiendo en la Península vuestras glorias, paseásteis la bandera española cubierta de laureles, desde Otumba á Lepanto. Entonces los reyes eran capitanes, y timbre de nobleza el burdo capote del soldado. Pasaron aquellos tiempos; la revolución, vilipendiando vuestro traje, os convirtió en mercenarios de raquíneas ambiciones. Hoy, con mengua del orgullo español, relajada la disciplina, menospreciado el mérito, premiada la traición, y desoídos los gritos que indignados exhalan en la tumba vuestros padres, sufrís el yugo extranjero, ostentáis una bandera que no es el pendón de los héroes de dos mundos.

¡Soldados! Vuestro rey legítimo os llama para volveros vuestras glorias, vuestra disciplina, vuestra honra, vuestra antigua grandeza.

La bandera que levanta mi brazo y que no rendirá mientras quede un girón para ostentarlo, es la bandera de nuestros abuelos, la enseña de nuestra independencia y nuestras conquistas.

¡Soldados! Si el extranjero os manda contra mí, y osáis hacer fuego á vuestro Rey, admiraré siempre vuestro valor, llorando por el honor nacional.

Siempre seréis mis hijos predilectos, y por eso os llamo, como amigos, para devolveros vuestra nobleza perdida, vuestra disciplina olvidada, vuestras glorias marchitas, vuestras merecidas recompensas, para salvar la Patria con vosotros, honrándoos como los mejores y honrándome en compartir vuestras fatigas; Rey y soldado, enorgulleciéndome de vestir siempre vuestro uniforme.

¡Soldados! Como padre os llamo: venid; todo por Dios, por la Patria y por vuestro Rey Carlos.»

Encomendada la dirección suprema del ejército de operaciones al Duque de la Torre, apresuróse éste á marchar á Tudela. Puestos de acuerdo el general Serrano y Moriones, que operaba en Navarra, se hizo una conveniente distribución de fuerzas y comenzó la persecución de los carlistas.

Escalonadas las fuerzas en Guipúzcoa, no les fué posible á los insurrectos un momento de tranquilidad ni reposo; por doquiera eran perseguidos.

Sabedor Carasa del movimiento de las fuerzas liberales y de que Moriones avanzaba por la parte de Oroquieta, corrióse hacia Leiza, contramarchando luego é internándose en el monte, desde donde envió un mensajero á Don Carlos advirtiéndole del peligro que corría, á causa de rodearle cinco columnas enemigas.

Ordenó entonces Don Carlos que Carasa se le uniese, como así lo efectuó aquél, internándose juntos en el monte. Tras una penosa marcha, llegaron los carlistas descalzos y hambrientos á Oroquieta.

Entretanto, Moriones los perseguía de cerca. Después de pasar por Ecurra y Trusum, llegó á Labayen. El plan estratégico de Moriones consistía en un semi-círculo, cuyo centro era precisamente Oroquieta.

Desesperaba ya el general de hallar la huella de los carlistas, cuando le deparó la suerte á unos pastores, los cuales si bien negaron en un principio saber por dónde habían marchado las fuerzas enemigas, acabaron por señalar el camino del valle de Basaburua Mayor.

Llevaba Moriones una batería de montaña, seis batallones y un escuadrón. Deseando dar alcance al enemigo, distribuyó su fuerza en tres columnas, que en unión de las que tenía escalonadas, formaron, como ya hemos dicho, un semi-círculo completo.

Penosísima y arriesgada fué su marcha. Atravesó bosques; bajó pendientes, donde los caballos resbalaban; hombres y cañones rodaron repetidas veces, caminando siempre por el borde de un desfiladero que los carlistas habían dejado abandonado con insigne torpeza.

Ajenos los carlistas al peligro que les cercaba, entretenían su ocio discutiendo la conveniencia de proseguir la marcha por éste ó el otro camino, y sin que aún se hubiesen puesto de acuerdo les sorprendió la presencia del enemigo.

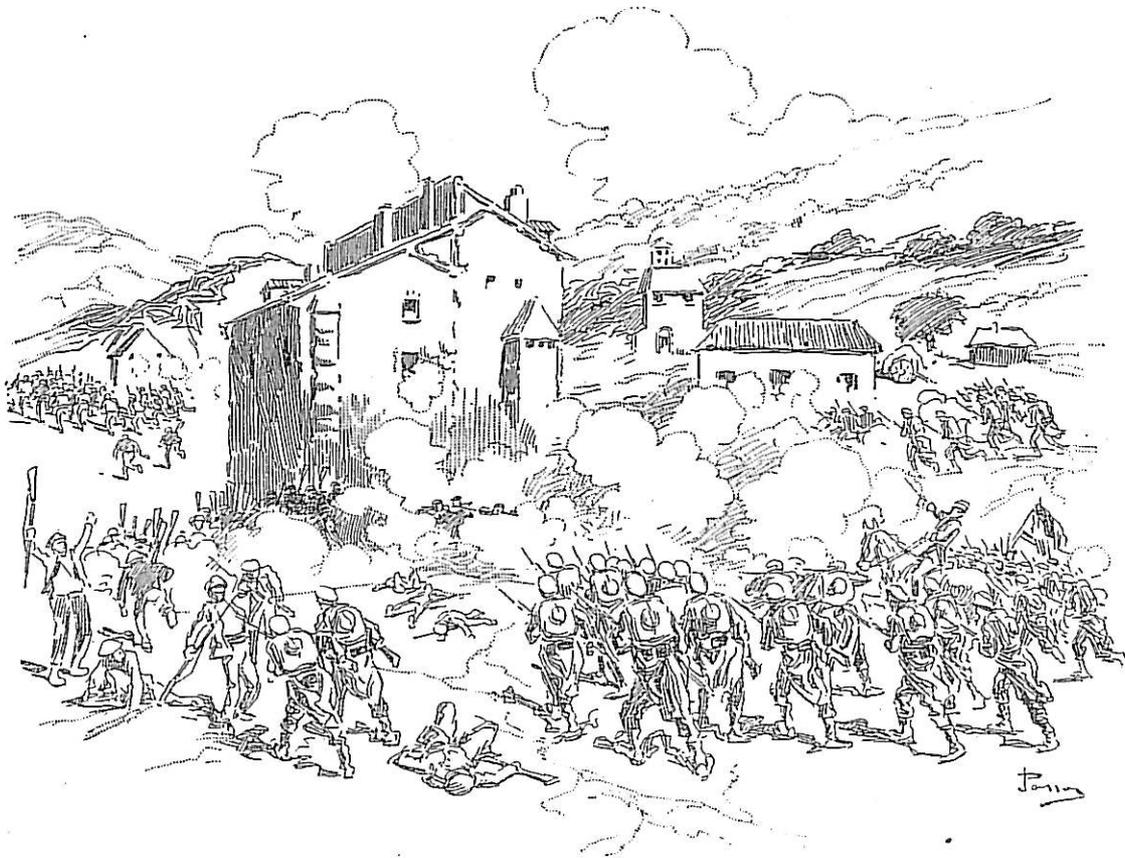
Produjo esto enorme confusión. Unos cabecillas corrieron á situarse por la derecha, otros por la izquierda, dejando en el centro á Don Carlos. Escasas eran las fuerzas carlistas, pero así y todo resistieron con bizarría el ataque del enemigo, que no fué por cierto lo impetuoso que demandaban las circunstancias y lo importante de la empresa.

Don Carlos, por caminos tortuosos y difíciles, fué el primero en huir, ganando la frontera en compañía de un guía, del cura Azpiros y el cabecilla Arjona. Los demás huyeron á la desbandada.

Viendo Moriones lo infructuoso de su tentativa para apoderarse de Don Carlos, mandó se reanudara el combate. La artillería disparó contra las casas, pro-

tegiendo de este modo el asalto de la tropa, que sin gran resistencia se apoderó de todas las viviendas del pueblo, quedando sus defensores prisioneros.

Esta derrota trascendió á la moral de las tropas carlistas. Varias partidas de las que merodeaban por la provincia de Nava recibieron orden de unirse, asu-



miendo el mando superior el cabecilla Carasa. No bien lo había verificado, cuando se vieron perseguidos con tenacidad por varias columnas. Creyendo sin duda los carlistas que el enemigo no les daría descanso hasta hacerles prisioneros como en Aroquieta, abandonaron las armas, tirándolas unos al río y dejándolas otros en sus alojamientos.

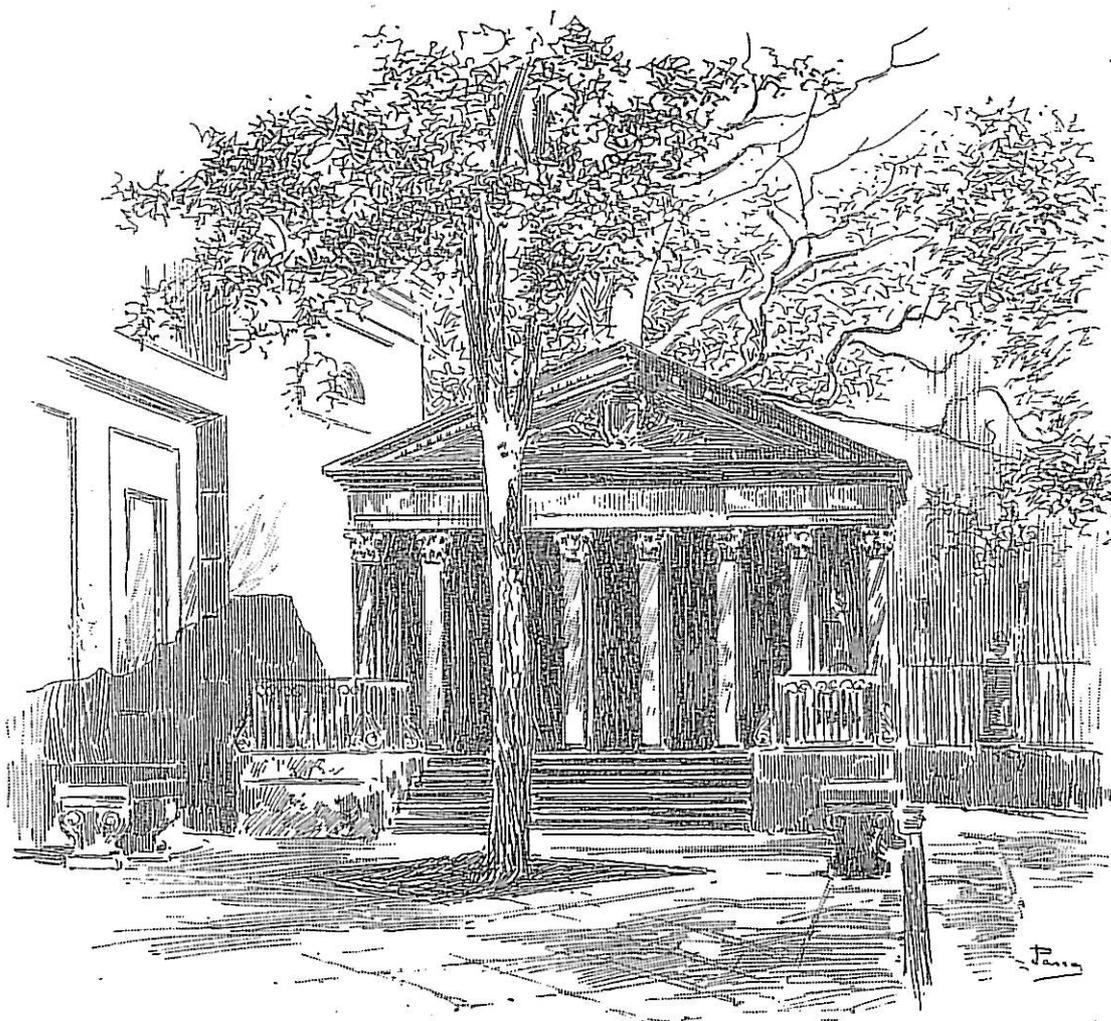
Estas escenas de deserción se repitieron en otras partidas, llegando varias de ellas hasta insurreccionarse. Ciertamente que los jefes, poseídos también del pánico que dominaba á sus tropas, perdieron la presencia de ánimo, cometiendo no pocos desaciertos en las continuas marchas y contramarchas. De esta manera vergonzosa terminó el movimiento insurreccional de Navarra. Bien es verdad que no se había entregado á los voluntarios ni un solo céntimo desde que se incorporaron á las filas, que los jefes y oficiales del ejército que se habían comprometido faltaron á su palabra. El armamento se hallaba deteriorado en su mayor parte, lo que unido á que las guarniciones de Pamplona, Bilbao y Vitoria hicieron caso omiso de sus solemnes compromisos, originó lo que Nocedal había predicho: el fracaso completo.

No observaron tampoco muy ejemplar proceder los jefes carlistas de la provincia de Vizcaya.

El convenio de Amorevieta contribuyó, por otra parte, á que perdieran la fe en la causa aun los más exaltados. Muy otra hubiera sido la suerte del partido carlista, procediendo los jefes con mayor lealtad y menos cobardía.

A encender el fuego sagrado entre el pueblo contribuyeron en gran parte los curas que, abusando de la credulidad de aquellas gentes, y lo que es aún peor, del ejercicio de su ministerio, predisponía á los feligreses contra las tropas, á las que achacaban desde el púlpito el robo y destrucción de los templos, acusándolas de atropellar mujeres, inmolar ancianos y niños, presentándolas, en fin, como legiones de condenados.

Tales predicaciones y el deseo de reconquistar sus perdidos fueros determina-



Arbol de Guernica.

ron á los vizcainos alzados en armas á jurar, al pie del árbol de Guernica, ser defensores de la religión, de sus fueros, de España y de Don Carlos.

Grande actividad desplegó Serrano para combatirlos. Ordenó que el grueso

del ejército penetrara en Vizcaya, haciéndolo él en Durango, que halló desierto, á causa de haber huído por evitar el contacto con los liberales la mayoría de sus vecinos. La predicación del clero desde el púlpito daba, como se ve, sus frutos.

Entretanto, los insurrectos, en número de 4,000 y divididos en varias partidas, se extendieron por toda la provincia, guareciéndose en las escarpadas peñas de Mañaría, desde donde hostilizaron á las columnas liberales que recorrían aquel abrupto terreno.

Varias empeñadas acciones hubo entre las fuerzas de uno y otro bando. La más importante de todas fué la que sostuvieron los carlistas con la división Letona. Empeñado el ataque bravamente por los liberales y acometiendo de frente á los enemigos y por lo alto de la montaña, hubieron los carlistas de cejar en su resistencia, abandonando muchos de ellos las armas en su precipitada huida.

El desaliento cundía de hora en hora, viendo lo cual, el Duque de la Torre procuraba, en Zornoza primero, y después en Arechavaleta, terminar la guerra por un convenio.

Haciéndosele á los vizcaínos imposible la vida en su provincia, determinaron correrse á la de Guipúzcoa, donde obtuvieron un triunfo más aparente que real: la retirada del batallón de Mendigorria al pueblo de Oñate, en cuya plaza principal resistieron con heroísmo la abrumadora superioridad numérica del enemigo.

Grave quebranto sufrieron los carlistas con la muerte de su comandante general, herido de bala en una ligera escaramuza cerca de Legazpia. Como precisaba dar sucesor á Ulibarri, reuniéronse en el campo los jefes del batallón con la diputación nombrada el día del alzamiento en Guernica. Pretendían los unos que el Marqués de Valdespina tomara el mando de las fuerzas, mientras sostenían los otros que el fuero daba el mando á la diputación. Vencieron los primeros y Valdespina quedó proclamado jefe, no sin antes haber declarado que no seguiría al cuartel general representado por la diputación.

El antagonismo entre los diputados á guerra y algunos jefes que no quisieron reconocerles la facultad directora de la campaña dió ocasión á serios disgustos.

Heridos en su amor propio los tesoreros de la diputación por la conducta rebelde de Valdespina, propalaron por cuantos pueblos visitaban que la situación era peligrosa, que en Navarra había fracasado el movimiento, que Don Carlos había tenido que ocultarse y que, por lo tanto, la diputación se creía en el caso de hacer una honrosa transacción con el Duque de la Torre.

Grave era en verdad para los carlistas su situación, pero no hasta el punto de ser desesperada. Si los elementos que tenían no eran todo lo completos que quisieran, en cambio las escabrosidades del terreno les permitían grandes ventajas en las operaciones.

Quiso en esto la buena suerte de Serrano depararle al hermano de un importante cabecilla que, aun cuando alzado en armas, lo estaba más por cumplir su empeñada palabra que por tener fe en el éxito de la causa que defendía.

Mediaron entre ambos serias conversaciones sobre el resultado y consecuen-

cias de la guerra, rogando entonces Serrano á Urquizu que se avistara con su hermano, para ver el modo de llegar á un acuerdo beneficioso para la paz de Vizcaya.

No quiso el señor Urquizu comprometer el honor de su hermano con tratos semejantes, aun cuando ambos deseaban para su país las ventajas de la paz; mas se valió de medios indirectos para hacer saber á la diputación que el Duque de la Torre se hallaba dispuesto á aceptar un convenio.

Autorizada la diputación por varios jefes para negociar con Serrano, publicaron los diputados carlistas una alocución en la que, después de expresar que carecían de dinero y de elementos de guerra, afirmaban llegado el caso de que se disolviera el ejército, pues resistir más no era una temeridad, sino una locura.

Trataron Valdespina, Iriarte y algunos otros cabecillas de impedir los tratos con Serrano, prendiendo á la diputación; pero no lograron su propósito por carecer de fuerzas suficientes para ello, ya que casi todos los carlistas en armas se inclinaban más por el convenio que por la guerra.

Aceptado éste, que se tituló convenio de Amorevieta, por llamarse así el pueblo en que se firmó, volvieron los insurrectos carlistas á sus casas, con arreglo á lo pactado, no sin antes garantizarles la seguridad de sus personas y de sus bienes. Concedióseles á los generales, jefes, oficiales é individuos de tropa que procedentes del ejército se habían alzado en armas en favor de la causa carlista, el ingreso de nuevo en el ejército con los mismos empleos que tenían al desertar, siendo de cuenta de la diputación de Vizcaya el pago de los gastos de guerra. No tenía mucho de equitativo ni de moral el convenio, por cuanto que los que habían sido desleales con su bandera gozaban de beneficios que no habían logrado los que siempre la defendieron. La única ventaja fué que no costó dinero, como otros tratados. En sí no fué otra cosa el convenio más que una suspensión de hostilidades, beneficiosa para la causa carlista. Los impugnadores tenían razón al decir que querían la paz, pero garantida su duración.

Logró Moriones disolver las pocas partidas que quedaban al reemplazar el mando á Echagüe, que dimitió por no estar conforme con la política de Ruiz Zorrilla.

Si se había conseguido limpiar de insurrectos el territorio de Navarra y las Vascongadas, no se logró en cambio igual resultado en Cataluña.



Juan Nepomuceno y Orbe.
(Marqués de Valde-Espina).

Las partidas sueltas que por ella merodeaban dedicábanse á cobrar la contribución que imponían á los pueblos, más que á presentar batallas al enemigo. Los hechos de armas en que se trabaron los combatientes no inclinaron la balanza en favor de unos ó de otros.

Solamente el cabecilla Francesch concibió el atrevido proyecto de apoderarse de la ciudad de Reus, con su columna de 400 hombres, acción en la que perdió la vida.

Este y otros hechos, como el robo de la caja de la Aduana de Junquera, el de interceptar las vías férreas, destrozar la telegráfica, apoderarse de los fondos municipales de los pueblos pequeños y la invasión de Solsona, obligando á la guarnición á refugiarse en el seminario y cobrando al vecindario una crecida cantidad, como asimismo la bárbara hazaña de Castells en Berga, entrando en el círculo monárquico y haciendo fuego á quemarropa contra indefensos socios, de la que resultaron varios heridos, procediendo con igual salvajismo contra los concurrentes del café del Negre, exigiendo y cobrando del vecindario una contribución, después de haber preso á varios pacíficos ciudadanos, por los que exigieron un crecido rescate; las fechorías de Tristany, quemando los vagones de un

tren de mercancía y apoderándose de cuantas alhajas y dinero tenían en su poder los viajeros, eran actos tales que si no contribuyeron á elevar en la conciencia pública la moral de la causa absolutista, alcanzaron en cambio el triste privilegio de aterrozar á la comarca.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, tratábase en la Junta de Bayona sobre si debía ó no continuarse la guerra.

El hermano del Pretendiente, Don Alfonso, al que, como ya hemos dicho, había conferido Don Carlos el mando supremo de las fuerzas carlistas de Cataluña, veía con enojo el sistema de vejar á los pueblos con fuertes contribuciones y cuantos actos de bandolerismo cometían sus secuaces, máxime cuando la política que él creía debía



Don Alfonso de Borbón y Austria de Este.

seguirse era la de hacer por todos los medios simpática la causa.

Esforzábese en vano Ceballos, en nombre de Don Alfonso, en que tales hechos no se repitieran; pero la Junta central carlista de Cataluña era de distinta opinión y manifestaba que le era necesario la cobranza de los impuestos, cuyas sumas, la mayor parte de las veces, llegaban muy mermadas á la caja de la Junta, como sucedió con las 75,000 pesetas que se exigieron á los fabricantes de Manresa por permitirles el agua que daba vida á sus fábricas, las 25,000 á Sabadell, debidas al mismo concepto, y las 400,000 á Masnou por no ser destruido.

Perseguidos con tenacidad los carlistas por las fuerzas del Gobierno, no hallaban momento de descanso. Encomendado al general Baldrich el mando de Cataluña, dividió los 40 batallones, 6 escuadrones, un regimiento de artillería, otro montado y los voluntarios de la libertad, en varias columnas, que estaban en operaciones de continuo.

Uníase á la constante persecución la escasez de recursos, lo cual dió motivos á que se resintiera el entusiasmo y la fe de los más valerosos y decididos, opinando algunos que se les debía ordenar retirarse para conservar las armas, que serían útiles en momento más oportuno.

Fracasados los tratos que Don Alfonso seguía con el obispo de Urgel, hubo el primero de noticiar á Don Carlos la inutilidad de la sangre que se derramaba, pero el Pretendiente respondió á su hermano que sostuviera la guerra, pues estando pronto navarros y vascongados á tomar de nuevo las armas, tenía por seguro el triunfo de la causa carlista, máxime cuando iba á publicar un documento por el que se le devolvían los antiguos fueros á las regiones de Cataluña, Aragón y Valencia.

Dice así el documento que pocos días después enviaba el Pretendiente á su hermano y que, según opinión de importantes personajes del carlismo, era sólo un acto de desesperación para llegar al Trono:

« Catalanes, aragoneses, valencianos: El día 2 de Mayo llamé desde Vera á todos los españoles, lleno de fe en la grandeza de la causa cuyo depósito me ha confiado Dios.

Lo que entonces era una esperanza, será muy pronto magnífica realidad. Los cimientos de la restauración del trono de Recaredo están labrados con los laureles de Oñate y de Mañaría, de Urbasa y de Ceberio, de Más de Roig, de Arbucias, de Tivisa y de Reus.

El camino de la victoria está regado con la sangre de los mártires: en él escribieron sus nombres mortales Ulibarri, Ayastuy, García y Francesch.

Hoy, como entonces, pero con más aliento, repito con el orgullo de rey de una nación heroica:

Voluntarios, que fijos los ojos en el cielo y en mi bandera corréis generosos al sacrificio, yo os admiro.

Soldados de Pavía y de Bailén, que estáis bastante ciegos para ser mercenarios del extranjero, también admiro vuestro valor.

A todos os llamo, porque todos sois españoles; que la empresa salvadora comienza apenas, y el mundo nos contempla suspendido, espantada la revolución, lleno el bien de júbilo inefable.

Sí: se acerca el día en que sean realidad mis más vehementes aspiraciones.

Por lo tanto, amante de la descentralización, según consigné en mi cartamanifiesto de 30 de Junio de 1869, hoy os digo pública, solemnementè, intrépidos catalanes, aragoneses y valencianos.

Hace siglo y medio que mi ilustre abuelo Felipe V creyó deber borrar vuestros fueros del libro de las franquicias de la patria.

Lo que él os quitó como rey, yo como rey os lo devuelvo: que si fuísteis hostiles al fundador de mi dinastía, baluarte sóis ahora de su legítimo descendiente.

Yo os devuelvo vuestros fueros, porque soy el mantenedor de todas las justicias; y para hacerlo, como los años no transcurren en vano, os llamaré, y de común acuerdo podremos adaptarlos á las exigencias de nuestros tiempos.

Y España sabrá una vez más que en la bandera donde está escrito Dios, Patria y Rey, están escritas todas las legítimas libertades. — Vuestro Rey, CARLOS. — *Frontera de España, 16 de Junio.* »

Era de justicia la devolución de los fueros que Don Carlos ofrecía á los pueblos, pero aquella concesión, á más de no ser desinteresada, tenía por otra parte el capital defecto de hallarse en contradicción con la carta-manifiesto á que se refería Don Carlos, por cuanto que había ofrecido en ella que no haría nada sin consultar á la Nación, á la que no quiso acudir ni en la paz ni en la guerra.

No obstante la oposición que despertó el documento expresado entre los individuos de la Junta, se lo publicó en los diarios franceses y en los que simpatizaban con la causa carlista en España.

Por más que Baldrich se afanaba por extender la línea de sus fuerzas con el fin de acorrallar al enemigo y obligarle por este medio á traspasar la frontera, no llegó á conseguir lo que se proponía por la falta de actividad y buen deseo de algunos jefes de columnas. Con mayor diligencia y un plan mejor combinado se habría conseguido la paz de Cataluña.



Juan Castells.

Así acontecía que los cabecillas Savalls y Castells, con escasos mil hombres, tenían en jaque á fuerzas mucho más considerables en número, cumpliendo así el deseo de Don Carlos de sostener la guerra en el Principado; bien es cierto que lo accidentado del terreno y el escaso bagaje de las fuerzas carlistas les permitía una mayor movilidad.

Ocasión hubo en que al cabecilla Savalls llegaron á faltarle hasta municiones, por lo que vióse obligado á internarse en Francia, mediante una hábil maniobra, por la que burló la persecución de que era objeto.

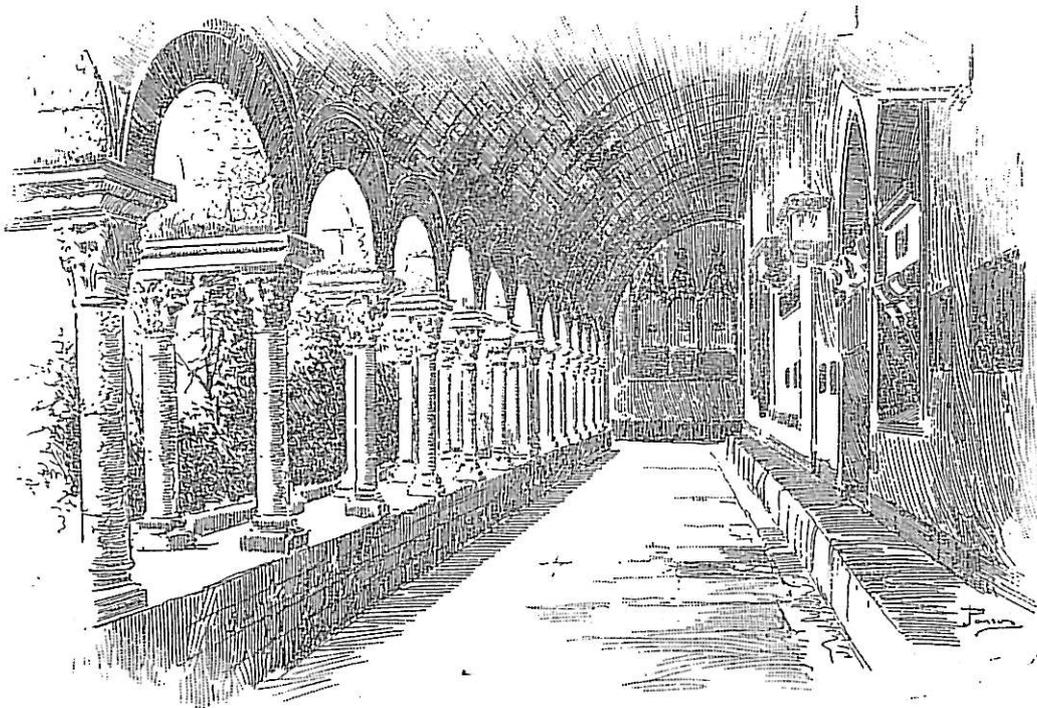
El plan de Baldrich, aunque no muy digno de encomio, desde el punto de vista de la estrategia, dió algún resultado. Merced á él se consiguió dispersar más partidas, derrotar otras, que se sometiesen á indulto cabecillas de tanta importancia como Cendrós, Estartús, Huguet y otros.

No halló respiro alguno la causa carlista con los bonos que enviara Don Carlos

á su hermano para que fueran distribuidos, porque si bien es cierto que aquellos miles de duros sirvieron para el pago de muchas atenciones, eran éstas tantas que no pudo acudirse á todas.

El sacrificio impuesto para sacar dinero fué por demás estéril, porque habiéndose negado las provincias del Norte á insurreccionarse, con los medios que contaban era preciso tener una fe inquebrantable y una decisión temeraria para sostener la guerra.

Pacificada la provincia de Tarragona trasladóse Baldrich á la de Gerona, disponiendo se levantara un somatén general para hacer una batida combinada.



CATALUÑA Gerona). — Claustro de la Catedral.

Hacíase preciso desplegar una gran energía para una persecución eficaz y provechosa, pues el País se hallaba atemorizado con los actos de salvajismo y audacia de los carlistas. Estos llegaron á cobrar las rentas de sales, tabaco y papel sellado. Fusilaban á indefensos liberales, cortaban las vías férreas, amenazaban con la muerte ó con la quema y destrucción de sus fincas á los que no se prestaban á satisfacer las cuotas que les señalaban, en calidad de impuesto, llegando á darse el caso de que los cabecillas compartieran el dominio con las autoridades militares, cuyo mando sólo era eficaz de murallas adentro.

Diversos encuentros tuvieron las fuerzas del Gobierno con el enemigo, adversos los unos, prósperos los otros. Las acciones de mayor importancia fueron las de San Pedro de Torelló y Vidrá, de cuyo último pueblo se posesionó la columna de Hidalgo, después de un reñido combate. Las tropas entraron en las casas por las ventanas y tejados, logrando escapar sus defensores, que eran el cabecilla Savalls y su partida. Las pérdidas de ambos combatientes fueron numerosas.

Hallábase infectada la provincia de carlistas, lo que impacientaba al Gobierno por verse obligado á reconocer la impotencia de las autoridades militares.

En los meses de Agosto y Septiembre consuman los carlistas heroicos hechos de armas. Sorprenden á una fuerte columna liberal que se ve obligada, á pesar de su



Savalls.

crecido número, á batirse en retirada con sensibles pérdidas. En Anglés sostienen un combate que dura varias horas, siendo acosadas las tropas hasta las puertas mismas de las casas del pueblo, acción por la que fué premiado Savalls con una espada, regalo de la Junta central del Principado.

En no menos gloriosas empresas que las de los carlistas conquistan las fuerzas liberales que acaudillaba Macías el honroso título de valientes, asaltando trincheras y barricadas naturales del enemigo; posiciones que parecían inaccesibles.

Trata Baldrich de dar unidad de acción á las columnas y bate simultáneamente y en distintos puntos á Castells, Savalls y otros cabecillas; pero la suerte no le es propicia, pues si logra alguna ventaja en

estos combates la compensan los carlistas sobradamente. Ferré, rindiendo á la guarnición de Pobla de Segur; invadida nuevamente Manresa, donde cometen los carlistas toda suerte de tropelías; bloqueada Igualada y Sampedor, á causa de haberse negado á satisfacer la contribución de guerra; realizada la atrevida expedición de Savalls por el Ampurdán, penetrando en Palamós y otros pueblos para cobrar las contribuciones, desarmando en Canet de Mar á los voluntarios, hecho que repitió Castells en distintas poblaciones, y otras varias hazañas que sería prolijo enumerar, obligan al Gobierno á meditar seriamente en la situación de Cataluña.

Hubo un momento en que la buena estrella de algunos cabecillas pareció eclipsarse.

La acción de Caserras fué un grave contratiempo para Castells, pues dejó mal parada su reputación.

No tuvo por entonces mejor fortuna Savalls con el general Andía, que adoptando el plan de Concha, obligó al citado cabecilla á una vergonzosa retirada con pérdida de muertos, heridos y prisioneros.

Muy otra era la situación en las provincias de Lérida y Tarragona, no ya sólo porque el espíritu público fuera opuesto á la causa del Pretendiente, como lo demuestra el hecho de ingresar escaso número de voluntarios en las filas carlistas, sino porque el terreno no es favorable para la guerra de guerrillas ni em-

boscadas, cosas ambas que debiera Don Carlos haber tenido en cuenta, para no haber reemplazado sin fundamento á los comandantes generales de ambas provincias.

Hasta en el corazón de Castilla llegaron á levantarse en armas con audacia increíble los secuaces de Don Carlos, á pesar de no serles favorable el ambiente público.

Faltos de organización los facciosos, recorrieron, no obstante, los montes de Toledo y algunos pueblos de la provincia, atacando á Escalonilla. Defendiéronse los liberales con bizarría en la iglesia y ayuntamiento. Tras de aquella intento-



Toledo.

na atravesaron los carlistas la carretera de Madrid á Toledo, pasaron el Tajo cerca de Aranjuez, detuvieron un tren de viajeros y pernoctaron á pocas leguas de Madrid, llevando con ello la alarma al vecindario de la capital.

En estas correrías tuvieron algunos encuentros con fuerzas de la guardia civil, que no les opuso una formal resistencia ni puso gran empeño en la persecución si la partida era un tanto numerosa.

De citar son las hazañas del cura de Alcabón, que, al mando de un solo hombre, entró en el pueblo de Albarreal, deteniendo al alcalde y á la ronda, á quienes hizo creer que había cercado el pueblo con su fuerza, con lo que consiguió imponerse, logrando que el vecindario le entregase cuanto exigió.

De estos golpes de astucia hizo el cura repetidos alardes. Corrió más de una vez el riesgo de ser pasado por las armas y aun agarrotado.

A poco de insurreccionarse en Asturias el cabecilla Hevía, fué herido de gravedad, siendo ésta la causa de que no tomara incremento el carlismo en aquella región.

Refugiada la partida de Hevía en el antiguo reino de León, operó con la de Quintanilla, teniendo al cabo los facciosos que internarse en Portugal.

La partida que organizó en Andalucía el cabecilla Caracuel, fué deshecha por la guardia civil. Caracuel fué hecho prisionero. Si la fortuna fué adversa á los carlistas en Andalucía, debióse á no haber secundado el movimiento los jefes del ejército que se habían comprometido. Y los que fieles á su palabra, como el comandante Navarrete y el general de marina señor Martínez Viñalet, quisieron proclamar en Murcia á Don Carlos, fueron presos el día mismo de la intentona.



R. Martínez Viñalet.

De los demás levantamientos facciosos del resto de España, merece especial mención el de Cucala, que de pacífico labrador que era, se convirtió en un temible guerrillero, á causa de cuestiones políticas habidas en la localidad.

Con sólo ocho hombres lanzóse al campo. Anduvo errante varios meses, hasta que logró aumentar su fuerza, penetrando entonces en Alcalá de Chisvert, su pueblo natal, y sorprendiendo á la guarnición y á los voluntarios, que tuvieron que hacerse fuertes en el ayuntamiento, hasta donde los persiguió Cucala. Mandó prender fuego á las puertas, lo que no se llegó á realizar por haber llegado casualmente tropas al pueblo. Sostuvo algún tiempo después Cucala serios combates con las fuerzas li-

berales, ayudado del cabecilla Polo.

Ruiz de Luna, erigiéndose en Aragón en autoridad, ordenó á los alcaldes que proclamaran los antiguos fueros, conforme al Manifiesto de Don Carlos, de 16 de Junio.

El comandante general carlista Marco de Bello, fué uno de los que operaron con mayor actividad y más alteza de miras, como lo demuestran sus hechos de guerrillero. Su proceder humanitario y sus dotes de templanza granjeáronle la estimación de muchos, merced á lo cual reunió una columna de 4,000 hombres, que no le fué posible acrecer por falta de armamento. Uno de sus principales hechos de armas fué el de apoderarse de Cantavieja, donde dejó guarnición, ordenando se instruyera en la táctica militar á los jóvenes de familias acomodadas que ingresaban en sus filas.

Nasarre, en Lérida, supo recomendar también á sus voluntarios moralidad en todos sus actos, respeto á las propiedades y á las personas. Publicó un bando, en el que decía que la contribución que cobraría á los pueblos no excedería del 12 por ciento de la riqueza imponible.

Falta les hacía á los carlistas tener hombres como los últimamente citados para que, fijándose en ellos la opinión pública, procurara olvidar el proceder de la mayoría de los secuaces del carlismo que, como el cura de Santa Cruz, Tristany y otros de quienes ya nos ocuparemos con la extensión debida, hacían más odiosa la causa que representaban y execrable hasta el recuerdo de sus nombres y personas.

El mismo Don Alfonso creyóse obligado á intervenir para que se formase sumaria á varios jefes, por delitos de lesa humanidad y violación de los derechos de la guerra.

A pesar del propósito de Don Carlos de no cejar hasta vencer y del entusiasmo que mostraba en sus escritos tanto públicos como privados, fué lo cierto que la carencia absoluta de buen sentido, de que adolecía el partido carlista por la confusión de opiniones y el antagonismo que reinara entre los jefes, determinaron la terrible crisis por que atravesó á poco el carlismo.

Dominado al fin de ese pesimismo Don Carlos y falto de los elementos precisos para llevar á la acción sus entusiasmos bélicos y los de sus secuaces, tuvo necesariamente que rendirse á la realidad y participar á su hermano que, así como antes la esperanza le había hecho creer que al cabo hallaría medios para el triunfo, ahora le decía que no contase con nada, pidiéndole á su vez consejo de lo que podía y debería hacerse.

Entendió el Gobierno conveniente relevar á Baldrich del mando de Cataluña. Sucedióle el general Gaminde, cuyo nombramiento despertó en la Cámara la protesta de radicales y republicanos.

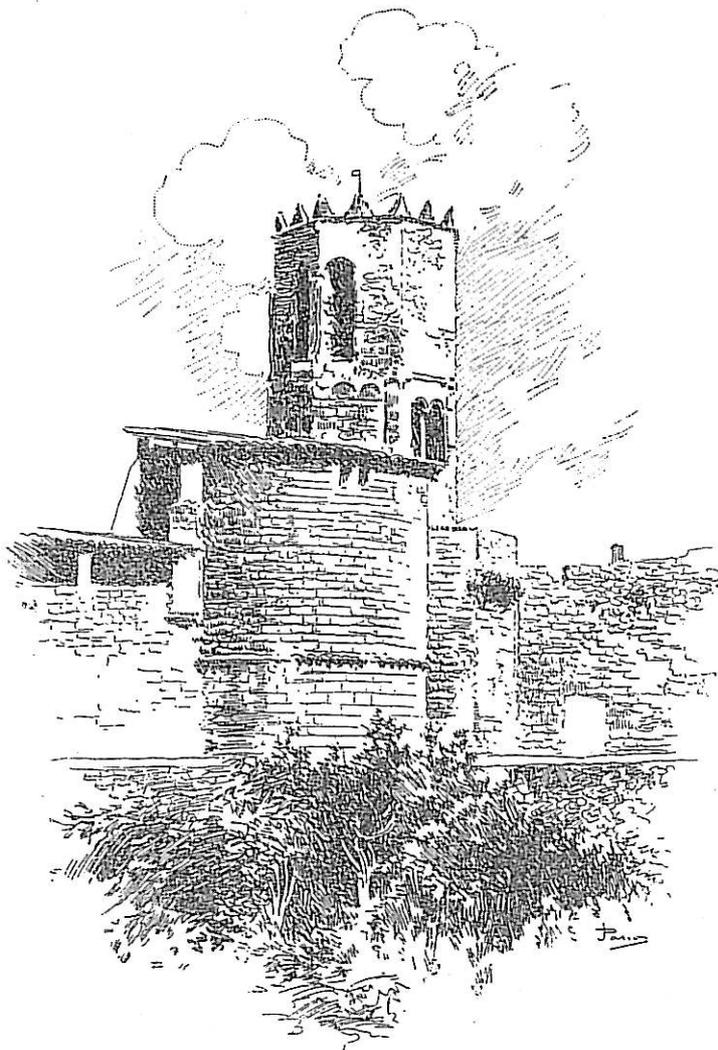
Oportuno era el relevo de Baldrich por su evidente fracaso en la dirección de la campaña, pero el que iba á sucederle había de correr más tarde la misma suerte por idénticos motivos.

Hizo este nombramiento, seguro de que Gaminde castigaría con mano dura cualquier intentona republicana, dado que los tiempos la hacían temer, máxime cuando era público que entre carlistas y republicanos habían mediado tratos, como lo atestigua el hecho de que Savalls mandara desde Rupit á las autoridades civiles y militares de la provincia de Gerona que se protegiera á las partidas republicanas levantadas en armas en ocasión en que Cataluña entera se alzaba contra las quintas. Aclamada fué la República por el alcalde de San Martín de Torrellas y varios ciudadanos en Martorell, Gracia y otros pueblos.

Preocupaba al partido carlista á fines del año 1872 la destitución de Arjona, secretario de Don Carlos y á la sazón su único consejero, pues en cuanto á Elio y Manterola no llegaron á ser en definitiva sus privados.

Reverdecido el antagonismo entre los viejos y nuevos carlistas iniciado en

Francia con motivo de los propósitos políticos de Cabrera, por entender éste necesario «que Don Carlos se inspirase en el espíritu de civilización de nuestros días que, parecido á la savia, se inoculara en nuestra existencia política y modifica y renueva leyes é instituciones que, tales como nacieron, llenaron ya su cometido



CATALUÑA (Gerona). — San Pedro de Galligans.

histórico...» ideas reformistas que con resolución apoyaban los unos, mientras veían los otros en Cabrera al enemigo encubierto de la fe religioso-política, base de la unidad del principio absolutista y á los cuales alentaba Arjona con entusiasmo, creyendo defender mejor así los intereses de la causa. Produjeron, como no podía menos, ambas contradictorias opiniones una honda división que de haber sabido explotar en su provecho los liberales hubiera evitado mucha de la sangre derramada y no pocos millones al Erario público.

Pero los partidos políticos, atentos sólo á sus miras, dejábanse arrastrar por la pasión, combatiéndose entre sí con inusitada saña.

Al Gobierno, por otra parte, parecía no preocuparle poco ni mucho el renacimiento de la guerra, circunscrita hasta entonces á la región catalana. Ni faltó por entonces ministro que dijera que convenía un poco de carlismo.

Y así era en efecto; sin consolidar aún la nueva dinastía por carecer del apoyo moral de la Nación, que es en definitiva el que afirma los pilares de todas las instituciones, temíase por los partidos afectos al régimen la explosión del sentimiento del pueblo en favor de la causa republicana, para evitar lo cual, bueno era para ellos que el ánimo público se desviara de su principal objeto, yendo á enfocarse en las hazañas de la guerra carlista.

No se daban los carlistas por vencidos, á pesar del fracaso del alzamiento, que, en verdad, apenas se comprendía. Había en Navarra empezado tan pujante, que no quedó un solo hombre en pueblos y valles enteros que no se aprestara á tomar las armas; los párrocos, dando ejemplo de un censurable fanatismo, marchaban á la cabeza de sus feligreses como á la conquista de la ciudad santa; las

mujeres encendían el ánimo de los tibios, lanzando insultos y dicterios sobre los indiferentes y colocando sobre el pecho de los suyos el símbolo de un corazón que tenía por emblema el *detente bala*.

Cuando todo esto hacía temer una nueva guerra más pujante y enconada que la primera, la causa de Don Carlos perdía terreno, merced al poco tacto de los directores y á las impaciencias y veleidades de los dirigidos.

Obstinado el Pretendiente en sostener á su secretario, consideró que cuantos no acataran sus actos no eran verdaderos carlistas, conminándoles á someterse, y si por acaso no le obedecían, hallábase resuelto á quedarse sólo con su bandera.

No obstante, la Junta vasco-navarra volvió á insistir cerca de Don Carlos en que retirara de su lado al señor Arjona, sin cuya medida estimaba la Junta que cuantos esfuerzos se hicieran resultarían inútiles.

Discutida por Arjona en nombre del Pretendiente la facultad que para la cuestión de armamento y organización militar se arrogaba aquella corporación, respondió ésta que sin amplias facultades no hubiera jamás admitido el cargo, considerando á la vez insuficientes el número de 8,000 fusiles que se la ofrecían para dar nuevo impulso al alzamiento.

En vista Don Carlos de esta negativa, declaró disuelta la Junta, conceptuando rebelde ó sediciosa toda aquella corporación que se reuniese sin autorización expresa suya y como sedicioso y revolucionario también cualquier acto público.

Acres censuras de sus partidarios mereció el Pretendiente por aquellas sus arrogancias. Mas dispuesto como estaba á prescindir de toda corporación y determinado á entenderse directamente con los comandantes generales de las provincias, procedió Don Carlos en consecuencia.

Citó á Burdeos á los representantes de sus periódicos de Madrid, dándoles cuenta de la situación por que atravesaba el partido y del inmediato envío á Cataluña de algún dinero que los católicos de Europa y los legitimistas franceses habían aprontado. No era la cantidad muy crecida, por cuanto los católicos, si bien simpatizaban con el movimiento, preferían enviar su dinero al Pontífice, haciendo no obstante fervientes votos por el triunfo de las armas carlistas.

Dispuesto Don Carlos á obrar por cuenta propia sin atenuar sus acciones ni recibir consejos del partido y contando con respecto á recursos con unas quinientas mil pesetas en bonos de difícil colocación, concedió la jefatura militar á Dorregaray, ordenándole que el movimiento de insurrección se efectuara en los primeros días del mes de Diciembre.

Aceptó el agraciado el puesto que se le confería y se trasladó desde Valencia á la frontera.

Al saber Don Carlos que Dorregaray no era auxiliado ni apoyado como esperaba por parte de algunos principales cabecillas, realizó un acto de rigor, destituyendo á Valdespina, Aguirre, Velasco y Carasa, del cargo de comandantes generales que desempeñaban, notificándoles que en su día les haría comparecer ante un consejo de guerra.

La hostilidad con que el partido carlista acogiera la inesperada elevación de Dorregaray al mando supremo, cesó al punto en que se supo que Arjona había sido reemplazado por don Isidoro Iparraguirre. Tal era el odio que sentían muchos por Arjona.



G. Martínez de Velasco.

Vencidos por Dorregaray no pocos obstáculos, empezó á organizar y preparar el alzamiento. Proveyó las comandancias generales vacantes, hizo que los jefes que se encontraban retraídos aceptasen mandos en las provincias, creó una Junta en la frontera, ordenó que cada cual marchase á su puesto, dictando, en fin, cuantas disposiciones estimó conducentes al mejor éxito de la empresa.

Cuando con tanto ardor y entusiasmo trabajaba Dorregaray, supo que algunos jefes nada afectos al movimiento habían escrito á Navarra predisponiendo al país contra los cabecillas nombrados. Mas no por eso decayó la voluntad de Dorregaray; con igual fe y tesón siguió trabajando por organizar la guerra, ordenando á Olo, Pérula y algunos otros que se le agregaran y disponiéndose él á hacer su entrada por la frontera de Navarra.

La proclama que dirigió á los yascos y riojanos era de estilo pedestre, llena de lugares comunes; deciales que les llamaba á las armas para salvar la fe, la Patria, el Trono y la dignidad española. De esta clase de proclamas abusaron tanto los carlistas, que llegaron á producir efecto contraproducente.

Los cabecillas Gómez, Goiriena, Valdespina y otros, cometieron en la provincia de Vizcaya enormes tropelías.

Estábase terminando de organizar la guerra cuando sorprendió á Don Carlos la noticia de haberse lanzado al campo algunas partidas. Disgustóle el hecho, pero no se atrevió á oponerse á él, pensando en la impaciencia que dominaba á los carlistas de acción.

Uno de los primeros impacientes fué el cura de Hernialde, Manuel de Santa Cruz, célebre por sus crueldades.

Todas sus hazañas, que fueron muchas, se reducen al empleo del palo ó de la muerte, no ya contra sus adversarios y enemigos, sino contra débiles mujeres é indefensos ciudadanos, ajenos á las contiendas políticas y azares de la guerra.

Falto de instrucción y de sentimientos de humanidad era el feroz cura.

Si hubiéramos de registrar todas las atrocidades que cometió Santa Cruz nece-

sitaríamos varios capítulos. Por la sima de Egusquiza, que ha llegado á tener celebridad por ser campo de hazañas del feroz guerrillero, despeñó este sanguinario cabecilla muchas víctimas inocentes.

Era el palo uno de sus procedimientos, merced al cual conseguía crecidas sumas de las autoridades administrativas ó judiciales de los pueblos, y aun de los mismos sacerdotes no carlistas.

Los alcaldes de Elorrio y Elduayen fueron víctimas de sus desmanes. Apaleó bárbaramente por el hecho de tener la profesión de cartero á Luis Azusa, decretando á la vez el fusilamiento de cuantos circularan toda clase de correspondencia.

Hizo descarrilar varios trenes, lo que ocasionó gran número de desgracias, obligando al maquinista de uno de ellos á abrir el regulador y pagándole después con la muerte el singular servicio que le prestara.

Por sospechas de infidelidad apaleó hasta dejarles sin vida á cuatro de los ocho guías que sacara de la villa de Berastegui, no sin antes haber fusilado al corregidor señor Alduncin.

El feroz cabecilla, que hacía gala de desobedecer toda clase de órdenes de sus superiores, se apropiaba el producto íntegro de las contribuciones que percibía.

Protegió Santa Cruz el levantamiento de otras partidas que eludían, protegidos por lo escabroso del terreno, todo encuentro con las fuerzas liberales.

En unión del vicario de Oyarzaín y otros curas hizo Santa Cruz suspender los trabajos de las minas de San Narciso; pero, desalojados de sus posiciones por los liberales tras largo combate, emprendieron los carlistas la huida, internándose Santa Cruz en Navarra para volver á poco á Guipúzcoa.

Antes de ser decretada por Don Carlos la guerra, el Gobierno Ruiz Zorrilla creyó conveniente enviar al Norte á Moriones, en previsión de que los carlistas llegaran á organizarse para un nuevo alzamiento.

Era justificado el temor, pues á fines de Diciembre la partida de Soroeta entró en Astigarraga, llevándose raciones de carne, pan y vino; audacia que atemorizó sobre manera á los vecinos de San Sebastián.

Era activa por entonces, aunque no muy inteligente, la persecución de los faciosos. Varias columnas les perseguían de cerca, mas como para los carlistas no era obstáculo vadear los ríos de aquella comarca, ni aún en el rigor del invierno, merodeaban á su satisfacción, protegiendo alzamientos y reclutando mozos.



El cura Santa Cruz.

Como la quinta seguía haciéndose en toda España sin aquella ruda resistencia que se temiera, los catalanes alzados en armas hallábanse impacientes á causa de que Navarra y las Vascongadas no habían secundado el movimiento.

Transmitía Don Alfonso á su hermano esas impacencias, y Don Carlos, dando rienda suelta á las suyas, ordenaba á Dorregaray lo que se dice en la siguiente carta:

« El movimiento es necesario, indispensable. Cataluña, las circunstancias del momento, nuestra honra, todo, en fin, lo está exigiendo: lo he decretado, pues, obedeciendo la voz del patriotismo y de la conciencia; bien decretado está. Todos los recursos imaginables para obtener recursos los he hecho, y te he mandado las cantidades que pude. Por tu parte, también has hecho lo posible para organizar tus medios de acción, y has logrado lo que humanamente puede lograrse.

» Uno y otro hemos cumplido hasta aquí con nuestro deber; ahora nos quedan aún deberes más grandes y espinosos.

» Mi grito de guerra es y será siempre ¡adelante! pero esta palabra no significa dar batallas y empezar la lucha, como si tuviéramos los elementos necesarios, no; nuestro deber hoy es organizarnos, fraccionar y esparcir las fuerzas, huir encuentros inútiles ó inciertos; en una palabra, imitando á los valientes y entendidos catalanes, sostenernos siempre, é ir formándonos para el día en que la guerra pueda adquirir un carácter violento y empeñado.

» Yo me contentaría con que dentro de un mes empezara á tomar cuerpo, y á ser lucha decidida el movimiento que empezáis mañana, á no ser que sucesos extraordinarios y favorables nos permitiesen pasar pronto el Ebro y llegar á lo que deseamos.

» Entretanto, no debe descuidarse un punto el cortar los ferrocarriles é interrumpir los trenes, inutilizar las líneas y aparatos telegráficos, destruir la correspondencia oficial, apoderarse de los caudales y efectos públicos, poner, en fin, cuantas trabas y obstáculos se puedan á la acción del enemigo, cuidando muy particularmente de atraerse sus tropas. Al mismo tiempo deben acostumbrarse nuestros voluntarios á buscar recursos y contentarse con los que haya, animándolos con la entrada frecuente en

pueblos amigos, y con las sorpresas y ventajas parciales. Resistir y luchar es nuestra divisa, según lo que más dé de sí el país y los acontecimientos.

» Tú no debes meterte á guerrillero, debes permanecer en tu puesto, empujar

CARLOS VII



Diez céntimos de peseta.

Cinco » » »

á todo el mundo y darles el ejemplo cuando sea preciso. Pero persuade á todos á resistir siempre, siempre, siempre, y hemos triunfado. Quisiera y pido á Dios que el general *No importa* presida nuestra empresa. Quisiera que todos los carlistas que van á entrar mañana considerasen el Pirineo como una barrera de hierro infranqueable, y olvidasen que hay un país que se llama Francia. Si sabemos quemar las naves y desplegar la tenacidad heroica que distingue á España entre todas las naciones de nuestra raza, la victoria es segura. Queda á tu discreción fijar el momento oportuno para tu entrada; pero cuando la verifiques, di á todo el mundo, en mi nombre, que estoy animadísimo, impaciente, ansioso de pisar otra vez pronto, muy pronto, esa tierra querida: que suspiro por verme á la cabeza de mis voluntarios, y mientras pueda hacerlo les pido ahora paciencia, sufrimiento, constancia y resistencia á muerte. Ojalá que los conceptos que ex-



CATALUÑA — Castillo de Vilasar.

pontáneamente voy dejando en este papel se graben en el corazón de todos; y así será, pues nada nuevo recomiendo, nada que no sea virtud propia del buen español. ¡Animo, pues! que vuestro rey está animoso cual ninguno, y decidido á ser, con la ayuda de Dios y de España, otro Pelayo que reconquiste la patria y la libertad de vergonzosa dominación. Dios, etc.

» P. D. Tu carta de hoy, que acabo de recibir, me obliga á poner esta posdata. Por las razones que me das consiento en la suspensión que me pides; pero nada más que hasta el 18 y por última vez.»

Luchaban los carlistas con la falta de recursos y de armas, lo que moderó un tanto el belicoso ardor que muchos sentían; pero como la presión de los catalanes

era grande y como además habían prometido hacer un levantamiento general, del que no se vislumbraba síntomas, se convino en obrar resuelta y activamente haciéndose tentadoras ofertas á extranjeros interesados para allanar la dificultad del armamento, que era en definitiva la mayor preocupación de todos.

Alentados por el ejemplo de Santa Cruz, los carlistas de las provincias de Navarra y vascas, lanzáronse al campo en pequeñas partidas, á cuyo crecimiento y desarrollo fué favorable la escasez de tropas que tenía el Gobierno en aquellas comarcas.

El plan del levantamiento y desarrollo ulterior de la campaña estaba sabiamente concebido, y si no se ejecutó en todas sus partes, culpa fué de las circunstancias del momento y no del deseo de sus directores.

Ordenaba Don Carlos á Dorregaray que, á medida que se introducía en España el armamento, salieran las partidas formadas con los emigrados y los reclutados en el interior de las provincias.

Más adelante decía, en carta de fecha 17 de Diciembre, « deberán entrar los comandantes generales para organizar, unificar y disciplinar las fuerzas, tomando tú la dirección de ellas.

» Este sistema, tiene la doble ventaja de que al empezar á salir las partidas, no se alarme el gobierno usurpador, como sucedería si os presentárais todos los jefes desde el primer día, con lo cual cargarían fuerzas, y careceríais de medios de resistencia; por otra parte, no podrá nunca considerarse esto como un movimiento que no va á tener resultados, pues siempre se dirá que empieza la insurrección, y que luego irán los jefes. Este tiempo lo emplearás en hacer pasar el armamento y municiones, y además debes dejar bien establecida la Junta auxiliar, y bien dispuestas las comunicaciones con Guipúzcoa y Navarra.

» Este sistema ha producido los ventajosos resultados que tocamos en Cataluña. No creo que los vasco-navarros sean menos esforzados y sufridos que los catalanes, y espero por lo mismo iguales resultados. »

Si estaban tomadas las medidas para una campaña que, según había predicho Don Carlos, iba á ser la última, faltaba en cambio la armonía y la unión de todas las voluntades.

Y no podía menos de ser así, ante el temor de que si se encendía la guerra en Vizcaya perdiese acaso el señorío sus fueros, que los vizcaínos todos estimaban como el más preclaro de sus timbres.

Por otra parte, las autoridades forales dirigían á sus conciudadanos paternales consejos recomendándoles la paz, á fin de que Vizcaya, « al calor amoroso de sus libertades y franquicias », desarrollara sus iniciativas por medio del trabajo.

Tales consejos no trascendían á los que habían de ser el núcleo de la guerra.

El cabecilla Ollo, como comandante general de Navarra, y Pérula y Argonz, entraron en España seguidos de una treintena escasa de voluntarios.

Después de pasar el puerto de Osondo y los montes de Bertiz, llegaron á Echauri, tras una marcha penosa, debida á los rigores de la estación y á lo in-

transitable de los caminos. Se racionaron y proveyeron de calzado, yéndose á descansar tranquilamente á Arróniz, donde preparó Pérula la expedición para apoderarse de Sesma, merced á un golpe de astucia.

Llegó de madrugada á las inmediaciones del pueblo. No obstante saber que los voluntarios estaban apercebidos para la defensa, distribuyó su gente y entró en la ciudad, intimidando su rendición. Acompañado de un sargento fué al fuerte á conferenciar con el jefe que le daba guardia, reiterando en presencia de los voluntarios liberales la orden de rendición, pues de lo contrario ordenaría romper el fuego é incendiar el edificio. Rindióse, al fin, la fuerza entregando cuarenta carabinas nuevas con abundante repuesto de municiones, dos caballos, dos cornetas y un buen surtido de raciones.

Falta les hacía á aquellos cincuenta facciosos el armamento apresado, pues



CATALUÑA (Castellón de Ampurias). — Santa María.

el que tenían al pisar tierra española consistía en unos fusiles antiguos de pistón, inservibles la mayoría de ellos y enmohecidos todos.

En Vizcaya iban los carlistas reclutando gente con trabajo. No eran menores en Alava y Guipúzcoa las dificultades. En las demás provincias de España formáronse partidas poco numerosas, pero bastantes á distraer del foco de la guerra, que era el Norte, las fuerzas del Gobierno.

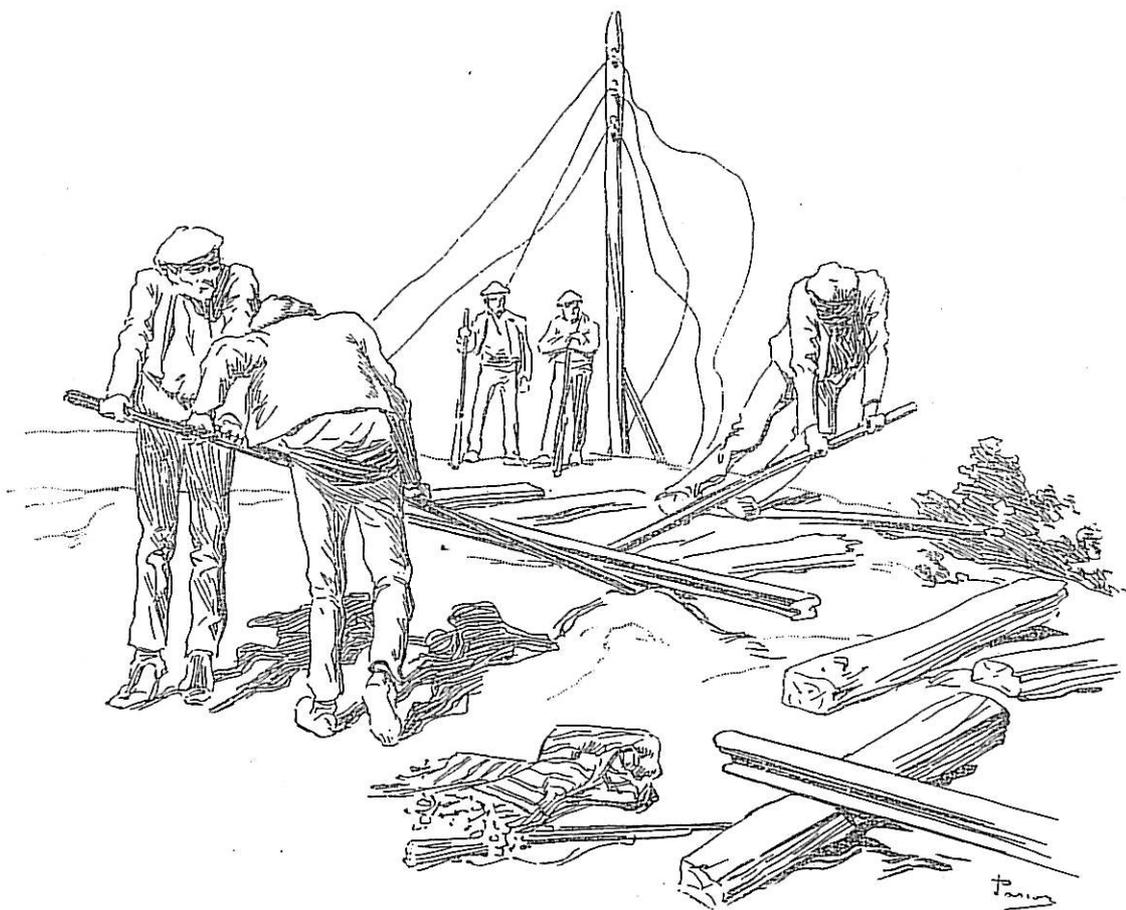
Al comenzar el año de 1873 merodeaban los carlistas en las Vascongadas con tal libertad, que Don Carlos, desesperado ya porque no se había generalizado el alzamiento, ordenó á los comandantes, jefes y oficiales que aún residían en Francia su entrada en España.

Muy disgustado tenían al Pretendiente Dorronsoró, Lizárraga y algunos otros

cabecillas por su pasividad para organizar batallones y dar impulso á la guerra; así que Lizárraga, para congratularse con su Rey y señor, se aventuró á salir á campaña. Dictó ante todo una orden general por la que se mandaba á los jefes de estación desocupar todas las dependencias de la vía que estuvieran á su cargo.

Ordenó igualmente que pasadas las seis horas de haber recibido la anterior comunicación y no haberla dado cumplimiento, fueran hostilizados todos los maquinistas que condujeran trenes y fusilados todos los empleados aprehendidos en el servicio de la vía, previa identificación de su persona, convicción de la falta cometida y después de recibir los auxilios espirituales, y transcurridas las seis horas comenzaría el deterioro de la vía, cuya indemnización jamás tendría la empresa derecho á reclamar.

A esta orden siguió su cumplimiento inmediato, siendo numerosos los fusilamientos de empleados é innumerables los destrozos de vías, puentes y estaciones.



De escasos ochenta voluntarios con que hizo Lizárraga su presentación en Vergara y Azcoitia, apoderándose de caballos y dinero, acrecentó á los pocos días el número de sus fuerzas hasta la cifra de seiscientos hombres, reclutados contra su voluntad y jóvenes todos.

Entró después en el pueblo de Usurbil, posesionándose de la ermita situada á la izquierda del río Oria, que se interpone entre el pueblo y el puente inmediato.

Formada para batir á Lizárraga una columna al mando del coronel de Luchana, marchó la tropa en busca del enemigo.

El jefe de las fuerzas liberales, en cumplimiento de su deber y de las órdenes recibidas, avanzó al encuentro de los carlistas.

Dejóronle los carlistas atravesar el puenté y ascender la montaña sin hostilizarle, y ya cerca del enemigo, sufrió una descarga á quemarropa que causó muchas bajas introduciendo el pánico en las filas. Quiso el coronel restablecer el orden, y para dar ejemplo á sus soldados siguió avanzando de frente y á la cabeza, cayendo muerto á los pocos pasos.

Este desgraciado suceso impuso la retirada de la columna.

Habiendo mandado Don Carlos que los navarros alzados en armas pasaran á Guipúzcoa con el fin de dar un mayor impulso al alzamiento, allá se encaminaron las fuerzas navarras, encontrándose Dorronsoro con la falta de armamento y municiones, por lo que creyó prudente limitar la recluta á 400 hombres en cada uno de los partidos forales, exigiendo á la vez que se les armara con carabinas giratorias, pues otra cosa sería llevarlos á una muerte cierta sin provecho alguno para la causa.

No obstante tan graves obstáculos, el carlismo iba en auge. La comunicación del ferrocarril se veía interrumpida, efecto del temor que se había apoderado de la gente al ver la ineficacia de las operaciones militares.

A pesar de la previsión de la diputación guipuzcoana, creando un cuerpo franco de 500 hombres á costa de la provincia, los carlistas seguían cometiendo fechorías, dando á la guerra el carácter de bandolerismo. Se robaba y fusilaba á los viajeros; la seguridad personal era un mito. Se hacían secuestros, y de los caseríos se llevaban los carlistas por fuerza á los jóvenes, cuyas desconsoladas familias impetraban el auxilio de las autoridades para conseguir el rescate de sus hijos ó deudos. Imponíanse, pues, los carlistas por el terror.

No bastándole á la diputación sus propias fuerzas para el perseguimiento y destrucción del carlismo, pidió refuerzos al Gobierno y la adopción de medidas extraordinarias, pues siendo los carlistas « cuadrillas de foragidos que cometían toda clase de crímenes, imponíase una extremada dureza que cortara de raíz un mal tan grave ».

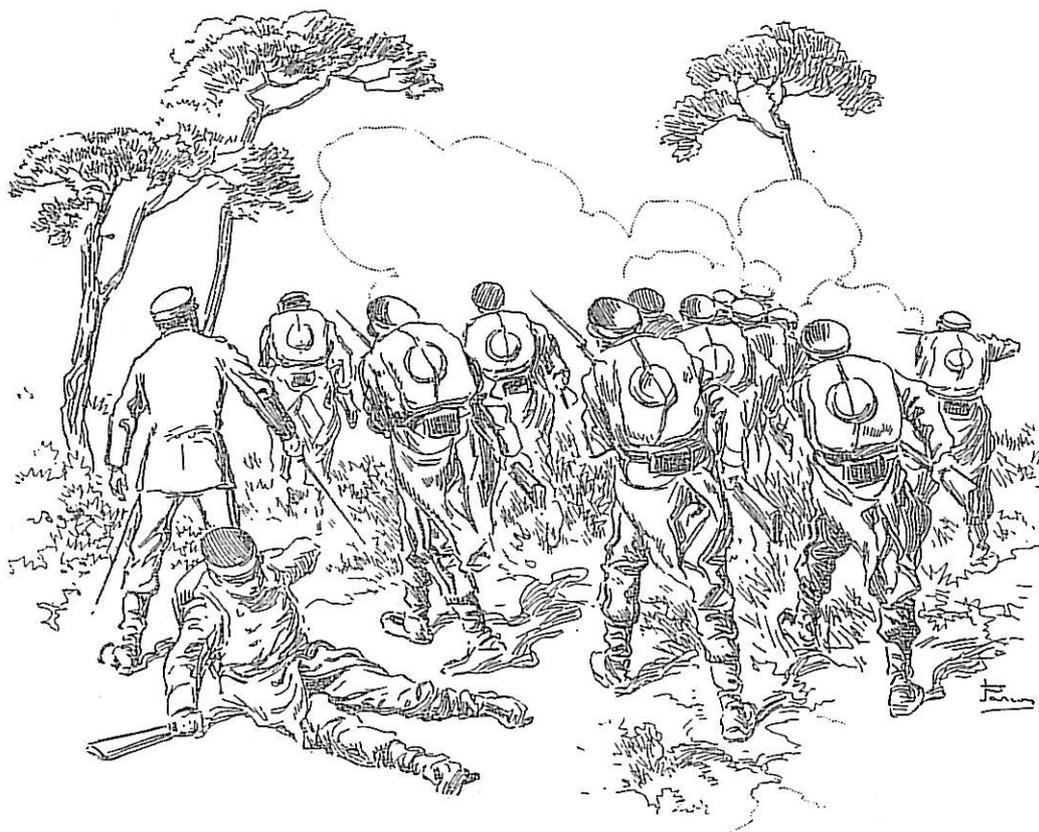
Tenían razón los guipuzcoanos. Si las autoridades liberales de la provincia hubiesen tenido más celo y energía no habría tomado la guerra las proporciones que tomó.

El mismo Moriones estuvo expuesto á un grave contratiempo, al ir de Zumárraga á San Sebastián.

Apostados los carlistas en la estación de Otzaurte, que habían incendiado, hicieron fuego sobre el tren en que viajaba el general.

Alentó un tanto el decaído espíritu de las gentes el resultado de la acción de Iturrioz. Puso el capitán general del distrito su fuerza en movimiento con el fin de dar una batida á los secuaces del Pretendiente. Al efecto, cuando con mayor descuido caminaba en su busca el general González, los carlistas hicieron sobre sus enemigos una descarga cerrada, guarecidos tras excelentes posiciones.

Tan inesperado ataque produjo el pánico en las filas liberales, huyendo los unos, dispersándose los más y tirándose al suelo otros. Enterado el general de lo que ocurría, contuvo la fuga iniciada y con arrojo temerario se lanzó, seguido de sus soldados, sobre las posiciones enemigas, que tomó á la bayoneta.



Cara vendieron los carlistas su derrota; pero merced á ella pudo vanagloriarse el general González, herido en la acción, de haber contribuido á la deserción de los mozos alistados en las banderas enemigas.

Y, en efecto, el descalabro sufrido por los carlistas impuso valor á muchos mozos para desertar; los que escondidos después esperaban la ocasión propicia de presentarse.

Sabedor de ello el capitán general de Guipúzcoa, mandó que cuantos carlistas se presentaran sin armas quedaran en sus pueblos en concepto de detenidos, con lo que facilitó el número de presentaciones.

Disgustó lo ordenado por el general, así que el ayuntamiento, senadores, diputados, jefes de voluntarios y varias otras personas de posición y respetabilidad fueron en queja al Gobierno, fundamentándola en que los indultos y excesiva condescendencia de los gobiernos habían sido la causa de la reproducción periódica del carlismo; para evitar lo cual, creían oportuno que cuantos facciosos se presentaran lo hicieran ante la autoridad militar-judicial en vez de á los alcaldes. El Gobierno creyó oportuno no revocar la orden del capitán general y la cuestión quedó en tal estado.

Entretanto, el cabecilla Lizárraga, al mando de una numerosa partida, atacaba á Azpeitia. Defendiéronse con heroísmo carabineros, civiles y voluntarios, rechazando la acometida, que duró algunas horas. Sufrieron pérdidas ambas partes.

Asumió el mando de las fuerzas que operaban en las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya el general Primo de Rivera, á causa de haberse retirado á Vitoria el general González para atender á la curación de su herida.

Adoptó Primo de Rivera el sistema de fortificar y guarnecer las poblaciones, como asimismo la vigilancia de los ríos Deva y Oria.

Seis eran las columnas que habían de operar, las cuales tenían orden de perseguir á los carlistas dentro de la zona marcada y aún fuera de los límites de ambas provincias. Unidas por un movimiento convergente, les bastaba oír el fuego de cualquier columna para acudir las demás al sitio de la acción; pero la movilidad del enemigo destruía estas combinaciones estratégicas. Los perseguidos evadían siempre que les era posible el encuentro con los liberales, pernoctando á veces en el mismo pueblo que horas antes habían abandonado.

Rudo descalabro sufrieron los carlistas cerca de Guernica. Merodeaba por aquellos contornos la partida del jesuita Goiriena, que haciendo caso omiso de las disposiciones de la diputación, que era la que dirigía el movimiento insurreccional, gustaba de campar por sus respetos.

Tras de algunos días de correrías, hallábase descansando Goiriena con su fuerza en las alturas de Rigoitia, cuando los liberales, que por una bien combinada operación habían llegado al citado pueblo, por mar los unos y por tierra los otros, cogieron por sorpresa y entre dos fuegos al enemigo, que huyó desparovido á la desbandada, dejando en poder de los liberales, caballos, armas, municiones y documentos. De importancia fueron las bajas de muertos y heridos que hicieron las tropas á los facciosos.

La audacia de los carlistas y el escaso acierto de las operaciones militares, en general, para perseguirles, determinaron que partidas insignificantes por su número se tornaran en poco tiempo en un poderoso ejército.

En el pequeño caserío de Ipiña tenían los carlistas su taller de cañones y correajes, y allá se encaminó Goiriena, después de la derrota. Uniéronsele varios otros cabecillas, y todos ellos, en cumplimiento de la orden general de Don Carlos, tomaron como táctica inutilizar el ferrocarril y el telégrafo, llegando Bernaola y Goiriena á conminar con la muerte á las fuerzas que guarnecían las estaciones.

Después de incendiar el puente de Arrancudiaga y cometer otros desmanes por el estilo, entraron en algunos pueblos, apoderándose de los fondos de los ayuntamientos, obligando á la tropa á replegarse y quedando por tanto sin custodia la vía férrea que va á Bilbao y la de Bilbao á Portugalete y Santander.

Sabedor Primo de Rivera de que los carlistas se fortificaban en Aya, allí fué para impedir que realizaran su propósito, que era el de hacer de aquel paraje su plaza fuerte y cuartel general.

Hallábanse entretenidos los facciosos ejecutando obras de defensa, cuando Primo de Rivera, secundado por la columna de Blanco, ordenó se tomara el pueblo á la bayoneta. No fué enérgica por cierto la resistencia que opuso el enemigo, que hubo de retirarse en desorden, molestado por la artillería de Blanco, y



dejando en poder de las tropas algunos prisioneros y varios heridos, entre ellos dos curas. Tuvieron que lamentar, asimismo, considerable número de muertos.

Fué suerte de los carlistas que Primo de Rivera no hiciera acudir á la acción otra columna más, pues entonces hubieran sido irremisiblemente copados.

Fraccionados en la huida los 1,500 hombres que fortificaban á Aya, acudieron á engrosar las partidas de Soroeta, Santa Cruz y el cura Orio.

Enterado Santa Cruz del desastre y queriendo tomar pronto desquite, reunió los dispersos núcleos, y con los hombres de su partida se encaminó hacia Deva.

Defendióla en un principio las fuerzas de voluntarios que la guarnecieron, pero intimadas por el feroz cabecilla para entregarse á discreción bajo pena de la vida, hubieron de parlamentar.

Una nueva exigencia de Santa Cruz hizo inaceptable lo propuesto; pero temiendo el vecindario las tremendas amenazas del desalmado cura, suplicó al alcalde y al jefe de los voluntarios que á toda costa se capitulara, como así lo hicieron, entregando armas y dineros al enemigo.

El cura Orio realizó después varias correrías por Amezcua, Vidania é Irres-tilla, burlando la tenaz persecución de los liberales.

Comprendiendo los pueblos la necesidad que tenían de defenderse por sí mismos de la bárbara irrupción de las facciones, acordaron pedir armas al Gobierno, lográndolas algunos de las diputaciones y de los parques militares.

Santa Cruz, entretanto, enviaba á los pueblos de la provincia de Guipúzcoa una terrorífica circular, lo que motivó la formación de cuatro columnas de mi queletes, dedicadas á perseguirle.

No dió la medida el resultado apetecido, á causa de que el cruel cabecilla se imponía por el terror, siendo casi imposible saber cuáles eran sus guaridas.

Sin formación de causa fusiló al alcalde de Amoeta, lo que originó un grave tumulto en Tolosa, vengando el pueblo la muerte del alcalde en las personas del rector de Amoeta y de otro eclesiástico.

En Zarauz mató á palos á dos empleados de la fábrica de Veá-Murguía, saqueando después la casa de este señor, á pesar de deberle favores de extraordinaria importancia.

En Oñate mandó quemar los libros del registro civil.

Igual ferocidad que el cabecilla demostró su primero, mandando fusilar á un pastor por el hecho solo de ser padre de un voluntario.

Poco después, toma Santa Cruz una casa aspillerada en el puente de Enderlaza, sobre el Bidasoa, y faltando á lo convenido de respetar las vidas de sus heróicos defensores, ordena el fusilamiento de los rendidos, 23 carabineros y un teniente, á pesar de las súplicas que las familias de aquellos infelices hicieron al feroz cabecilla.

Y como si esto no fuera bastante, incendia la estación de Beasain, el material de ferrocarriles y el almacén de mercancías. Y lo hace sin respetar el contrato que con los carlistas había hecho la empresa del Norte, mediante el cual abonaba la compañía como impuesto de guerra la cantidad de 2,000 pesetas diarias.

A tales desafueros hay que agregar el cometido contra el comandante general carlista de la región, su jefe, apoderándose del dinero, armas, municiones, ropas y documentos pertenecientes á Lizárraga, mostrando así que no reconocía autoridad superior á la suya.

Tan vandálicos hechos levantan un clamor general de indignación contra el criminal cabecilla y es puesta á precio su cabeza. Mas nada le arredra, y fiándose en el poder de sus armas, dicta una orden anulando por anticipado los acuerdos de la diputación de Guipúzcoa, próxima á celebrar su Junta anual.

En la expresada orden declara no ser válidos los poderes otorgados por los ayuntamientos, conminando á los procuradores y concejales con la multa de dos mil duros si asistían á la Junta ó cumplían los acuerdos.

Mientras en Guipúzcoa se desarrollaban los sucesos que narramos, en Navarra el cabecilla Oilo imponía y cobraba contribuciones.

Después de hacerse dueño de la ciudad de Estella, cobrar por adelantado un trimestre de contribución, recoger caballos, equipos, uniformes de los voluntarios, encerrados con la guarnición en el fuerte, entró en Abarzuza, buscando alojamiento.

Creyéndose seguros los carlistas, encamináronse tras de algunas horas de descanso al valle de Yerri, viéndose sorprendidos por la llegada de fuerzas enemigas.

Enorme confusión se produjo entre los facciosos, que, corriendo en todas direcciones, lograron muy difícilmente salir á las afueras del pueblo, conteniendo el avance de la tropa con un nutrido fuego de fusilería.

Dejaron en la huida los secuaces de Don Carlos cuanto habían sacado de Estella.

Siguiéndoles de cerca los liberales tropezaron éstos en su camino con las partidas de Pérula y Oscáriz.

Entablóse entre ambas fuerzas rudo combate, logrando al cabo la tropa tomar las posiciones enemigas.

Tuvieron necesidad de hacer los carlistas, para burlar á sus tenaces perseguidores, varios arriesgados movimientos, sin dejar por ello de racionarse y dormir algunas horas.

Estas marchas y contramarchas servíanles para interceptar correos, cobrar por sorpresa á los pueblos las contribuciones y para otras lindezas por el estilo.

Acosados Pérula y Ollo, tuvieron en ocasiones que hacer frente al enemigo para ponerse á salvo, ocurriéndoles percances como el de Zúñiga, en el que se vieron expuestos á morir, sin poder avanzar ni retroceder, á causa de haber interceptado con el bagaje que llevaban el camino que seguían.

Ya en Larrainzar celebraron el primer consejo de guerra para juzgar á dos de sus voluntarios, fusilando al uno y apaleando al otro.

Después de separarse las fuerzas carlistas que se habían juntado en Arcona, fué Pérula á Monreal y á Caparroso, donde aumentó su caballería con los tiros de los coches de Pamplona á Sangüesa y con los de las cuadras particulares.

La caballería de Pérula prestó excelentes servicios durante la campaña; verdaderos hulanos, eran la admiración del ejército carlista; por las temerarias empresas á que se arrojaban y la destreza y soltura de sus movimientos en el combate.

Llevado de su osadía invadió á Villafranca con sólo ocho caballos. Se apoderó súbitamente de la guardia del ayuntamiento, y dueño ya de la villa y sin dar lugar á que los voluntarios se reunieran, se apoderó del armamento, de excelentes caballos y mejor botín. Bien es cierto que hallándose Pérula en estos menesteres le llegaron auxilios de fuerzas carlistas de infantería para proteger sus desmanes.

No en todas sus empresas tuvo Pérula el mismo éxito. En Valtierra fué derrotado por una columna liberal. Otro día, al cruzar por Eneriz la carretera de Puente de la Reina, se vió en trance difícil, á causa de haber cobrado su gente temor al enemigo, teniendo precisión Radica y Mendoza y él de hacer uso del palo para que entraran en acción sus secuaces. En su retirada llegaron á Vidaurre y Ciriza.

Temiendo ser copados, se encaminaron á poco al puente de Artaza, en medio de horrible temporal de nieves. Desde allí, por temor á quedar encerrados en la Améscoa salvan el puerto de Zudaire internándose en Alava. Atraviesan sin des-

cansar por Villarreal y Ochandiano, y rendidos, con los pies ensangrentados, llegan al valle de Villaron, no sin haber dejado antes en tan duro camino varios caballos, extenuados de fatiga.

Pujante la guerra en el Norte, no era extraño que los carlistas de Cataluña trataran de aprovecharse de aquel estado de cosas. Don Alfonso procuró dar



la debida unidad á su ejército, mas luchaba con el inconveniente de que la mayor parte de los voluntarios preferían operar en pequeñas partidas por ser menor la exposición y mayor el lucro.

Hubieron de conformarse por entonces los que entendían lo contrario, así que, fraccionados los carlistas, les era á las fuerzas del Gobierno sumamente difícil la persecución y exterminio del enemigo.

Con mayor ó menor fortuna sostuvieron los carlistas reñidos encuentros en las sierras de la Noguera y en las alturas de la orilla izquierda del Llobregat.

El mismo Don Alfonso se aventuró á correrías, acompañado de Castells, Tristany, Galcerán y otros cabecillas, lo que alentaba esperanzas de un próximo triunfo.

Sufrieron los facciosos algunos descabros en sus incesantes aventuras. Fué

uno de ellos el de Berga, al pretender apoderarse de un convoy de los carlistas. Con grandes pérdidas desalojaron los carlistas sus posiciones, llegando intacto el convoy á su destino.

Con increíble audacia apoderáronse los carlistas de los arrabales de Tremp, en medio de una lluvia de balas. Incendiaron las casas consistoriales y el café de Gallar, recogiendo buen número de fusiles y varios miles de pesetas.

El cabecilla Meló hizo quemar la estación de Olesa de Montserrat. Barrancot imponía contribuciones á los pueblos tenidos por liberales; en el Ampurdán, Tristany, Camats y otros jefes de partidas dedicábanse á mantener la intranquilidad de los pueblos con sus continuas fechorías.

Bastante más difícil que en Cataluña les fué á los carlistas encontrar protección y refugio en la provincia de Vizcaya, donde en vista de que nadie se acogía á las banderas facciosas, recurrió Don Carlos, como ya hemos dicho, á ordenar la reconcentración de los insurrectos navarros, confiando el mando supremo de las fuerzas del señorío al cabecilla Olo.

En la acción de Elejabeitia, en la que lucharon con bizarría los navarros en contra de las tropas, mostraron los facciosos vizcaínos su poquedad de espíritu, pues, atemorizados por los disparos de la fusilería del enemigo, resistiéronse á entrar en combate, á pesar de los reproches é insultos que les dirigieron los jefes navarros.

Causa extrañeza la entrada en Vizcaya de los navarros; pues hallándose vigilada la frontera, diseminadas las fuerzas liberales por Azpeitia, Vergara, Mondragón y Zumárraga y prontas á acudir á donde fuese preciso, según el plan táctico de Primo de Rivera, debiera haber sido punto menos que imposible aquella entrada, tanto más cuanto que no lo hicieron fraccionados, sino en grupos de partidas.

En el resto de España, si bien no podía considerarse la guerra civil formalizada, al extremo de hacer temer un cambio brusco de dinastía, era evidente que el partido carlista procuraba ganar adeptos por todos los medios.

Aunque con fruto escaso levantáronse partidas en otras regiones, tales como en Galicia, teniendo al fin que disolverse los pocos que las formaban, por el desvío que les mostraron sus paisanos.

Resultado idéntico obtuvieron los carlistas en la región asturiana, donde después de invadir los facciosos varias poblaciones cobrando tributos y llevándose rehenes, en las que se negaron á satisfacerlos hubieron de cejar en su propósito, retirándose á sus casas temerosos y desalentados. Y cuenta que los curas rurales trataron de despertar el ardor de la lucha.

No menos eficaces fueron en Castilla las predicaciones del clero para interesar á sus feligreses y convecinos en favor de la causa carlista; pero faltaba el elemento primordial para hacer del pueblo instrumento ciego de ajenas y reprobadas pasiones: el fanatismo religioso, que en definitiva fué el medio de que se valió Don Carlos para lanzar á la guerra á los sencillos aldeanos de las Vascongadas, Cataluña y Navarra.

En Extremadura y en parte de la región de levante, más que el elemento carlista dominaba el republicano.

Palloe, por querer entrar en Murcia á viva fuerza, pagó con la vida su temeridad.

Un hijo del Marqués de Montealegre logró reunir con sumo trabajo una parti-



da de cinco docenas escasas de hombres, que se disolvieron á los pocos días, sin haber hecho hazaña digna de historiar-se.

Tenían los carlistas de Guadalajara verdadero interés en promover la guerra en la provincia, logrando solo, después de algunas incursiones por los confines de Segovia, que fuera herido él jefe que las mandaba y hechos prisioneros varios de los que componían la partida.

En otras provincias, como Toledo y Ciudad Real, no pudieron resistir los facciosos la persecución de que fueron objeto.

No así en el Maestrazgo, en que evadiendo los encuentros que pudieran serles desfavorables, dedicábanse á inutilizar la vía férrea y el telégrafo.

La partida de Cucala, que fué de las que más se distinguieron, estuvo á punto de ser copada; pero supo evadir á tiempo el peligro.

Unido Cucala á las fuerzas de Ferrer, Panera y Piñol, sostuvo con ellos en Peñarroya, reñida acción con el coronel Arjona.

Perseguidos por los liberales, hubieron de tener los facciosos otros choques nada adversos, entrando Cucala en tierras de Valencia, mientras los otros cabe-cillas pasaban y repasaban el Ebro constantemente, sembrando la alarma y el temor por campiñas, aldeas y ciudades.

Rudo golpe sufrió en Santa Cruz de Nogueras el movimiento insurreccional de Aragón, al que prometieron cooperar los republicanos de Zaragoza.

Obstinado el *Cojo de Cariñena* en batirse con las tropas, se hizo fuerte en las casas del pueblo, siendo hecho prisionero con los suyos tras reñido combate.

En vano procuraba el Gobierno, por cuantos medios tenía á su alcance, despertar en los pueblos el odio al carlismo con el recuerdo de los horrores de la pasada guerra, rogando á todos la paz para no poner á las autoridades en el caso de tener que aplicar las leyes militares. Pocos eran los carlistas alzados en armas pero, como ya hemos visto, esos pocos imponíanse por el terror, que es al cabo la fuerza de las fuerzas.

Contribuía también al acrecentamiento y vida del carlismo el estado de agitación en que se hallaba la política, pues siendo inminente la abdicación de Don Amadeo, los partidos luchaban entre sí con encono, llevando al ánimo público la confusión y el desaliento.

Temeroso Don Carlos de que á la abdicación de Don Amadeo se instaurase la República, procuró por todos los medios hacer un último y supremo esfuerzo en defensa de su causa por temor, si no lo hacía, á un fracaso definitivo.

Dió instrucciones precisas á Dorregaray para el empleo de medios que si las costumbres políticas aceptan sin desdoro, rechaza toda conciencia pura.

Decíale, « que si la República se imponía en Madrid y causaba espanto en los tímidos y en los tranquilos padres de familia, es de justicia y de interés nuestro protegerlos y acogerlos, sea que vengan á refugiarse bajo mi bandera, sea que huyan de los horrores que temen de la República; deben encontrar seguridad en su marcha, y buena acogida en nuestras filas ó en nuestros pueblos.

» Siguiendo la hipótesis de que los acontecimientos de Madrid produzcan disturbios, éstos deben facilitar el desarrollo de nuestro movimiento, que hay que impulsarle con actividad... Procúrese introducir en el ejército la división y la desconfianza... »

Conforme á estas instrucciones, obró Dorregaray, haciendo su entrada en España á los seis días de haberse proclamado en las Cortes la República.

No mereció de Nocedal juicio favorable el mandato de Don Carlos, decretando la guerra.

Tenía don Cándido como ideal en política la evolución, en la creencia de que los gobiernos revolucionarios habrían acabado con sus actos por disolver el ejército. « Hasta los tenderos y mercaderes de Madrid, decía en carta, se apresurarán á llamar á Don Carlos para salvar sus escaparates, y entonces yo, con los diputados carlistas, disponiendo de la mayoría del Congreso, que no existe sin nuestros votos, que todos buscan en sus reyertas intestinas, podría en un momento bien aprovechado, hacer posible y aun necesario el reinado de Don Carlos; pues qué, ¿sería difícil que un día dado la mayoría del Congreso, obligada á escoger entre Pi y Margall y yo, me eligiera á mí, encontrándome apoyado por sesenta ó setenta diputados carlistas? »

Muy otro era el criterio del Pretendiente sobre tan complejas cuestiones; pero á fin de atar todos los cabos y tenerlo dispuesto todo de la mejor manera posible, á fin de alcanzar el logro de sus deseos, confirió á Nocedal, en unión con el obispo de la Habana, la representación de la autoridad que necesaria fuese para aprovechar las circunstancias y obrar en su nombre, dándoles á la vez amplias facultades para designar una tercera persona, militar de alta graduación, que ejerciera con ellos las altas y graves funciones para las que les confería poderes.

No llegó Nocedal á hacer uso de ellas, y el obispo de la Habana murió á poco en Roma.

Oculto Don Carlos hasta entonces en las inmediaciones de Burdeos, se estableció entre Toulouse y Tarbes, á fin de tener una mayor seguridad. Por cierto que nadie había dicho al ver que el Gobierno de la república francesa permitía circular libremente como mercancías de lícito comercio, armas, municiones y demás pertrechos de guerra, que España fuera un país amigo de Francia y que los Gobiernos de ambas naciones sustentaran idénticos principios y gobernarán con arreglo á ellos.

Corresponde á nosotros, á fin de restablecer el justo imperio de la verdad, hollada por algunos historiadores poco escrupulosos en la apreciación de los sucesos del revuelto período del 73, combatir el error sobradamente extendido, de que la instauración de la República originó el recrudecimiento del carlismo.

Declaran los hechos reseñados que con anterioridad al acontecimiento del 11 de Febrero había ya tomado el alzamiento carlista proporciones tales, que si no eran dueños en absoluto los facciosos de extensas comarcas, imponíanse sin embargo á la voluntad de los pueblos, cargándoles contribuciones, paralizando las vías de comunicación, terrestres y fluviales, cobrando á empresas poderosas crecido impuesto de guerra y haciendo por la fuerza que los jóvenes empuñaran las armas.

Es verdad que al advenimiento de la República no se habían aún organizado los carlistas con arreglo á los principios tácticos de la movilización de grandes masas; pero la guerra de guerrillas que hicieron en los comienzos de la campaña les fué más favorable que adversa, por tener las tropas que fraccionarse en pequeñas columnas para batirles, mientras que ellos, aprovechando todo descuido y burlando toda persecución, campaban por sus respetos, engrosaban sus filas, se racionaban, cogían armas y caballos y se apoderaban de los fondos de los municipios, llevando la intranquilidad á todos los hogares y el terror á todos los ánimos.

Importa recordar también que el Gobierno de la República se halló con dos guerras civiles; una en Cuba y otra en la Península. Y si á esto se agrega la reprensible actitud de muchos generales, jefes y oficiales que determinó la casi desorganización del ejército é hizo necesaria la institución de Moriones en el Norte y de Gaminde en Cataluña, tendremos elementos de juicio suficientes para

huir de la injusticia y vulgaridad que supone hacer responsable á la República de males que eran añejos para la Patria.

Sospechosa al Gobierno de la República la conducta de los generales citados, á causa de haber replegado las fuerzas á sus órdenes reconcentrándolas y olvidando de este modo el cumplimiento de sus deberes militares, que era batir á los carlistas sin darles tregua ni descanso, confirió el Gobierno el mando de Cataluña á Contreras y á Pavía el del Norte.

Procedió Pavía con actividad, hizo fracasar la conspiración alfonsina del ejército y restableció la disciplina, harto quebrantada.

Hizo saber á navarros y vascongados que la República recibía á todos como hermanos, sin convenios, pactos ni traiciones, y que sus deseos se sintetizaban en las palabras *paz y fueros*.

Reanudó las operaciones militares interrumpidas; ordenó el respeto á los prisioneros indultando á los heridos, restableció la circulación de la vía férrea y combinó un plan que no dió resultado para impedir que Ollo se internase de nuevo en Navarra.

Apurada era la situación de este cabecilla, tanto más cuanto que los carlistas guipuzcoanos cometieron la vileza de dejarle solo y hasta sin guías.

Había escrito Ollo por segunda vez á Santa Cruz, rogándole que le protegiera en su retirada, contestando el cura lacónicamente que no le era posible moverse por la mucha nieve de los caminos.



Nicolás Ollo.

No le arredró á Ollo la negativa; trazó su marcha, y tras un ligero encuentro con una columna y no pocas fatigas y vicisitudes, logró su objeto volviendo á Navarra, donde se racionó y descansó de la penosa marcha.

Ya con guías y rápidas y seguras confidencias cruzó Ollo la Barranca, entró en las Améscoas y sierra de Goñi, contramarchando á veces para evitar el encuentro de la tropa, que combinaba sus movimientos para impedirle la entrada.

Nada acertados ni diligentes estuvieron los liberales en la persecución de los carlistas navarros en la provincia de Guipúzcoa. Fontela, que se hallaba en Elgoibar, no consiguió impedir que Ollo tomase los montes. El imperdonable descuido de no haberse ordenado á

las tropas ocupar los puentes de Legorreta é Icastiguieta y la falta de las columnas que hallándose á retaguardia y flanco derecho de la fuerza carlista no se enteraron de la presencia del enemigo, cosas son que demuestran una vez más

la falta de unidad de un plan sabiamente pensado y ejecutado luego con precisión matemática.

Cuando Pavía corrió tras Olo, era ya tarde. Habíanse unido al cabecilla algunos otros jefes con sus fuerzas, formando entre todos un contingente no despreciable por su número y arrojo.

Entró Dorregaray en España por Dancharinea, el 17 de Febrero, huyendo el contacto con las columnas enemigas, publicando á su llegada la siguiente alocución con el fin de interesar al ejército en la causa del carlismo:

« Dios, Patria y Rey. — Al ejército: Enhiesta la bandera en que nuestros padres escribieron tres grandes palabras, os saludo desde el puesto de honor que el Rey de España se ha dignado señalarme.

» La campaña comienza hoy.

» No crucen por nuestras frentes recuerdos de acontecimientos que debemos olvidar. Diversas fueron nuestras apreciaciones, y nos batimos como enemigos los que nunca debemos dejar de ser hermanos.

» Hoy, ya proclamada la República en Madrid, el valiente y pundonoroso ejército español, no puede, sin suicidarse, servir; no servirá seguramente más que al Rey legítimo de España; porque el Rey legítimo es la única garantía de orden y prosperidad para la nación; porque su solo nombre significa la independencia de la patria, la salvación de nuestras Antillas, la reconquista gloriosa de nuestro antiguo poderío en Dos Mundos y de nuestra respetable influencia en Europa.

» Jefes y oficiales del ejército español:

» Bastante sangre se ha derramado; bastantes catástrofes se han producido. ¡Basta... basta ya de guerras civiles! Entre nosotros no habrá vencedores ni vencidos, ó más bien seremos todos vencedores. Todos juntos concurriremos á la salvación de España; juntos arrollaremos el mónstruo de la demagogia, triunfaremos juntos; juntos, en fin, daremos días de gloria, paz y bienandanza á la patria, nuestra madre querida.

» Jefes y oficiales del ejército español:

» En nombre del Rey os llamo, en nombre del Rey os ofrezco en las filas de sus leales, el honroso lugar que os corresponde.

» No hablemos del día de ayer.

» Hoy comienza la campaña.

» Abracémonos; y seguros de una victoria tan rápida como gloriosa, luchemos, luchemos todavía, si es que algunos ilusos, seducidos por malvados, osaren oponerse á nuestra carrera triunfal.

» Soldados del ejército español:

» Los hombres que hoy han escalado el poder, os prometieron con juramento solemne la inmediata abolición de las quintas. Os llamaron esclavos porque forzosamente se os obligaba al servicio militar. ¡Y pretenden ahora que continuéis derramando vuestra sangre, para con ella amasar la tierra que ha de servir de pedestal á su improvisada grandeza! ¡Basta de imposturas infames! ¡Basta de escarnios sangrientos! ¡¡Basta!! Sonó la hora: el momento es llegado.

» Venid á las filas de la legitimidad. En nombre de S. M. el Rey Don Carlos VII os ofrezco la licencia absoluta en el acto de rendir espontáneamente el arma, si así lo solicitárais, ó terminada la campaña, si quisiérais continuarla. En este caso, S. M. otorgará con regia munificencia las recompensas que hayáis merecido.

» Jefes, oficiales, clases y soldados del ejército español.

» La campaña se abre hoy al grito noble y entusiasta de:

» ¡Vivan las santas tradiciones de España! ¡Viva la integridad de su territorio en la Península y Ultramar! ¡Viva el símbolo augusto de tantas y tantas gloriosas grandezas! ¡Viva el Rey! El comandante general y en jefe de las provincias Vascas, Navarra y Rioja, ANTONIO DORREGARAY. — *Goizueta, 17 de Febrero de 1873.*

Procedía Dorregaray, evidentemente, con mala fe al hablar del «monstruo de la demagogia», pues con anterioridad y aún con posterioridad á la mencionada alocución jamás desdeñaron los carlistas el auxilio de los demagógicos republicanos, llegando á solicitar la intervención del Marqués de Albaida en el alzamiento personajes importantes del carlismo.

No agradó á los carlistas alzados en armas la frase repetida por Dorregaray en su circular de «hoy comienza la campaña». Considerándose ofendidos, y con razón, anunciaron varios de ellos su propósito de cejar en la lucha, dejando á merced del destino á quien de modo tan injusto parecía olvidar los servicios que hacía muchos meses venían prestando á la causa con las armas en la mano.

Verdad que para Dorregaray, como para todos los militares, las partidas nada resolvían; pero no es menos cierto también que los guerrilleros tenían un criterio opuesto. Siempre existió entre los carlistas la rivalidad apuntada.

Para determinar mejor el antagonismo entre los prohombres del partido y los guerrilleros y de cómo á la constancia y ardimiento de estos jefes debieron las armas carlistas su pujanza, copiamos trozos de la carta de un cabecilla, carta que por la concisión y sinceridad de su lenguaje merece ser conocida para así aquilatar la responsabilidad de muchos de los que cometieron desmanes y atropellos, debidos en gran parte al abandono en que dejaron á los hombres de armas los que pudieron y debieron auxiliarles.

« Todo teníamos nosotros que proporcionárnoslo, pues ni recibíamos el menor recurso de Francia, ni parecía ninguno de la Junta de la frontera; sólo daban esperanzas, y de los que nos las daban nos reíamos, y más tarde vinieron cuando cómodamente se podían alojar, para hacerse los prohombres.

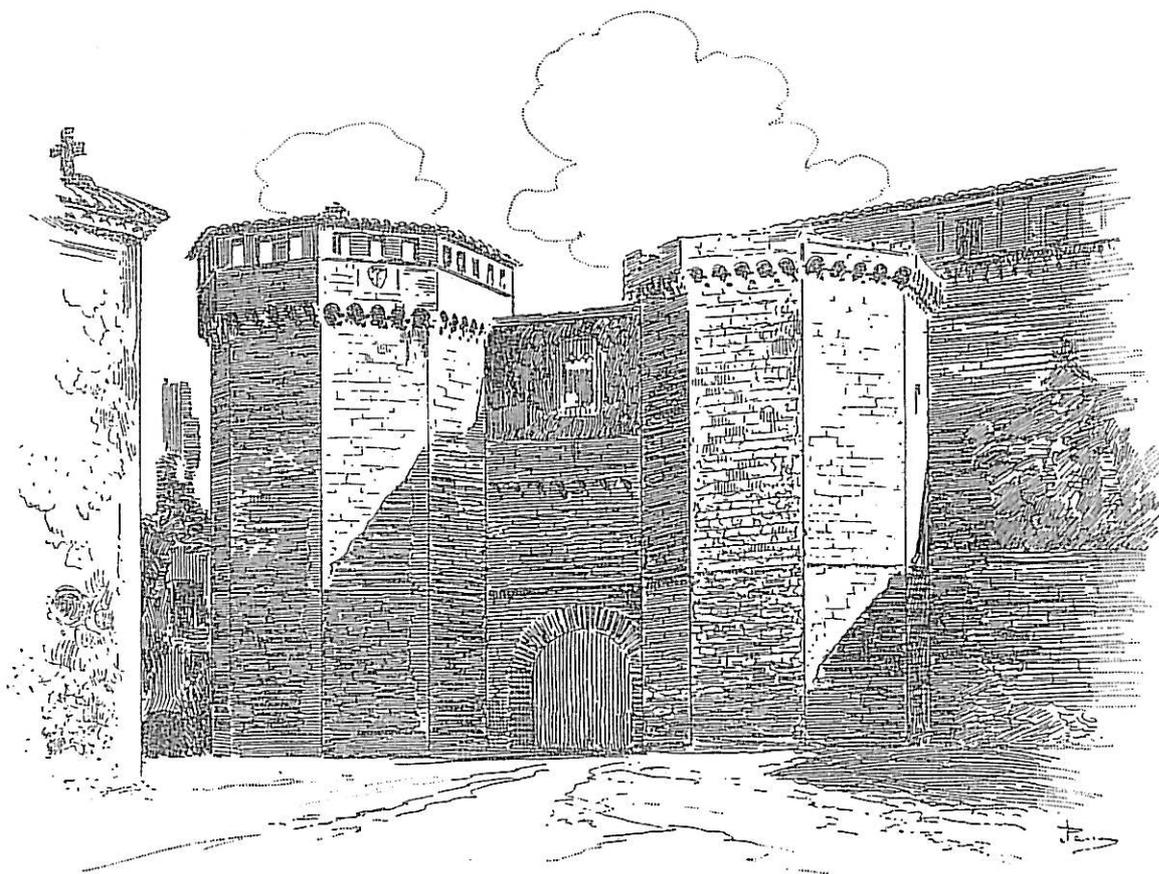
» Legitimistas, asociaciones, cabildos ni conventos nos daban un céntimo. Si alguna corporación eclesiástica ó individuo del clero ofreció alguna cantidad de los fondos de la iglesia que administraba, era cuando estaban en la creencia de que nos era poco menos que imposible ir por ella, y cuando se iba, con gran sorpresa suya, antes de entregarla negaban su existencia, inventaban disculpas, y se nos amenazaba con la excomunióon si se tomaba aquel dinero, que no se dejaba.

» Con nuestros esfuerzos, que mejor que nadie saben apreciar los enemigos, pues había que animar al país, todavía irresoluto y receloso, animándose á medida que aumentaba la perturbación que reinaba en España, se logró la organización de la fuerza, que ya teníamos cuando vino Dorregaray ».

Las frases de paz y concordia que Pavía había vertido en nombre de la República en el Norte, no satisficieron á los liberales de aquella región, convencidos de que el partido carlista, que era el más temible de todos, no depondría sus pretensiones sino aplicándole la ley con toda severidad.

Sabedor Pavía de que el grueso de los carlistas navarros se había refugiado en el valle de Echauri, salió de Pamplona en persecución del enemigo.

Corriéronse los facciosos á Abarzuza al ver que una de las columnas de Pavía



CATALUÑA — Poblet.

ocupaba las formidables posiciones de la Peña de Echauri. De aquí se encaminaron al valle de Aguilar, eludiendo todo encuentro con las fuerzas del Gobierno.

Siguió Pavía el rastro de los enemigos, llegando de noche á Aguilar. La densa obscuridad que reinaba y lo difícil de conducir la artillería por el estrecho camino que da acceso al elevado cerro donde se asienta Aguilar, obligaron á Pavía á demorar el ataque hasta el día siguiente.

No esperaron los carlistas la acometida y huyeron de nuevo. Marchando unas

veces y contramarchando otras, consiguieron eludir siempre un encuentro, que hubiera sido seguramente para ellos una completa derrota.

En Guipúzcoa seguían merodeando el cura Santa Cruz, el de Orio y otros cabecillas; pero ningún jefe lograba aumentar el número de sus secuaces, sino con los que se procuraban por la fuerza.

Con propósito de despertar en el pueblo el entusiasmo por la causa carlista, entusiasmo que se hallaba muy lejos de sentir, aleccionado por los sucesos de la guerra anterior, dirigió Dorronsoro una proclama á los guipuzcoanos, encaminada á demostrar que con motivo de la proclamación de la República peligraban la integridad de la Patria y la religión. « Los fueros, ya en esqueletos, decía, serán letra muerta; la propiedad presa de las turbas y reducida á pavesas por el petróleo. » Terminaba su profecía con una condena de la ley electoral que, según Dorronsoro, restringía el derecho del elector guipuzcoano en las elecciones municipales

El Gobierno, en tanto, queriendo satisfacer á la opinión que, asombrada y medrosa, veía la audacia del carlismo por el inepto proceder de varios generales y la sospechosa actitud de muchos de sus subalternos, determinó relevar á Pavía, concediéndole á Nouvilas el cargo que vacaba.

Anunció Nouvilas su llegada á navarros y vascongados con una alocución, en la que decía que bajo los pliegues de la bandera republicana cabían todos los españoles que á ella se acogiesen con lealtad; que no conservarían la autonomía que les daba sus fueros, sino deponiendo las armas y acudiendo á los comicios para que sus diputados les asegurasen los derechos que de otra manera ponían en gravísimo peligro; que las fuerzas republicanas eran mayores y más fuertes; que los carlistas derramaban su sangre por imponer un rey extranjero que no había dado muestras de conducirlos á la victoria; que no se obstinaran en ser los causantes de la ruina de su país; que emprendería las operaciones con energía, sería inflexible, les impondría la paz, y acabaría de una vez y para siempre con las insensatas é infundadas esperanzas de imposibles restauraciones.

No produjo ningún efecto la alocución de Nouvilas, así que comprendiendo dónde estaba el mal, solicitó y obtuvo del Gobierno de la República la concesión de todas las facultades, por las ordenanzas determinadas, al general en jefe de un ejército, siendo á la vez autorizado para separar de los cuerpos á los jefes y oficiales que estimase oportuno, ya por su falta de aptitud, bien por sus antecedentes y compromisos políticos.

Mandó Dorregaray que se le uniesen las fuerzas de Ollo, *Radica*, Pérula y otros jefes, y todos juntos encamináronse á Monreal.

Hallábanse descansando cuando Nouvilas, sin dar reposo á sus tropas, se dirigió en busca del enemigo.

Al llegar á Monreal la noticia de que avanzaban los liberales en dirección al pueblo, se apoderó de los carlistas el pánico, corriendo todos en distintas direcciones.

Afanáronse O lo y Pérula en ordenar la defensa; pero apenas lo habían hecho cuando los liberales rompieron el fuego, cometiendo la falta de hacerlo sin terminar el avance.

Con arrojo temerario se adelantó la vanguardia liberal. Desde las casas y cercados hiciéronles los carlistas vivísimo fuego, que se generalizó en toda la línea. Para contener el avance del enemigo corrió Pérula por su caballería, mas esta fuerza se había retirado á retaguardia para buscar más fácil huída.



Teodoro Rada (*Radica*).

Nouvilas, en tanto, puso en acción la batería de montaña, concentrando sus disparos sobre las casas del pueblo. A la vez que éste ordenó otros movimientos que, unidos á la falta del refuerzo que los carlistas esperaban de su caballería, determinó en ellos un acto de arrojo ciertamente temerario: el de lanzarse á la bayoneta contra el enemigo, llegando á combatir cuerpo á cuerpo.

No menor heroísmo demostró la tropa en la defensa de su cañón, del que se habían apoderado los facciosos en su principio, siendo los actos de arrojo tales,

que cuatro valientes soldados de Numancia acometieron á sablazos á los jefes enemigos que se hallaban en medio de sus fuerzas.

Vencidos los carlistas por los liberales, hubieron de volver la espalda, dejando el campo sembrado de muertos y heridos.

Mayor podría haber sido el desastre, si las tropas hubieren entrado de refresco en la acción; pero tras de una marcha de ocho leguas sin tomar rancho alguno, no les fué posible hacer más de lo que hicieron.

Teniendo esto en cuenta, Nouvilas encomendó á otras columnas la persecución del enemigo. Escasas fueron las pérdidas de los liberales en la acción de Monreal. Por cierto que en el parte que se publicó de esta acción se desfiguró por completo lo sucedido, y ni aun se mencionó el heroico comportamiento de varios soldados de Numancia, que recuperaron las piezas perdidas y se cubrieron de gloria.

Al pedir el teniente coronel que se abriera una información para que se demostrara el proceder de sus soldados y el suyo, como lo reclamaba el buen nombre del cuerpo, fué enviado por Nouvilas por dos meses á un castillo.

Cometió Nouvilas un grave error, llevado del mejor deseo. Con el fin de impossibilitar á los carlistas que se reuniesen y separasen con facilidad, ordenó des-

truir los puentes de Estella, Arga y otros hasta el número de veinte; varios muy notables por su fabricación y utilidad.

Y era tanto más extraña esta medida cuanto que, vadeable el río en muchos puntos, no constituía la destrucción de los puentes un gran obstáculo para los carlistas, y si lo resultó en ocasiones para la tropa, por la impedimenta que solía llevar en campaña.

La primera víctima de tan poco juiciosa medida hubo de ser el propio Nouvilas, que pretendiendo de aquella suerte hacer daño al enemigo hizoselo á sí mismo, pues se vió imposibilitado de socorrer oportunamente á sus compañeros de armas.

Conforme al plan de Don Carlos de restar elementos de fuerza al enemigo procurando su desunión, numerosos agentes carlistas iban de una á otra localidad excitando á las tropas liberales á insubordinarse.

Fructificó la semilla en algunos puntos, como en Pamplona, donde se produjeron lamentables escenas por los soldados de Puerto Rico y otros, que al regreso de la acción de Monreal se negaron á salir de nuevo á campaña. Verdad que aquel espíritu de indisciplina estaba alentado por muchos oficiales, que colocados en falsa actitud conspiraban contra la República.

Huyendo Dorregaray de Nouvilas, marchó por la sierra de Alaiz á Vera, siguiendo á Yauci. Tuvieron los carlistas un encuentro con los liberales. *Radica* les hizo frente, mientras el resto de las fuerzas carlistas flanqueaba el puerto de Velate, molestados por algunos disparos de cañón.

En Ulzama descansaron, corriéndose á tierra de Estella para continuar después las marchas y contramarchas de siempre por los terrenos de la Barranca y valle de Bernedo.



Escapulario con el cual se creían invulnerables los carlistas.

Esto les permitió aumentar y organizar su gente, teniendo yá formados tres batallones y empezado á formar el cuarto que, además de las partidas, caballería y escolta de Dorregaray, compuesta en su mayor parte de pasados del ejército, sumaban un total muy respetable de hombres.

Fácil les era á los jefes entusiasmar á aquella juventud de condición briosa, que á falta de armas se instruía y batía hasta con palos, en la creencia de que el escapulario del corazón de Jesús que encima llevaban, les servía de amuleto contra las balas enemigas.

No perdonaban tampoco los jefes medio alguno para explotar el sentimiento religioso de sus voluntarios en favor de la causa. Todas las tardes rezaban con ellos públicamente el rosario, haciéndoles creer que el que moría en defensa de la religión llevaba el premio en la otra vida.

Esto explica que aquellos hombres, á los que se les imbuía patrañas semejan-

tes fuesen valientes hasta la temeridad y entrasen en acción con el arma antes reseñada: el palo.

Verdad que no todos tenían el mismo indomable valor ni era en todos tan arraigada la fe religiosa; pero es innegable que si muchos huían á la desbandada cuando alguna columna liberal pegaba de firme, y que en ocasiones harto frecuentes vieron los jefes cómo se relajaba la disciplina de sus tropas en presencia del enemigo, no es menos cierto que el ardimiento de los unos comunicábase á los otros, lo cual explica muchas de sus victorias sobre los liberales.

A la vez que se afanaba Don Carlos en proveer de armas y municiones á su ejército, logrando al cabo la adquisición de un cañón, por lo que dispuso se formase una sección de artillería, mandada por un oficial del arma, pasado al enemigo, daba orden á Dorregaray, á fin de que se trasladase á Vizcaya para dar con su presencia la necesaria autoridad á Valdespina, á quien varios cabeceillas negaron su concurso para reorganizar las fuerzas de aquella región.

Llevaba Dorregaray, además del mandato apuntado, el de obligar á los guipuzcoanos á que cumpliesen la oferta de 200 fusiles, y asimismo á los jefes de partidas á que facilitasen fondos de los obtenidos de los pueblos.

Con el fin de contrarrestar la inaudita violencia cometida por los carlistas con los mozos de los caseríos, haciéndoles por fuerza alistarse bajo banderas, la diputación de Vizcaya ofreció á todos los aptos para el servicio que se refugiasen en cualquier pueblo guarnecidos por tropas de la República, la cantidad de cuatro reales, como socorro y del doble, y ración á los que coadyuvasen con la tropa á la defensa del pueblo.

No dió esta medida el resultado apetecido.

Los pueblos de Vizcaya, aunque liberales en su mayoría, temían las crueles venganzas de las huestes de Don Carlos, al extremo de que habiendo impuesto Velasco, comandante general carlista de la región, una contribución de más de cien mil duros sobre la riqueza territorial del señorío, excepto Bilbao, Deusto y Abando, todos los demás pueblos aprontaron, sin protesta, su contingente.

Y no solamente era en Vizcaya donde se cometían tales desafueros; la diputación carlista de Guipúzcoa, que procuraba por todos los medios allegar recursos para el sostenimiento de la guerra, hizo forzoso un empréstito reintegrable, asignando por igual á liberales y carlistas una cantidad; imponiendo 500 pesetas de multa por cada día que se demorase el pago del impuesto.

Tan ilegal tributo produjo, no obstante, la suma de un millón doscientas cincuenta mil pesetas, lo cual indica que fueron contadas las personas que dejaron de pagar.

Lizárraga impuso, además, una contribución de tres millones en indemnización de igual suma impuesta por la diputación liberal para sufragar los gastos del movimiento carlista de Abril anterior.

Con tan absoluta impunidad obraban los carlistas que llegaron á embargar y hasta vender los bienes raíces y semovientes de los morosos ó de los que por hallarse ausentes creyeron eximirse del arbitrario tributo.

Llegó á tal punto el poder de dominación de los carlistas en Guipúzcoa que Dorronsoro expidió en Abril una circular, que fué por muchos cumplimentada, diciendo á los alcaldes que había llegado la hora de que todos, pobres y ricos, sin excepción, hicieran un último esfuerzo para acabar de una vez con la revolución y reintegrar los fueros y libertades; y que dada la imposibilidad de reunir Juntas generales ni diputación extraordinaria, de acuerdo con el comandante general de la región, declaraba soldados de Don Carlos á todos los guipuzcoanos solteros de 18 á 40 años de edad, con posterioridad al 21 de Abril de 1872.

Declaraba también que el servicio era personal sin substitución ni redención, imponiendo á los que faltaren ó desertaren una multa de 500 á 2,000 pesetas al mes hasta tanto que el mozo fuese habido.

Entretanto continuaban las operaciones, tomando la columna de Fontela á la bayoneta las peñas de Aogtza. Murió en la acción el jefe carlista.

Mientras que Nouvilas procuraba el respeto á las leyes holladas con las disposiciones de los jefes carlistas acatadas por pueblos y alcaldes, Dorregaray entraba por Alava en Guipúzcoa, viéndose á punto de perder la vida cerca de Oñate, á causa de una imprevista acometida que le hicieron miqueletes y voluntarios.

Enardecidos los facciosos por el ataque, entraron en el pueblo, mas fueron rechazados con pérdidas de importancia.

Esto determinó en Dorregaray el deseo de volver á Navarra, como lo hizo, burlando la vigilancia de las columnas liberales que recorrían la comarca.

Esquivando encuentros, recorrió Dorregaray pueblos de importancia, llegando á Abarzuza, donde mandó se bendijesen las banderas y juraran los batallones.

Hallábanse en poder de los carlistas las aduanas de Dancharinea y Valcarlos, lo cual privaba al Erario público de rendimientos que iban á aumentar el peculio de los enemigos.

Indignado el gobernador civil de Pamplona, señor Zavala, por la pérdida de la soberanía que implicaba hecho semejante para el Estado republicano, solicitó del Gobierno que pusiera á su disposición algunas fuerzas, con las que se aventuró á librar empeñada acción contra los carlistas, los cuales tras algunas horas de lucha huyeron á Francia, volviendo á poder del Estado las aduanas retenidas.

Nombrado Nouvilas el día 30 de Abril de 1873 ministro de la Guerra, hizo entrega del mando á un jefe que mostró carecer de las dotes necesarias para el importante cargo que había de desempeñar.

Habían sufrido los carlistas algunos reveses y estaban, por tanto, á la sazón muy decaídos, mas la impaciencia ó la escasa fortuna del substituto de Nouvilas les hizo de nuevo envalentonarse. Empezaron por establecer talleres de sastretería y cartuchería, de los cuales hallábanse harto necesitados; algunos de esos talleres establecieronlos debajo de Peñaplata.

Al invadir Pérula la Rioja, penetró en San Vicente de la Souseira sin respon-

der al fuego de los voluntarios de Briones, por no consumir los escasos cartuchos que llevaba.

Desde Ceriñuela y siguiendo por Gallinero, entró en Avellanosa, atreviéndose á cruzar entre Prado, Luengo y Belorado á la vista de la guarnición, que no se concibe que no le atacara, cuando de haberlo hecho hubiera tenido Pérula por fuerza que rendirse ó morir luchando.

Salvado aquel peligro siguió Pérula su atrevida expedición, recorriendo gran parte de las provincias de Logroño, Burgos y Alava sin perder un hombre, pasando y tornando á pasar el Ebro para volver al punto de partida en los primeros días de Mayo.

En aquella tan larga correría, sólo tuvieron los carlistas con las tropas un par de encuentros sin importancia.

Verdad es que no consiguieron su objeto, que era desarmar por sorpresa á las guarniciones de algunos pueblos y cobrar el impuesto de guerra.

Las fuerzas de Velasco se movían en tanto sin dificultad alguna por Orduña, Villaro y otros pueblos de Vizcaya, haciendo empuñar las armas á los jóvenes, que con frecuencia veíanse obligados á dejar las faenas agrícolas ó industriales por una vida azarosa y expuesta.

Llegaron los carlistas en su audacia á disparar sobre la ribera de Deusto y sobre Bilbao, buscando amparo en la huida si por acaso las tropas les hacían frente.

Mientras esto sucedía, Dorregaray, viendo imposible el reunirse, en Haro, con Pérula, hizo una contramañcha á Peñacerrada.

Fatal hubo de ser para él la llegada de una columna liberal. Confiado hasta el extremo de hacer caso omiso de repetidas advertencias, no sólo no creyó en la llegada del enemigo, sino que no tomó siquiera la más elemental de las precauciones: la colocación de avanzadas.

Entró la columna en el pueblo en orden de ataque, viéndose precisados entonces los carlistas á salir en vergonzosa dispersión. Dorregaray dejó su equipaje en poder del enemigo.

Seguido de cerca por las tropas, perdió después media compañía, que se colocó á retaguardia indebidamente. A consecuencia del pánico que la sorpresa les produjo desertaron muchos voluntarios de las filas carlistas.

Por efecto de aquel modo de hacer la guerra, siempre huyendo del enemigo, desvaneciéronse muchas esperanzas y perdió Dorregaray gran parte del prestigio de que hasta entonces gozara. El desaliento fué general.



José Pérula.

El cabecilla Velasco, á la vez que impedía la circulación de carruajes, se apoderaba á mano armada de una remesa de mil cañones de fusil, destinados á la fábrica de Plasencia.

El mismo Don Carlos decíale el 25 de Abril:

«Los catalanes no comprenden que teniendo más fuerzas que ellos las Provincias, sean éstas recorridas por columnas de mil hombres.

» Varias veces te manifesté mi modo de ver en esta cuestión; á él me refiero de nuevo, porque sin mandártelo, pues no es mi ánimo ni lo considero prudente, deseo mucho que consigas una ventaja un poco señalada; esto haría desaparecer ese pequeño germen de disgustos, te colocaría en una situación ventajosa y aceleraría la ejecución de mis deseos.»

Referíase Don Carlos á las comparaciones con que el elemento civil de su partido discutía la pericia militar de los jefes de las regiones alzadas en armas.

Sin embargo, la acusación contra Dorregaray era injusta, pues si bien era verdad que el ejército carlista llevaba algunos meses de penalidades y sufrimientos y que, á pesar de los muchos combates no había obtenido aún un triunfo señalado por el cual pudiera colegirse la muerte que le estaba reservada, no lo era menos también que Dorregaray veía á su ejército sin armamento y municiones para poder hacer frente al enemigo con probabilidad de éxito.

No obstante, como el deseo del mayor número era pelear y morir, si el caso llegaba, antes que huir de los soldados de la República, se reunió un Consejo de generales y acordó la necesidad de combatir. El mismo Lizárraga, cediendo á la presión de los voluntarios carlistas, hubo de decir á Dorregaray que si no atacaba al enemigo sería por él abandonado, no respondiendo de lo que entonces sucediera.

Entretanto, el cura Santa Cruz continuaba en Guipúzcoa la serie incontable de sus crímenes.

Sus acciones de guerra limitábanse siempre á lo mismo. Huir todo encuentro con las tropas, fusilar á quien se le antojaba, mediará ó no compromiso de respetar su vida por haberse constituido en prisionero, sacar mozos de los pueblos, cobrar las contribuciones que imponía, racionarse y campar por sus respetos, sin tener otra ley y otro jefe que su voluntad.

Muchos de sus compañeros de armas seguían su ejemplo, no obstante lo cual le censuraban calificándole de asesino.

El piadoso Lizárraga, á quien Don Carlos apellidaba *el Santón*, á causa de haberse entregado por completo á las prácticas del culto católico, conminaba á los alcaldes si no le daban aviso del movimiento de las tropas, con dos mil quinientas pesetas de multa por la primera vez y la pena de muerte á la segunda.

Caperochipi amenazaba pasar por las armas á los sospechosos y á los que condujeran pliegos.

Garmendia supo mostrarse digno émulo, en ferocidad, del cura Santa Cruz.

Estos tales no perdonaban medio ninguno, por reprobado que fuese, para dominar por el terror.

Dedicados á inutilizar las vías férreas, hicieronlo en un túnel, á consecuencia de lo cual se produjo un terrible descarrilamiento que ocasionó muchas víctimas, ajenas á toda lucha y á toda contienda política.

En su bárbara ignorancia llegaron hasta quemar los libros del registro civil, sin comprender que aquella reforma, establecida en todos los pueblos cultos, en nada mermaba ninguna otra clase de derechos.

No satisfechos con el descarrilamiento apuntado, produjeron el de Isasondo, fusilando después al maquinista del tren y á un jefe. Véase de qué modo se produjo el hecho:

« A las cuatro de la mañana del 7 de Marzo, se presentó en Isasondo la partida del estudiante Lazcano, en la cual iba el ex carabiniere Francisco María Aramburo (a) *Beltza*: obligóse al capataz Mugica á levantar un rail en el segundo puente de hierro entre los kilómetros 585 y 586, y colocar petardos sobre la vía. Salió el tren diario de Beasain á las seis de la mañana, y después de oír la detonación del petardo, los carlistas que se hallaban en la trinchera del kilómetro 585, dispararon sobre aquél, creyendo no pararía; pero como el maquinista oyese la detonación del segundo petardo se detuvo antes de llegar al puente. Entonces los carlistas hicieron apearse á los viajeros y empleados, obligando al maquinista á que abriese el regulador y se bajase de la máquina, dejando escapar el tren, que pasó el puente salvando el rail levantado, descarrilando después todo él en la curva inmediata, destrozándose y destrozándolo todo.

» Lleváronse presos al anciano maquinista Mr. Drau y al jefe suplementario señor Echevarría, dejando en libertad á otros que también prendieron, y á los viajeros.

» Grande empeño mostró la empresa en rescatar á aquellos dos desgraciados, que fueron fusilados á los cinco días, y cerca de dos meses después ofició Lázarraga á don Marcelino Ugalde para que fuera á ponerlos en libertad.»

Pocos días después del suceso relatado, al llegar el tren exprés para Francia al túnel de Icazteguieta, se vió que los carlistas habían inutilizado la vía á la entrada del puente sobre el río, descarrilando el tren, que cayó destrozándose y matando al maquinista y á dos guarda-frenos.

Al desembocar el tren del túnel sufrió una descarga de los carlistas que se hallaban apostados.

También los viajeros que habían salvado la vida fueron objeto de dos descargas cerradas, que por fortuna no hicieron blanco.

Tan salvajes atentados obligaron á los empleados de la compañía á constituirse en fuerza armada, pero si ello les sirvió para tener una mayor tranquilidad respecto de sus personas no lo facilitó en nada la circulación de los trenes, que quedó por algún tiempo interrumpida.

Huyendo el cura Santa Cruz de la columna de Loma salió de Arano para Liza.

Desalojado de las alturas de Guizurriturre, marchó hacia Zarauz, molestado por los disparos de cañón de la fuerza republicana.

En sus incesantes correrías, rara vez esperaba de frente el ataque de su enemigo.

Tenía más valor para sacrificar víctimas que para batirse como soldado.

Haciendo sarcasmo de su oficio sacerdotal, ni á los eclesiásticos respetaba.

A dos curas de Astigarraga les robó varios miles de reales y dos relojes.

Encaminábanse sus excesos contra los mismos carlistas.

Quejábanse Lizárraga á Dorregaray del bandolerismo del cura, que no sólo le desobedecía sino que llegó al extremo de exigirle un crecido número de voluntarios para aumentar con ellos su partida.

No pudiendo Lizárraga sufrir por más tiempo la constante y osada insubordinación de Santa Cruz y habiendo visto ineficaces sus gestiones para corregirla, escribió al diputado general Dorronsoro, diciéndole: «Santa Cruz ha olvidado los deberes de sacerdote católico, apalea sin piedad á amigos y enemigos, fusila sin confesión á los prisioneros escarneciendo así nuestros principios religiosos, niega de palabra y de hecho la obediencia debida á los superiores legítimos y, por lo tanto, al Rey que nos ha otorgado su real confianza.

» Es llegada la hora de hablar. Diga usted á los amigos que Santa Cruz es en el campo carlista, un faccioso, un rebelde á toda autoridad, la deshonra de nuestra hermosa bandera; dígales que vean en sus crueldades el sistema que ha adoptado para llegar imponiéndose por el terror, á donde nunca pudieron aspirar la obscuridad de su nombre y la escasez de sus dotes.

» Preferiría, y lo mismo mis compañeros, caer en manos de una columna republicana que en las de Santa Cruz, pues Santa Cruz es el peor enemigo de nuestra causa, y si el estado del alzamiento de Guipúzcoa es hoy más fatal que el primer día, nadie más que él tiene la culpa y la responsabilidad.

» Santa Cruz no tiene la travesura del guerrillero ni el valor personal del cabezalla, estoy convencido de ello y se lo demostraré á usted con nuevas pruebas; es en fin, Santa Cruz, un miembro podrido de la comunión católica-monárquica.»

Tomando Lizárraga pretexto del fusilamiento decretado por Santa Cruz en la persona de una infeliz mujer embarazada, crimen bárbaro que escandalizó hasta á los de corazón más empedernido, le formó sumaria que terminó con una sentencia de muerte.

Al darle cuenta á Dorronsoro de la sentencia, decíale entre otras cosas respecto á Santa Cruz:

«Días atrás mandó á un muchacho para que matase á cierta persona, y fué muerto su hermano; al mandar al muchacho para que matase á la persona que se le había designado... se presentó á donde mi... y le hice las reflexiones que mi conciencia me dictaba como católico y caballero; me contestó el pobre chico aterrorizado, que, si no cumplía lo que le mandaba, serían fusilados sus padres, y que en esta triste alternativa no tenía más remedio que obedecer al funesto Santa Cruz.»

Por su parte, Dorronsoro, al enviar copia de la sentencia recaída contra el ca-

becilla, decía á don Tirso Olazábal que procurase inclinar el ánimo de Don Carlos «hacia la hoy única posible solución, que es la destitución oficial y pública del desdichado Santa Cruz, á condición de perseguirle sin tregua ni descanso como al peor de los enemigos, sino entrega la fuerza al jefe que se le designe.

» La voz del Rey bastaría, así lo creo al menos, para obscurecer completamente á Santa Cruz... Si esto no se hace, y pronto, las consecuencias, no lo dude usted, serán fatalísimas...

» Entérole usted de mi carta á Verzosa y de los documentos que la acompañan: estoy resuelto á publicarlos si esta situación se prolonga...

» Santa Cruz no respetará nunca el convenio de S. M. con la empresa del ferrocarril del Norte, é impedirá la circulación de trenes lo mismo que hasta ahora, porque ese dinero, dice, no ha de ser para él.»

Temerosos varios carlistas de importancia de la división que pudiera originarse en el partido si se cumplía la sentencia impuesta á Santa Cruz, determinaron intervenir. Llegóse, tras no pocas vacilaciones, á una transacción: la retirada de la orden de fusilamiento para el cabecilla. Presentó éste un alegato como á modo de capítulo de cargos contra Lizárraga, expresando á la vez no hallarse dispuesto á entregar á nadie las fuerzas que acaudillaba.

Mal de su grado transigió Lizárraga, pero hubo á poco de volver de su acuerdo, en vista de la procaz actitud de su personal enemigo.

« Estoy dispuesto á todo, decía, menos á admitir á mis órdenes sacerdotes cuya cabeza está pregonada con sobrados motivos. El y los demás curas que mandan partidas en la provincia deben ser separados.

» Al pie del altar, elevando al cielo oraciones por el triunfo de la iglesia, auxiliando á los heridos y animando al combate en el campo de batalla, cumplirán su misión: no se salgan de ella y Dios les bendecirá.»

Lizárraga tenía razón; trocando los curas la cruz por el trabuco del bandolero fueron los primeros en echarse al campo. Sin el eficaz auxilio de la clerecía no se hubiera producido esta segunda guerra civil.

Curas fueron los primeros guerrilleros de las Vascongadas, curas los que iniciaron el movimiento carlista de Cataluña y curas los que alzaron las primeras partidas de Castilla.

Transmitíase á los demás el ejemplo de insubordinación de Santa Cruz.



Tirso de Olazábal.

Caperochipi amenazaba fusilar á Dorronsoro si no le enviaba la fuerza que le había pedido.

Santa Cruz, por su parte, amenazó con hacer lo propio á los que voluntariamente se habían prestado de intermediarios entre él y Lizárraga.

A la vez que se apoderaba de los fondos recaudados en el puerto de Eudarlaza, mandaba Santa Cruz al administrador de Guipúzcoa que le hiciera entrega de cuanto recaudase. Erigiéndose en jefe de la provincia, prohibió toda circulación sin pase ó salvoconducto suyo.

Restablecido Lizárraga de su enfermedad, dedicóse á reorganizar y aumentar su gente, cuidando de defenderse de las asechanzas de Santa Cruz tanto ó más que de las del enemigo.

Con los dos cañones que poseía sostuvo rudo combate con una columna republicana, retirándose ambos combatientes por haber agotado las municiones. En otros encuentros tuvieron los carlistas algunas bajas.

Era á la sazón el Norte el alma y núcleo de la guerra. Por ver de conseguir alguna ventaja, determinaron los jefes de columnas salir con sus respectivas fuerzas en persecución del enemigo y batirle donde quiera le hallasen.

Los facciosos, por su parte, deseaban también entrar en acción para demostrar así que sabían luchar frente á frente con las tropas.

En este estado de ánimo carlistas y liberales, salió la columna del coronel Navarro en busca de enemigos con quienes combatir.

El cabecilla Ollo, que lo supo, corrió á cerrarle el paso, atacándole de frente. Lizárraga, en tanto, tomaba posiciones para atacar por el flanco izquierdo á las tropas.

Marchaban las fuerzas de Navarro como encajonadas por el puerto de Ollongen en dirección á Abarzuza, cuando apenas llegaron á media ladera se vieron sorprendidas por un nutrido fuego que les causó muchas bajas.

Rechazaron las fuerzas republicanas el imprevisto ataque del enemigo, mas el cabecilla Rada se lanzó con su gente á la bayoneta.

De nuevo fueron rechazados los carlistas, y tan briosamente, que su retirada empezó á convertirse en desorden.

Cuando mayor era el apuro de los facciosos ordenó el Marqués de Valdespina á su escuadrón una carga con tanta oportunidad, que la infantería, que ya huía á la desbandada, se rehizo.

Ordenó entonces Navarro hacer fuego á la artillería, mas la caballería enemiga se lanza sobre las piezas para impedirlo.

Los oficiales de Villaviciosa, colocados á la cabeza de sus lanceros, les ordenan cargar á fin de destrozar la caballería carlista, pero en tan crítico instante sienten pánico los soldados y en vez de acometer huyen.

Corre Navarro á detenerlos, mas artilleros y cazadores, al ver huir á la caballería, huyen también.

Sobre las fuerzas que resistían, se lanzan los carlistas, engreídos por la dispersión del ala derecha de la columna.

Fué la pelea por un momento terrible. Cuerpo á cuerpo llegaron á luchar soldados y facciosos. Las piezas quedaron abandonadas, apoderándose el enemigo de un cañón, que luego paseó como trofeo de guerra por Guipúzcoa y Vizcaya.

Derrotada la columna, hecho prisionero Navarro y algunos otros jefes y oficiales, la tropa buscó refugio por grupos en Eraul y pueblos vecinos.

Más de 400 bajas pudieron contarse en uno y otro bando, siendo uno de los heridos carlistas el Marqués de Valdespina.

Don Carlos nombró á Dorregaray Marqués de Eraul, como premio á tan señalada victoria.

Al día siguiente de la acción se separó Lizárraga de Dorregaray. Las demás fuerzas carlistas se fraccionaron también para eludir mejor la persecución de que eran objeto.

Desde entonces cuidaron mucho de tomar la ofensiva sólo contra fuerzas de escaso número, por no perder con una derrota el triunfo moral conseguido en la acción de Eraul.

Este triunfo, si bien rehabilitó entre los suyos á Dorregaray, no fué tan decisivo que mediante él acrecieran las filas del Pretendiente.

Intentó Lizárraga, aunque en vano, robustecer el movimiento carlista de Guipúzcoa, y para mejor conseguirlo, decidió avisarse con Santa Cruz. Recibió el cura la visita de Lizárraga con marcada hostilidad, por lo que se separaron sin llegar á un arreglo en sus diferencias.

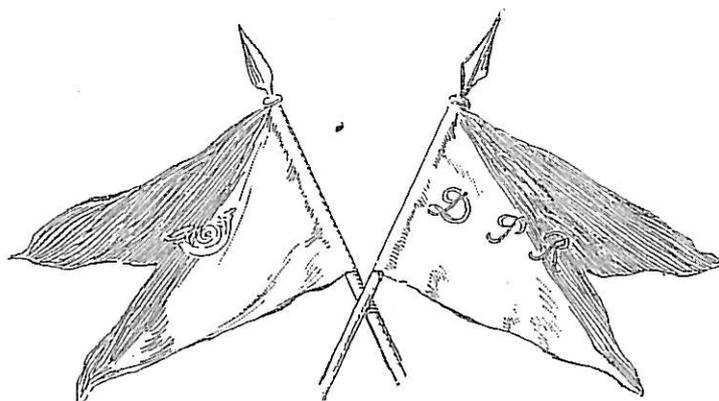
Siguió Santa Cruz haciendo de las suyas, al extremo de negarse á facilitar á Elio, que había ya traspuesto la frontera, el cañón que guardaba en Arichulegui, donde construyó el feroz cabecilla una especie de casa-fuerte.

Continuaba Lizárraga sintiendo las consecuencias de la insubordinación de Santa Cruz para el que, como ya hemos dicho, no existían autoridades de superior jerarquía, aunque éstas hubieran sido nombradas por Don Carlos.

Entre los voluntarios de Lizárraga llegaron á darse gritos subversivos. Logró al cabo restablecer la disciplina y cortar las agitaciones que promovían los partidarios del cura.

Cansado ya Lizárraga de las exacciones que cometiera Santa Cruz aun con sus mismos correligionarios, presentó por tercera y última vez su dimisión, acompañada de un memorial de agravios y de cargos contra el insubordinado cura.

Decía en él que Santa Cruz mandó dar ciento cincuenta palos al teniente-coronel benemérito Amilibia, poniéndole sobre la cabeza un soldado y otro á sus pies para impedirle moverse.



Trofeos carlistas.

Añadía que el cura ahuyentó de Arichulegui al bravo jefe del puesto, don Pedro Lasarte, que con razón temía por su vida; amenazó de muerte tan sólo por pedirle un voluntario al heroico don Isidro Uria, que hizo con Lizárraga el alzamiento; puso en capilla á un delegado de Lizárraga, don Antonio Montserrat, cuando exhibiéndole un nombramiento suyo fué á San Sebastián á encargarse de las partidas; fusiló sin confesión al bizarro señor Egozcue, segundo jefe de Casarte; mandó dar cincuenta palos al señor Vicuña, el más valiente de los capitanes de Lizárraga y le conminó con la muerte por el hecho de pedirle explicación de aquel castigo. Fusiló sin formación de causa á tres prisioneros de Lizárraga, á quienes éste en nombre de Don Carlos había dado palabra de perdón y canje.

Citaba por último Lizárraga los actos inhumanos de Santa Cruz en Aroeta, Tolosa, Aya y Regil, fusilando á los que se le habían rendido con la condición de que fueran respetadas sus vidas.

Estos hechos, unidos al incendio de la estación de Beasain, que roció el cura con petróleo y prendió fuego por su mano, llevándose de los almacenes el equipaje que le convino; el realizado al día siguiente en la carretera de Ataun, deteniendo cuatro coches diligencias que acertaron á pasar por allí y robando á mano armada á los viajeros ó exigiendo á otros crecidas cantidades de rescate porque no llevaban encima nada de valor, fueron causas poderosas que forzaron á intervenir á Don Carlos.

A fin de cumplir Valdespina la orden del Pretendiente de someter de grado ó por fuerza á Santa Cruz, se trasladó á Vera con gente bastante para imponerse.

Sin recelar Santa Cruz de Valdespina, se presentó á éste, mas al conocer las órdenes de Don Carlos se humilló de tal modo, y derramó tantas lágrimas, y tantas fueron sus protestas de fe carlista que, compadecido el Marqués, le dió un salvoconducto para trasladarse á Francia en compañía de algunos secuaces.

Hizo Santa Cruz á Valdespina, conforme á las condiciones del acta que ambos firmaron, promesa de entregarle la fortaleza de Arichulegui con su artillería y pertrechos de guerra; pero habiendo transcurrido varios días sin que Santa Cruz cumpliera lo ofrecido, dió el Marqués, al cura, el plazo de tres horas, al término de las cuales hubo de hacer entrega Santa Cruz de todo lo estipulado en el convenio.

Portóse el cura en aquélla, como en todas ocasiones, poco dignamente, pues ya que no logró evadir el cumplimiento de lo estipulado, trató de que se pronunciaran en su favor las fuerzas por él antes mandadas y que pasaron á engrosar las de Valdespina.

Visto este proceder, dió el Marqués una orden general, evidenciando la insubordinación de Santa Cruz y de sus fuerzas y diciendo que su indigno trato como militar y como caballero merecía el anatema de todos y ofreció juzgarle, si era habido, como reo de lesa majestad.

Cuantas diligencias se hicieron para encontrarle resultaron infructuosas. El

cura desapareció, tornando á España meses después para continuar la serie de sus inhumanos atropellos, mostrando á la vez que su falta de valor la ruindad de su carácter.

El desastre de Eraul hizo volver al Norte á Nouvilas.

Con el fin de acabar con el carlismo formó nuevos planes bajo la base de su antiguo plan de campaña.

Siguiendo los carlistas en su táctica de eludir todo encuentro en el que no tuvieran seguridad de alcanzar victoria, recorrieron en pocos días las provincias de Vizcaya, Alava, Navarra y Guipúzcoa, sin que Nouvilas, que los había obligado á huir de Orduña, tuviera ocasión de batirles en tan largo recorrido.

No mostraron los facciosos en esta expedición el arte que convenía á sus planes; pero no fué menor el descuido de Nouvilas, así como el de sus anteriores compañeros en el mando, dejando libre el paso del Deva, Elgoivar, Urola y Oria. Por esta causa pudieron de nuevo los carlistas salvar aquellas líneas, que de haberse cubierto habrían dado ocasión á la derrota de los expedicionarios.

Exaltado el ánimo público por el crecimiento del carlismo en el Norte y en Cataluña, sin que lograsen las armas republicanas fruto alguno de provecho, circularon por Madrid noticias alarmantes. Para contrarrestarlas envió el Gobierno á Vitoria al entonces ministro de Gracia y Justicia, don Nicolás Salmerón y Alonso.

Expuesta por el ministro, al general, la actitud política en que la prensa y la opinión le colocaban, contestó Nouvilas que cualquiera que fuesen los juicios por él formados á propósito de cosas y personas, era un leal servidor de la República.

La respuesta desvaneció por completo los temores del Gobierno, así que Nouvilas continuó al frente de las tropas del Norte.

Lo exhausto que el Gobierno republicano halló el Tesoro público, el temor de gravar con nuevos tributos al País y los enormes gastos que ocasionaban las guerras civiles de España y de Cuba fueron causa de que no se pudiesen facilitar á Nouvilas los recursos precisos para la guerra.

Con frecuencia tuvo el general que suspender las operaciones por el motivo indicado, lo que aprovechaban los carlistas para descansar, dando por seguro su triunfo.

No tardó Nouvilas en sentir los efectos de aquella su poco meditada orden de volar los puentes tendidos sobre los ríos y barrancos.

La columna de Castañón, después de haber recorrido las Améscoas, Irurzun y otros pueblos, dirigíase á Arruiz en busca del enemigo.

Los carlistas, que habían evitado hasta entonces todo encuentro con la columna, comprendiendo que el lugar les era favorable, la dejaron llegar, y cuando ya estaba cerca rompieron el fuego.

Aunque menor en número los liberales, batiéronse no obstante con empeño. El cabecilla Ollo, amenazando cortar la retirada de la columna obligóla á mantenerse á la defensiva, aunque haciendo nutrido fuego.

Ceden algunas de las compañías carlistas, pero se ordena una carga á la bayoneta y se la realiza con tal ímpetu, que los republicanos detienen su avance.

Atacan entonces de frente los carlistas, viéndose pronto obligados á retroceder con grandes pérdidas.

Acomete á los liberales por el flanco izquierdo una compañía de refresco y logra una pequeña ventaja.

Se rehacen los republicanos y Castañón ordena una carga á la caballería, que tiene que retirarse confundida con la infantería, por el fuego horroroso de la artillería enemiga.

Derrotados los liberales, se retiran por escalones buscando refugio en la venta de Latasa, seguidos de cerca por el enemigo.

Al tener Nouvilas noticias de la acción que se libraba, marcha presuroso en socorro de la columna, mas hallándose cortado el puente de Auoz, como él dispuso, tuvo que dar un rodeo por Ibero y volver á subir el camino, llegando sólo á salvar los restos de las fuerzas, que dejaron en poder de los carlistas un cañón, más de cien fusiles y 65 prisioneros.

Esta acción, que tomó el nombre de Udabe, puso de manifiesto la preponderancia del carlismo. Tal sensación causó en Pamplona la derrota de los republicanos que algunos exaltados, tomándose la justicia por su mano, dieron de palos á varios carlistas pacíficos.

Dos nuevos triunfos consiguen á poco los facciosos, uno en Puente la Reina y otro en Ciranqui.

En el primer punto se apoderaron del fuerte, cuya guarnición, compuesta de más de medio centenar de carabineros, capituló, entregando armamento y municiones.

Los defensores de Ciranqui, rechazaron la intimidad para capitular, á pesar del violento fuego de cañón que les hacían los carlistas.

Cuando ya el incendio se habia apoderado de las primeras casas del pueblo, decidieron entregarse, viendo que nadie les auxiliaba.

La capitulación se verificó, ofreciéndoles la vida, la libertad inmediata y sus equipajes.

Mas las mujeres carlistas del pueblo, creyendo llegada la hora de vengar las injurias que dijeron haber recibido de los liberales, al saber que se les concedía la vida y la libertad se amotinaron pidiendo á gritos su muerte.

Ningún respeto humano contuvo á varios desalmados carlistas, que, entrando donde se hallaban aquellos infelices, dieron muerte á bayonetazos á treinta y ocho de ellos.

Tan inicuos asesinatos quedaron sin castigo.

Negro borrón que habrá de manchar para siempre la memoria de los jefes carlistas que lo consintieron.

Si la suerte favoreció á las armas carlistas en los combates apuntados tornóse adversa en la acción de Metanten.

Habían los carlistas invadido de nuevo las provincias de Alava y Vizcaya, y después de algunas correrías se internaron en Navarra.

En su camino tropezaron con la columna de Portilla. Tomaron los carlistas, que eran superiores en número á los liberales, posiciones en Metanten. No se arredraron las tropas de la República y atacaron de frente á los facciosos, que abandonaron llenos de pánico las excelentes posiciones en que se guarecían.

Pasaron de ciento las bajas hechas al enemigo en aquella acción.

En otra de sus varias correrías llegaron hasta la provincia de Burgos salvando el puerto de Ollogoyen, y al atravesar el monte de Loquiz divisaron á las fuerzas del ejército, que iban en su persegimiento.

Con gran temporal de agua y por caminos encenagados volvieron á Navarra atacando á Iruzún, cuya guarnición hubo de rendirse ante la superioridad numérica de los sitiadores.

Contrariado Nouvilas por el mal éxito de las operaciones y muy especialmente por la escasez de recursos para sostenerlas, dimitió el mando del ejército.

Nombró el Gobierno al general Córdova, que rechazó el cargo, quedando entonces como general en jefe interino del ejército del Norte, don José Sánchez Bregua.

Procuró este general restablecer la disciplina, perturbada por la pasión política y las miras interesadas de algunos generales, jefes y oficiales que, en vez de poner sus miras en los altos fines de la Nación, dejábanse seducir por los alhagos y promesas de los conspiradores.

Ya recomendaba Pi y Margall al presentar á las Cortes su programa la unión para terminar la guerra civil, encareciendo la necesidad de contener la indisciplina del ejército, castigando, no sólo á los soldados, sino también á los oficiales que no supieran morir en su puesto.

Por desgracia, algunos jefes de columna, rehuyendo el encuentro con las facciones, perdían lastimosamente el tiempo y reducían su acción á paseos militares por las provincias.

Puso gran ahinco Sánchez Bregua en las operaciones; pero su mando resultó desdichado para las armas republicanas.

Después de haber pretendido en vano Dorregaray rendir un destacamento de ingenieros, decididos á morir pero no á capitular ante fuerzas veintitrés veces superiores, por lo que fueron calificados por los carlistas, admirados de tanta entereza y valor, con el epíteto de los cuarenta y dos caballos de Murnarte de Reta, entró el general carlista en Estella con el grueso de su gente.

Intimó Dorregaray al gobernador de la plaza la rendición. Don Francisco Sanz, que apenas tenía á sus órdenes 300 hombres, rechazó la honrosa capitulación que se le propuso.

Construyeron los carlistas barracones blindados y prepararon petróleo para incendiar el fuerte mientras el combate se generalizaba.

Las familias de los defensores suplicábanles se rindieran, mas aquellos heroi-

cos soldados continuaron en sus puestos. De nuevo envió Dorregaray un parlamentario y de nuevo rechazaron los defensores toda capitulación.

Puestos en seguridad los heridos, las mujeres y los niños, continuó el sitio en toda regla.

Los carlistas intentaron trabajos de mina y zapa y de máquinas de aproche, arrojando, con bombas de incendio, petróleo sobre el tambor del fuerte. Los sitiados seguían batiéndose, no sin haber jurado antes morir que rendirse.

Aprovecharon la noche para aumentar las defensas del fuerte. Y para el caso de que el enemigo entrara, prepararon sobre doscientas arrobas de pólvora con el fin de prenderlas fuego.

Encerrado bajo llave en el depósito de pólvora, quedó Celestino Garamendi, cabo de voluntarios, con la consigna de que á la señal convenida daría fuego á la mecha para que, á la vez que terrible, fuera memorable el estrago.

Cuando Dorregaray levantó el sitio por la llegada de una columna liberal llevóse, si no la satisfacción de haber rendido aquel puñado de pundonorosos militares, sí la alegría de haber reforzado las cajas de la administración carlista con las 60,000 pesetas que cobró como tributo al vecindario de Estella.

En Cataluña tomaba también carácter grave la guerra. Tan seguros se encontraban los carlistas en el Principado, que el Infante Don Alfonso consintió en que su mujer se le uniese.

Llegó á Besora doña María de las Nieves, el 25 de Febrero.

Anunciólo Savalls en una orden general del día, ordenando que las tropas hicieran á Doña María honores militares.

En un Manifiesto de no muy amena literatura, ponderaba Savalls las virtudes y condiciones de carácter de la mujer de Don Alfonso, y terminaba con un apóstrofe para la República.

Don Alfonso dirigió á su vez una alocución al ejército liberal, con el fin de atraerle á las filas carlistas. Estas iban de día en día engrosando su contingente.

Decidido Don Alfonso á apoderarse de Berga, combinó un plan que fracasó por no haber concurrido algunos jefes de partidas á la hora y sitio prefijado. Frustrada la operación atacó el 22 de Marzo á la importante ciudad de Ripoll. Intimada la rendición, el centenar de carabineros que la defendían se negó á capitular.

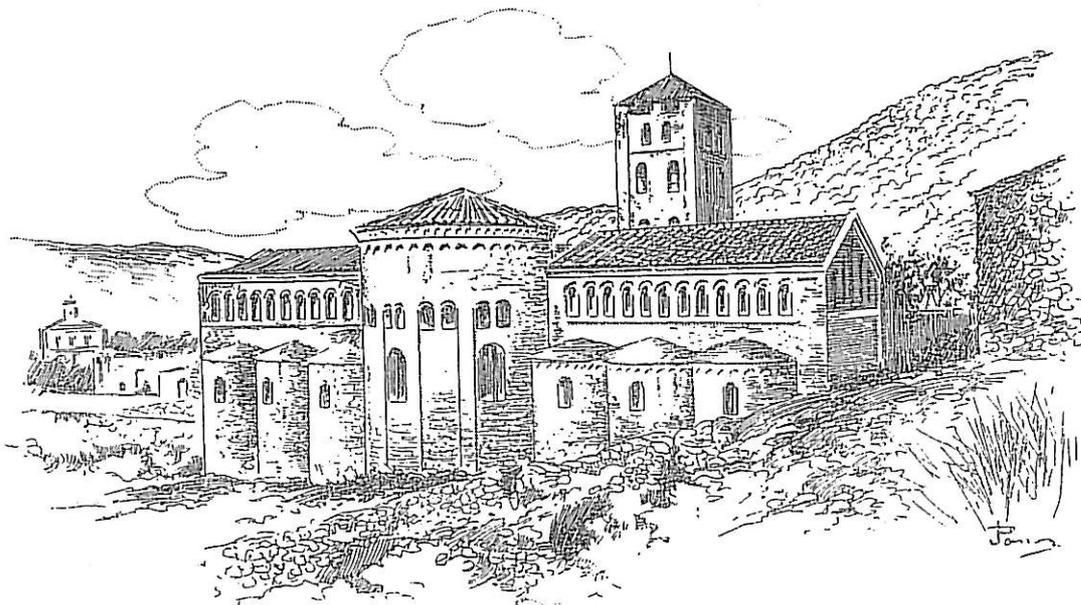
Redoblaron entonces los carlistas su esfuerzo prendiendo fuego á la iglesia, mientras que con un cañón disparaban al fuerte.



Doña María de las Nieves
de Braganza.

Medio asfixiados por el humo, los que se habían refugiado en ella, hicieron señales de rendirse. Pararon los sitiadores el fuego y cuando iban á entrar en la iglesia á desarmar á los vencidos, recibieron una descarga de uno de los grupos que aún se batía con otro carlista, de resultas de lo cual tuvieron los facciosos un muerto y cuatro heridos.

A pesar de este hecho, admitieron los carlistas la rendición, retirándose de la



Monasterio de Ripoll.

ciudad una vez evacuado el fuerte, eludiendo así el encuentro con Martínez Campos, que acudió en socorro de la ciudad.

No logró su propósito de libertar á los prisioneros, cuyo número ascendía á cuarenta y dos. Aquellos infelices fueron fusilados de orden de Savalls; los unos en Campdevanol y los otros cerca de Gumbreny.

Como semejante crueldad no tenía justificación, pues los que dispararon al suspenderse las hostilidades no eran todos los voluntarios ni pudo comprobarse que lo hicieran con el decidido propósito de cometer acción tan indigna, el general Acosta, ministro de la Guerra á la sazón, circuló una orden recordando la conveniencia de que se aplicara todo el rigor de la ordenanza al juzgar á los prisioneros carlistas, mandando imprimir mayor actividad en las causas; que se sometiera á los consejos de guerra á los que auxiliaban y patrocinaban á la facciones y que se redoblara la persecución hasta conseguir el completo exterminio de las partidas.

Varios cabecillas de los que merodeaban por Cataluña fueron cogidos prisioneros y otros derrotados. En cambio, la partida de Vallés desarmó á los voluntarios de Perelló y cobró contribuciones en varios pueblos.

En una de sus correrías llegó Tristany á la Poble de Segur. Intimó la rendición y fué rechazada.

Disponíase Tristany á incendiar la iglesia, último baluarte de los defensores, que por la superioridad numérica del enemigo, hubieron de cederle el terreno, pero palmo á palmo, cuando varias personas de las familias de los liberales imploraron llorando y de rodillas á Tristany que suspendiera el ataque, pues ellos harían porque sus deudos se rindiesen.

Respondió Tristany que no podía acceder á lo que se le pedía «porque su dignidad y posición, y, más que todo, el inmenso amor que siempre profesó á sus soberanos, no permitían quitarle al Rey un día tan señalado de gloria que la Providencia le había proporcionado».



Rafael Tristany.

Incendiado el templo con petróleo y convertido en una inmensa hoguera, retiráronse los voluntarios á la torre, donde seguramente hubiesen perecido asfixiados ó abrasados á no haber sido por la caridad de algunos de los voluntarios carlistas que lanzando una maroma á los de la torre los salvaron, entre ellos un niño que apenas contaría siete años.

Desde allí se encaminó Tristany á otros pueblos prosiguiendo su tarea de incendiario.

Tornaron luego de nuevo á Berga los carlistas, apoderándose de la plaza sin gran esfuerzo, merced á la extraña conducta del gobernador militar, que, después de tener encerrada la tropa en el cuartel sin haber accedido á dar los socorros que le habían pedido el pueblo y los voluntarios, abrió á los carlistas la puerta del cuartel.

Desmoralizadas las tropas por la conducta de su jefe no opusieron resistencia á los facciosos, entregándoles las armas.

Más de 1,600 fusiles, 300 cajas de municiones y sobre 500 prisioneros constituyeron el rico botín de guerra, á poca costa conseguido por los carlistas en aquella acción.

Al retirarse de Berga los facciosos, llevándose consigo á los prisioneros, ordenó Savalls fusilar 24 de los 50 voluntarios que rindieron las armas.

Este hecho, ejecutado á los pocos días de los inicuos fusilamientos de Campdevanol y Gumbreny avergonzó de tal modo á Don Alfonso que, por no aparecer culpable, ordenó la libertad de los restantes prisioneros.

Alentados los carlistas por el éxito de sus armas acuerdan apoderarse de Puigcerdá. Al efecto, el 10 de Abril aparece Savalls al frente de sus hombres ante la villa, intimándola la rendición en el improrrogable plazo de media hora.

A este fin, ocupó las casas y huertos enclavados á la entrada de la ciudad.

Los habitantes, aleccionados por la experiencia de 1837 y de 1872, en que hubieron de resistir el asalto de los carlistas, habíanse aprestado á la defensa.

Con el producto de una suscripción y con sus propios recursos, adquirieron dos piezas de artillería y las armas y municiones que necesitaban; reforzando las antiguas fortificaciones y construyendo otras nuevas.

Defendían la villa trescientos setenta y siete hombres armados. Los carlistas eran 1,200 próximamente.

Roto el fuego, avanzaron los enemigos hasta cerca de la muralla; pero viéronse precisados á detenerse por el certero fuego de los sitiados.

Tornan los carlistas al ataque y, valientes hasta la temeridad, asaltan á pecho descubierto los huertos, las quintas y las casas próximas á la ciudad.

Peleaban los unos tan cerca de los otros que la lucha se hizo encarnizada.

Inútiles las armas de fuego en muchos casos, desempedrarón los moradores el pavimento del patio de una casa y con aquellos materiales, á guisa de proyectiles, arrojaron al enemigo de las importantes posiciones que había conquistado en los primeros momentos del ataque.

Ceden los carlistas; pero avanzan pronto de nuevo.

Intentan asaltos, proyectan la construcción de minas; pero de todas partes son rechazados. Entonces apelan al incendio. Rocían con petróleo la puerta de la villa, no sin haber antes prendido fuego á varias casas cercanas.

Reducida la puerta á cenizas, era el peligro inminente. Por aquel boquete podían lanzarse dentro los facciosos. Las mujeres ayudan á los hombres y entre todos levantan una fuerte barricada tras la que se baten con denuedo.

Viendo lo inútil de su esfuerzo, se retiran los carlistas, á tiempo que llegaba la columna de Cabrinetty, que, forzando la marcha y en medio de un horroroso temporal, acudió desde Olot en auxilio de Puigcerdá.

Si heroica había sido la defensa, heroica fué la marcha del bravo Cabrinetty, pues apostado el enemigo en los pueblos del tránsito trató de impedir el avance de la columna. Merced á la intrepidez y arrojo de Cabrinetty no lograron los carlistas su propósito.

Cuando, después de atravesar ventisqueros en que la nieve alcanzaba un metro de altura, llegó Cabrinetty á Puigcerdá, fué objeto de expresivas manifestaciones de entusiasmo.

Alcanzaron tan general resonancia los hechos relatados, que don Francisco de Paula Roqué, diputado por Puigcerdá, presentó y apoyó el 23 de Junio una proposición, pidiendo se declarara que la heroica villa de Puigcerdá, por su defensa del 10 y 11 de Abril, contra Savalls, merecía bien de la Patria y que se le otorgara el título de Invencible, y además que se concediera modestas pensiones á las viudas y huérfanos de los muertos en aquellas jornadas y á los heridos ó inutilizados para el trabajo.

La proposición fué tomada en consideración por unanimidad.

Los cabecillas Tristany y otros, perseguían en tanto la serie de sus vandálicos actos.

Destruyeron las vías férreas, incendiaron las casillas de los guardas y robaron una cantidad crecida de dinero al comercio, cantidad que Don Alfonso se apresuró á restituir.

La insubordinación de algunas de las columnas que operaban, como la del



Lloret de Mar. (Provincia de Gerona).

batallón de Manila de la división de Cabrinetty, que reclamaba la licencia absoluta; y la de la división de Martínez Campos que, sin su indisciplina hubiera llegado á tiempo de salvar á Berga; la falta de tacto en la política y el escaso éxito de la campaña emprendida por Contreras contribuyeron no poco á empeorar la situación de Cataluña, al mediar el mes de Mayo.

Formó la diputación de Barcelona, según sabemos, varios cuerpos de voluntarios y de francos, y si algunos de estos cuerpos prestaron buenos servicios á la causa de la libertad batiendo al enemigo, otros, en cambio, atentos sólo á percibir sus pagas, huían todo encuentro con los carlistas.

Entre los facciosos y el ejército creóse además pronto cierta rivalidad que fué muy funesta. Verdad es que una buena parte del ejército no era afecto á la institución republicana y esto ahondaba las diferencias.

La comunicación dirigida en Junio desde Granollers por Martínez Campos, es una prueba fehaciente de la torpeza de los unos y la animosidad de otros.

«Hay una columna, la del coronel Vega, que roba cálices, que viola mujeres, que va casi siempre al lado contrario del enemigo, que no obedece mis órdenes, que protesta contra ellas, á quien hay pueblos que, como son bastante fuertes,

le niegan la entrada, y otros piensan comprar armas para levantar somatén contra ellas.

» Hay batallones guías de la diputación que intentan declarar la separación de Cataluña, según me han dicho en Vich; que concluyen de desmoralizar el regimiento de San Fernando, llevándose algunos soldados; que reciben en Grannollers la orden de V. E. de no ir á Barcelona cuando se ha retirado de la proximidad del enemigo, y que, sin embargo, va allí y es festejado.

» Hay un batallón de Béjar que tiene un teniente coronel que aseguran que quiere también proclamar la independencia de Cataluña, que era teniente hace tres meses, y sin mérito ninguno se ve hoy en esa graduación.

» Hay una columna del Vallés que no se mueve, y que dos veces que ha encontrado al enemigo en Palau Tordera, llano hermoso, no ha hecho otra cosa que dejar retirar á la facción, y por toda hazaña prender paisanos y presentarlos como carlistas.

» Hay unos batallones de francos que están sublevando á los pueblos contra nosotros por sus desmanes, y en algunas ocasiones por su miedo.

» Hay una columna de los restos de las Navas, Mérida, Madrid y guardia civil, que, á pesar del arrojado del señor brigadier Cabrinetty, se entretiene en tirotear á distancia, salvo algunos individuos, que van casi sin jefes ni oficiales, monumento viviente del crimen de Igualada... ¿Sabe V. E. la orden que di al batallón de Cuba? Pues fué la de que, si encontráramos á algunas de estas columnas, hiciera alto y diera frente, armase bayoneta, y si había el menor insulto, romper el fuego sin nueva orden mía.»

Entretenido parte del ejército por orden del Gobierno en sofocar el movimiento cantonal, los carlistas, que en su osada temeridad casi llegaron á los arrabales de Barcelona, eran por entonces más obedecidos de justicias y paisanaje de los pueblos, por lo mismo que se les temía, que las autoridades republicanas.

Relevado el general Contreras del cargo que desempeñaba, fué reemplazado por don José García Velarde.

Dedicóse Velarde á combinar un plan de campaña y á restablecer la disciplina.

A este fin fué á Manresa y consiguió algún resultado con reprimendas severas y con enérgicos castigos; pero el mal tornó pronto á reaparecer en el mismo Manresa. El Gobierno, entendiendo ser rigurosas con exceso las medidas que para castigar á los indisciplinados propuso Velarde, las desaprobó.

Cundió en el ejército, de una manera alarmante, la indisciplina.

En Prats de Llusanés no lograron los jefes de columna hacer respetar sus mandatos. Deplorable situación que aprovecharon los carlistas para aumentar su gente y cometer toda clase de tropelías.

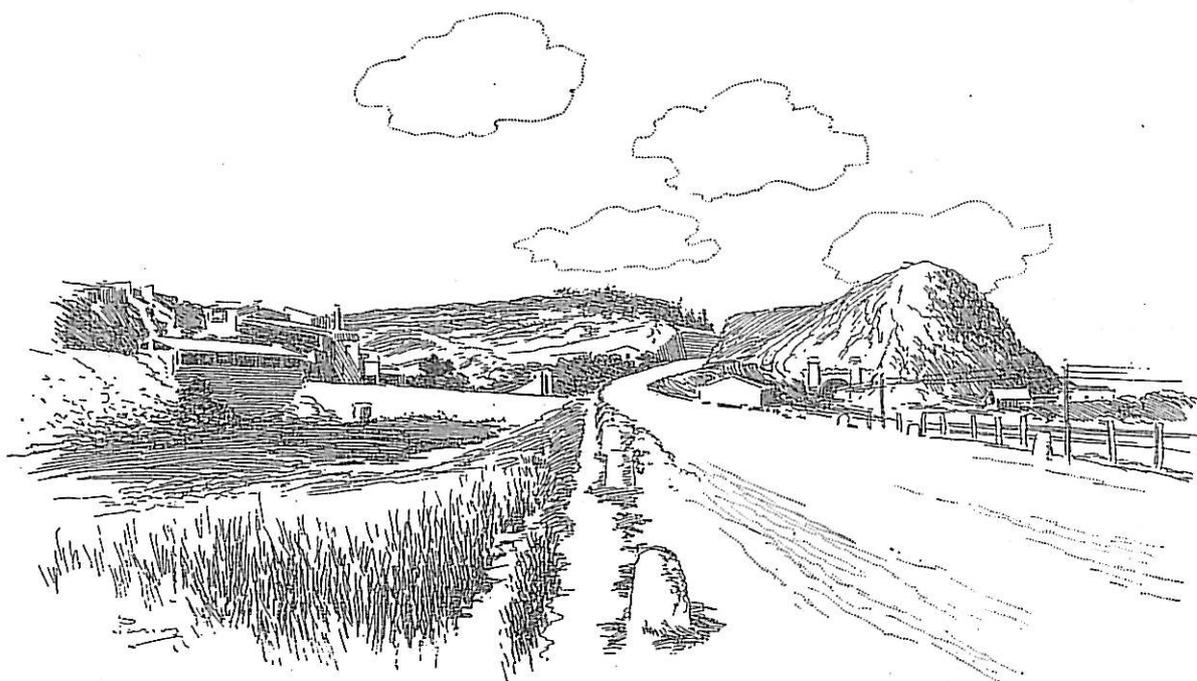
Para alistar mozos y cobrar las contribuciones que imponían á los pueblos, conminaban los facciosos con apaleamientos y con la muerte, mientras el Gobierno se limitaba á dar órdenes que por lo regular no eran fielmente cumplidas.

Operando Cabrinetty en las inmediaciones de Besora halló un hospital carlista de sangre y lo respetó.

Tuvo después un encuentro con Savalls y otros cabecillas, sin grandes resultados.

Una excelente providencia dictó Velarde, pero no pudo cumplírsela por el clamor general que levantó.

Sabiendo Velarde que la población rural protegía por temor ó simpatía á las facciones sirviéndoles de confidentes unas veces y proporcionándoles, otras, medios para atender á su subsistencia, ordenó que en el improrrogable plazo de seis días se cerrara todas las casas de campo de los distritos de Berga, Manresa,



CATALUÑA — Túnel de Mongat. (Primero en España).

Vich, excepto el llano, Villafranca del Panadés, Figueras, Olot, Rivas, menos la Cerdaña y Santa Coloma de Farnés.

Disponíase en esa orden que se tapiara puertas y ventanas y que los moradores de aquellas viviendas se reconcentraran en los pueblos inmediatos.

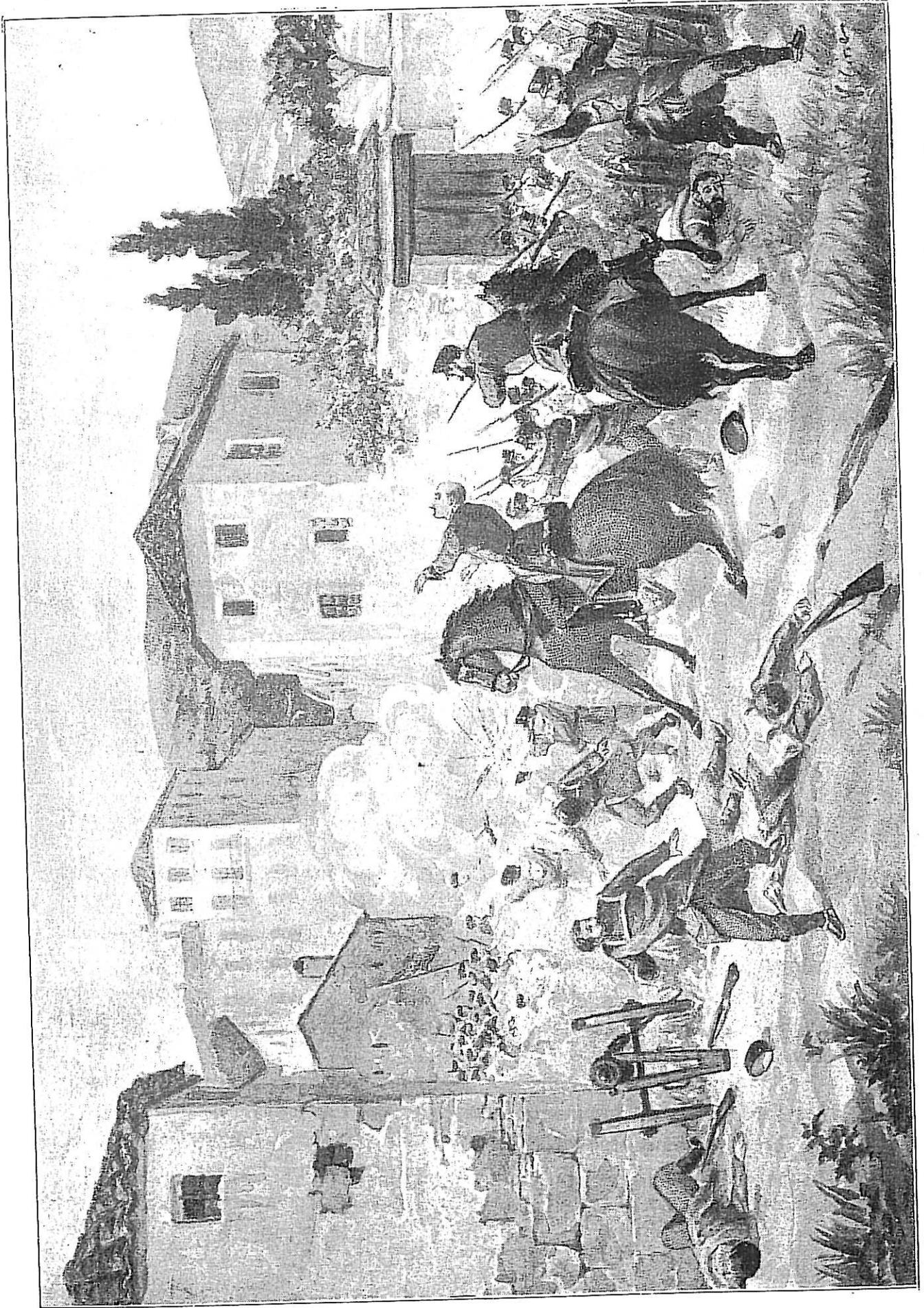
La medida, aunque dolorosa, era conveniente á la sazón; pero no se tuvo energía para imponerla y el carlismo fué por lo tanto en Cataluña en progresión creciente.

El 11 de Mayo, publicó Savalls una proclama de no muy culto estilo, en la que ordenaba que todos los ciudadanos acudieran á las facciones.

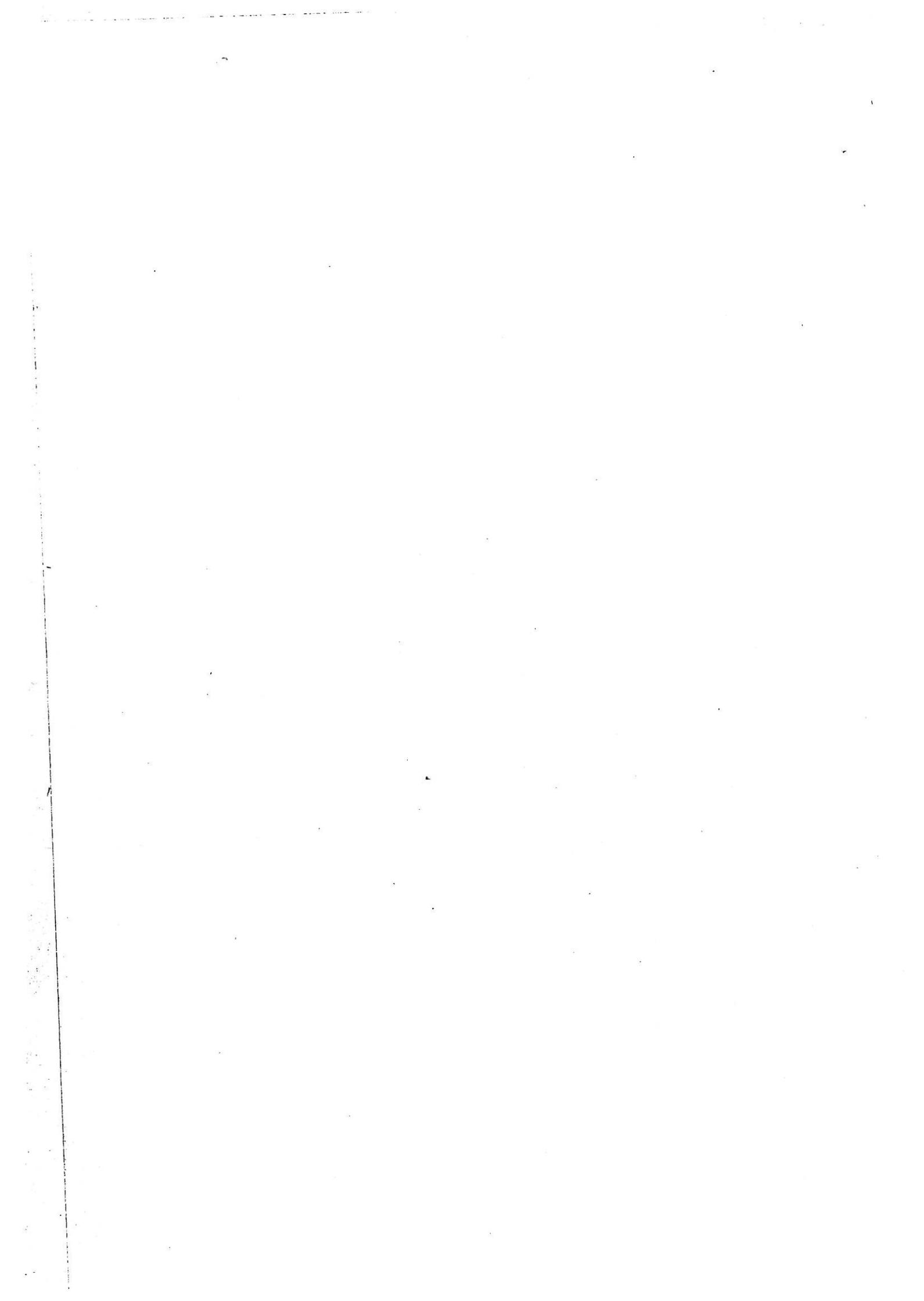
Por sorpresa secuestró varias personas de Mataró que tenían significación liberal, exigiendo á la villa 300,000 pesetas por el rescate.

No logró Savalls su propósito, porque los secuestrados fueron rescatados por Martínez Campos.

VICENTE GINÉ



INSURRECCIÓN CARLISTA. — ACCIÓN DE ALPENS, EN LA CUAL FUE MUERTO EL BRIGADIER CABRINETY.



Ejecutaron análogos atropellos en otros puntos, como en Pallaresos, donde secuestraron á varios concejales y propietarios por haberse negado á pagar la contribución carlista.

Tras reñido combate y abriendo boquetes para pasar de casa en casa, donde se guarecían y defendían los voluntarios y las tropas, tomaron los carlistas á Sanahuja.

No satisfechos con la sangre que se había derramado en las once horas que duró el combate y de las víctimas inocentes que sacrificaron, fusilaron 24 de los 70 prisioneros, rendidos con la condición de que habían de ser respetadas sus vidas.

Desdicha grande fué para las armas republicanas la muerte de Cabrinetty. Activo y valeroso, supo siempre tener á raya á las huestes carlistas. Era, además, un convencido republicano.

La manera cómo perdió la vida, de un balazo en la nuca, yendo á la cabeza de sus tropas y batiéndose de frente con el enemigo, hizo aún más sentida su muerte.

Noticioso de que Savalls había obligado á capitular, en San Quirico de Bessora, á dos compañías del ejército, había corrido Cabrinetty presuroso en busca del cabe-cilla.

Savalls le esperaba en Alpens fuertemente parapetado.

Llegó Cabrinetty á la vista del pueblo el 9 de Julio, dos días después de la capitulación de Bessora.

Dividió su fuerza en tres columnas y dió orden de atacar.

Al frente de los que quisieron seguirle entró en la población. Varios de aquellos soldados se resistieron á entrar, y algunos de los que lo hicieron se parapetaron en las casas. Ordenóles Cabrinetty salir de ellas mandando avanzar; pero no bien puso el pie en la plaza, cayó muerto de un balazo en la nuca

Advertidos los carlistas de lo sucedido, se lanzaron veloces contra los liberales. Algunos murieron peleando, pero los más rindieron las armas.

La victoria de Savalls fué completa. Se apoderó de 50 caballos, dos piezas de artillería, 42 mulos, armas, uniformes, botiquín y dinero. El número de prisioneros ascendió á setecientos.



Para conmemorar la victoria de Berga y la de Alpens, creó Don Carlos dos medallas, con las siguientes inscripciones:

« Berga, 27 de Marzo de 1873; en el reverso las armas de Cataluña y la cruz, con la leyenda alrededor de Dios, Patria y Rey. »

« Alpens, 9 de Julio 1873. » El reverso y la leyenda eran iguales á la anterior.

También concedió el Pretendiente á Savalls el título de Marqués de Alpens. La muerte de Cabrinetty libró á Savalls de su más constante enemigo, del que le iba siempre á los alcances.

Tras la victoria de Alpens, siguió la toma de Igualada, fortificada por una débil muralla y tres reductos y defendida por doscientos cincuenta voluntarios y una compañía del batallón de Navarra.

Treinta y seis horas lucharon heroicamente los defensores, replegados en la iglesia como último baluarte.

Para rendirlos abrieron los sitiadores brecha con disparos de cañón, arrojando después al interior del templo gran cantidad de azufre y petróleo, por lo que medio asfixiados los liberales hubieron de rendirse.

Desarmados que fueron, se mandó acuchillar á algunos voluntarios, corriendo igual suerte el pequeño destacamento que defendía el fuerte de Pi.

Al entrar en la población Don Alfonso, que había estado alentando á los zua-vos, ordenó el derribo de las fortificaciones y el cobro de un exagerado tributo.

Mientras tanto, la soldadesca carlista se entregó á todo género de excesos. Saqueó, violó y asesinó para vengar así ultrajes que decía haber recibido del *Xich de las Barraquetas*.

Los supervivientes censuraron con acritud la apatía del capitán general, que hallándose en Barcelona, á cinco horas de Igualada, no envió auxilio á los sitiados.

También la parte de Aragón, limítrofe con Cataluña, se vió invadida por las facciones.

Recorrieron algunos de los pueblos más importantes, quemando los libros del registro civil, cogiendo rehenes y exigiendo dinero.

Tamarite, Benaberre y Aguaviva, fueron los más castigados. Tristany, Vallés y Nasarre, cometieron toda clase de tropelías; pero sorprendidos en Areu, tuvieron que fraccionarse para no ser copados.

En Asturias, á causa de serles hostil el medio, arrastraron las partidas una vida lánguida. Muchos de los jefes solicitaron indulto, que les fué concedido.

Inútiles fueron asimismo cuantos trabajos hicieron los secuaces de Don Carlos en Andalucía y Castilla la Vieja. Las partidas que se levantaron en Bobadilla, las Alpujarras, Zamora y Burgos, no tuvieron importancia. Solamente el cura Ayala, con su partida, entretuvo sus ocios incendiando algunas estaciones de ferrocarril.

De Extremadura trasladóse Sabariegos á Galicia, refugiándose al cabo en Portugal, sin haber conseguido el fin que se propuso.

A pesar de los inauditos esfuerzos que se hicieron en las regiones de Murcia y Valencia porque resurgiera el carlismo, todo fué en vano. A fines de Abril, muchas de las partidas de Polo, Ferrer y Cucala, solicitaban indulto, disolviéndose algunas y presentándose otras con armas.

Verdad es que en la activa persecución de que fueron objeto se vieron varias veces derrotadas.

En el Maestrazgo y Aragón, sufrieron los carlistas rudos reveses que obligaron á muchos de los cabecillas á ocultarse.

En la acción de Castell de Cabres, halló la muerte el comandante general carlista de la región, Joaquín Ferrer.

Cucala neutralizó su triunfo sobre Alcalá al ser desalojado en una carga á la



MURCIA — Ermita de la Soledad en Caravaca.

bayoneta de las formidables posiciones de Culla. Tuvo que internarse en Castellón, donde fué batido de nuevo.

Quedó de comandante general del Maestrazgo un sobrino de Ferrer, llamado Vicente, y de segundo un tal Segarra, que por entonces se dió á conocer como hábil guerrillero.

Disueltas á fines de Marzo casi todas las partidas, marchó Segarra á Cataluña á exponer á Don Alfonso la crítica situación del carlismo en aquella comarca.

Ordenóle Don Alfonso que en unión de los demás jefes saliera de nuevo á campaña con el fin de dividir las fuerzas del Gobierno. Segarra cumplió el mandato, pero encontrándose solo, decidió operar por su cuenta.

No menores esfuerzos se hacían en Alava y en la Rioja para engrosar las partidas. El comandante general Eustaquio Llorente ofreció á los sargentos del ejército que se pasaran á las facciones el empleo de capitán, y á los soldados, una vez terminada la guerra, la licencia.

En este estado las cosas, al llegar el mes de Julio sufrió un cambio la guerra.

Merced á los triunfos que obtuviera el carlismo, triunfos más aparentes que reales, pues no llegó de hecho á dominar ninguna población de importancia, las facciones engrosaban de día en día.

Reducíase, como ya hemos anotado, la táctica de los facciosos á entrar en las poblaciones que contaban con escasos medios de defensa, á batirse con fuerzas inferiores en número y á imponerse por el terror á los pueblos, á fin de reclutar gente y cobrar contribuciones.

Faltos de armas y de generales de verdadero talento táctico, instruyendo á sus reclutas con palos y careciendo en general su ejército de esas altas cualidades de moralidad y respeto al vencido que tanto contribuyen al prestigio y afianzamiento de toda institución armada, asombra considerar cómo las facciones pudieron tener en jaque á las armas de la República.

Puede explicarse esto solamente por la falta de lealtad de varios de los servidores de la República en el ejército, muchos de los cuales no supieron atraerse la voluntad de los naturales del país donde operaban; por no haber sido dádivosos y discretos con los confidentes y por la necesidad en que de continuo se veía el Gobierno de fijar su atención política en los afines y en los extraños para desviar los obstáculos con que los enemigos procuraban á diario interceptarle el camino.

Neutros y políticos, generales y soldados, todos contribuyeron por igual, salvo raras y honrosas excepciones, á dar vida al carlismo y á poner al País en la desastrosa y lamentable situación en que se hallaba cuando Don Carlos puso de nuevo su planta en España el 16 de Julio.

Atravesó primero la frontera Elío, y poco después el Pretendiente, acompañado de unos cuantos jóvenes de ilustres familias que tocados de brillantes uniformes simulaban la guardia de honor de un rey de zarzuela.

No obstante la ridiculez ostensible de este acompañamiento, la entrada de Don Carlos significó para el Gobierno de la República una grave contrariedad.

Los que acostumbran á pensar de ligero, así en España, como fuera de ella, hubieron de suponer que el triunfo del carlismo era llegado al aventurarse Don Carlos por vez segunda á pisar el territorio español.

Del mismo modo que los Gobiernos de la restauración se encargaron de demostrar lo equivocado de tal supuesto, lo hubiera hecho el Gobierno de la República, si la traición no hubiera dado medios á Pavía para un brutal golpe de fuerza.

Recibieron á Don Carlos en Zugarramundi con aclamaciones, repique de campanas y salvas de la vecina fortaleza de Peñaplata.

Agradecidas por el Pretendiente estas primeras muestras de afecto, que halagaron su vanidad, dirigió á sus secuaces la siguiente alocución:

« Voluntarios: Invocando al Dios de los ejércitos y oyendo la voz de España agonizante, me presento en medio de vosotros, seguros de vuestro valor y lealtad.

Escasos de recursos, pero ricos de fe y heroísmo, habéis sabido mantener á gran altura una campaña inverosímil, fabulosa, sin pedir, en medio de privaciones y penalidades continuas, otra cosa que armas.

Mis esfuerzos para facilitáros las no han sido del todo estériles, y cumpliendo este deber, en cuanto me ha sido posible, vengo á cumplir con otro mucho más agradable para mi corazón, que es combatir como vosotros por nuestra Patria y por nuestro Dios. Las consideraciones y conveniencias políticas no me contendrán hasta el punto de presenciar cruzado de brazos esta lucha reparadora y heroica.

Deploro la ceguedad del ejército que nos combate, porque os desconoce y no me conoce. Tanto vosotros como yo le recibiríamos con los brazos abiertos, si en un momento de buen consejo reflexionase que la bandera monárquica es desde hace quince siglos la bandera de las glorias y el honor de los ejércitos españoles; si reflexionase que la única bandera monárquica es la mía; la bandera de la legitimidad y el derecho.

Mas puesto que es así, será preciso subyugar por la fuerza una revolución impia y ruinosa, que sólo se sostiene con la violencia.

Recibo con una indecible emoción el sincero homenaje de vuestra entusiasta fidelidad, y con la misma indecible emoción pongo la planta en este noble suelo vasco navarro, desde el cual dirijo la expresión de mi gratitud á todos los generosos defensores de la justa causa, y los acentos de mi voz amiga á todos los españoles.

España nos pide á gritos que acudamos en su socorro.

Voluntarios: ¡ Adelante! España dice que muere; conquie á salvarla, voluntarios. — CARLOS. »

Tuvo Don Carlos razón al afirmar que sus voluntarios sólo habían pedido armas. Aquellas masas fanatizadas por las predicaciones del clero, excepto los forzados á alistarse bajo las banderas carlistas, peleaban muchas veces con la constancia y el valor que les daba su fe, la que creían ultrajada por los impíos liberales.

Mas era el caso que los depósitos de armas y municiones de que hablaban los jefes del carlismo para arrastrar así á los reacios, depósitos que tanto hubieron de costar, constituyeron sólo un sucio negocio para los que en la compra de armas intervinieron.

El ejército faccioso, en general, se hallaba á la sazón mal armado. Había partidas cuyo armamento se componía desde el trabuco de chispa, hasta el remington, lo que imposibilitaba el municionarlas.

Procuró Don Carlos que se atendiese primero al cumplimiento de esta necesidad. Y, al efecto, se organizó el contrabando de armas, estableciéndose á la vez pequeños talleres de cartuchos y recomposición de fusiles.

Enviáronse comisionados al extranjero para la compra de fusiles en Bélgica, Inglaterra y Francia, donde los que había comprado el Gobierno francés, á los Estados Unidos, cuando la guerra con Prusia, eran vendidos á razón de 25 francos, comprándolos por millar, y á 45 pesetas el millar de cartuchos.

Adquirieron los comisionados 11,000 fusiles y dos millones de cartuchos, transportándolos á España.

El Gobierno de la República, que tenía noticias de que se iba á hacer el alijo, telegraphió á los departamentos marítimos, pero ó no se adoptaron, por las comandancias, las precauciones encaminadas á evitarlo ó lo que es peor aún, los alijos



Lequeitio.

que se hicieron por las inmediaciones de Fuenterrabía y de Lequeitio, fueron objeto de otro sucio negocio, como el de los depósitos de armas de los carlistas.

Y fué tanto más extraño y censurable lo que sucedió, porque las armas desembarcadas eran transportadas después al interior de las provincias en convoyes de carretas, cuyo caminar tardo daba lugar, de haberse tenido celo y diligencia, á descubrir el contrabando y á realizar su aprehensión inmediata.

A poco tiene el Gobierno español un rompimiento con el de Inglaterra por esta cuestión del contrabando de armas.

Merced á la serenidad de juicio del Gobierno de la República se solucionó el conflicto, pues el Gabinete inglés no pudo ser ni menos cortés ni menos justo.

Sucedió que el resto de los fusiles y cartuchos que les faltaba á los carlistas

desembarcar, los tomó á bordo el *Deerhoud*, que fué apresado y conducido al Ferrol. Era buena presa por lo tanto.

Mas como los ingleses tenian las fragatas *Almansa* y *Vitoria* apresadas á los cantonales, cuando el Gobierno, para satisfacer á la opinión pública, pidió al Gabinete inglés que nos fueran devueltas, respondió:

« Nada tengo que tratar; ó el *Deerhoud* ó las fragatas. »

El Gobierno de la República ordenó que se sobreseyera la causa al capitán del *Deerhoud*, cuyo buque con todos sus tripulantes fué puesto á disposición del cónsul inglés del Ferrol.

Demuestra el poco celo de las autoridades subalternas en la persecución del contrabando, el hecho de que el buque *Orpheon*, comprado con fondos que facilitó Doña Margarita, desembarcó varias veces, sin novedad, armas y municiones, á pesar de ser conocidos todos sus movimientos de las autoridades y los cónsules.

La siguiente curiosa relación que íntegra copiamos, aclara las dudas que pudiera haber acerca de la vigilancia que ejercía en las costas la marina de guerra.

« El 15 de Octubre salió bien cargado de Bayona el buque *Ville de Bayonne*, con armas y municiones para Amberes, á trasbordarlo allí todo á otro barco dispuesto por los carlistas para que trajeran á España aquel cargamento, burlando á las autoridades; y al salir de Adour, más por calculado interés que por casualidad, se prendió fuego al barco y se le abandonó en las aguas del golfo de Gasuña. Gran contratiempo era esto para los carlistas, que no podían sospechar tal acto de la codicia extranjera, que redundó en beneficio de aquéllos.

» El fuego sólo había interesado superficialmente al buque, sin afectar á su casco ni á su cargamento; así que continuó flotando en el mar, y los vientos ó las corrientes fuéronle empujando á la costa española.

» Una mañana vieron los pescadores de Ondárroa un vapor con las calderas apagadas bordear á merced de las olas, y lo consideraron abandonado. Entregáronse aquellos marinos á diferentes juicios sobre si habrían muerto sus tripulantes, cometídose algún crimen, sin atreverse ninguno á acercarse al misterioso barco, hasta que se decidieron á saber lo que pasaba dentro. Se acercó el patrón en una lancha; se puso al habla, y como nadie le respondiera subió, esperando los demás con impaciente ansiedad la clave de aquel misterio. Recorrió el buque y apareció á poco sobre cubierta, gritando con alegría, que estaba cargado de armas, sin persona alguna á bordo. Subieron otros pescadores, cundió en breve la noticia por los inmediatos pueblos de la costa, llenóse la playa de gente, se atendió á alijar el barco antes de que se apercibieran de su existencia en Guetaria, donde siempre había algún buque de guerra, y mediaba corta distancia; se reunieron 40 lanchas pescadoras, remolcaron el vapor; hasta las mujeres y niños acudieron á descargarle, pues como no se esperaba tan pronto su llegada, no habían acudido fuerzas carlistas; pero llegó á Deva con dos compañías don Agustín Atristain á evacuar una comisión, y se trasladó á Ondárroa, acudiendo también por la parte de Vizcaya algunas fuerzas.

» Descargáronse, el veinte, 4,000 fusiles, un millón de cartuchos, resina y otras materias inflamables, se consideró este suceso providencial, por el hecho en sí mismo, y por la circunstancia de carecer de municiones las fuerzas que estaban en la línea del Oria. Celebróse con un *Te-Deum* en todas las iglesias, y el júbilo fué grande... »

Aumentado el contingente carlista, se procuró organizarle militarmente.

Necesaria la organización en todos los ramos, creóse al efecto en Navarra la Real Junta gubernativa, disolviéndose la auxiliar de guerra, con el fin de poner coto al bandolerismo de ciertas partidas, y regular y justificar las exacciones é inversiones.

Careciendo el carlismo de los recursos necesarios, decretó la Junta la creación de impuestos que falsamente denominaron voluntarios, ya que no lo eran por cuanto que los que no satisfacían el pago de las cuotas se veían embargados ó vendidas sus propiedades.

Esta medida, sobre ser á todas luces arbitraria, agravaba las cargas que pesaban sobre los pueblos al tributar al Estado y á la administración carlista.

Ocurría en esto un fenómeno digno de anotarse, y era que los pueblos solían pagar con mayor puntualidad á los facciosos que al Erario público.

Entretenido el Gobierno del señor Salmerón en acumular elementos con que vencer el cantonalismo, no advertía de que á poco de entrar Don Carlos en España, quedaban reducidas á diez las treinta y ocho poblaciones, mejor ó peor fortificadas, que había en el territorio de la República.

Contribuyó á la prosperidad de los negocios carlistas el ingreso en sus banderas de jefes y oficiales del ejército, que ó se hallaban de cuartel ó habían pedido con tal propósito su retiro.

Después de revistar Don Carlos en Arizcun algunos batallones, de organizar una sección de artillería y de uniformar el escuadrón guipuzcoano, llegó con Elío á la vista de Elizondo, intimando la rendición, que fué rechazada. Continuaron por Lecumberri, Dos Hermanas y otros pueblos, hasta el lugar de Olza, guarnecido por un centenar de carabineros y defendido con un fortín y unas casas aspielleradas.

Infructuosa fué para los carlistas la acometida, á pesar de la llegada de Lizárraga, que con el refuerzo de nuevos cañones tomados á los republicanos, se aprestó á la destrucción de los fortines.

Durante la noche se retiraron los carabineros á Pamplona. Al entrar al día siguiente los facciosos demolieron las fortificaciones.

Grave contratiempo hubo de ser para el ejército la toma por los carlistas de los fuertes de Lizárraga y San Adrián, cuyas guarniciones, compuestas de ciento cincuenta hombres, se rindieron sin disparar un tiro.

Eran estos fuertes la llave de las Améscoas y de la Barranca, y servían para proteger el cruce de las columnas, que en adelante no podrían hacerlo sin exponerse á un grave contratiempo.

Había en los fuertes dos cañones, 70 bombas y 6,000 cartuchos, que pasaron á poder de los carlistas.

Satisfecho Don Carlos de los triunfos reseñados, celebró en Echauri un Consejo con sus generales, acordándose arrojar á los liberales de las Vascongadas y Navarra y apresurar el contrabando de armas.

Propúsose también en ese Consejo por algunos, realizar una expedición sobre



Pamplona.

Madrid; pero la mayoría no la consideró factible. Se acordó, por último, tomar la ofensiva contra las pequeñas guarniciones, apoderándose de las que fuera posible hacerlo, obligando á levantar las restantes. En virtud de otro acuerdo se mandó á Lizárraga que invadiese de nuevo su provincia.

Terminado el Consejo salió Don Carlos para Vizcaya. Instado á jurar los fueros, según la antigua costumbre de los monarcas, contestó el Pretendiente que las circunstancias de la guerra le impedían practicar las formalidades de acudir á las puertas de Bilbao; pero que se hallaba decidido á ir á Guernica. Así lo hizo.

Ya en Guernica y en la antigua iglesia de Santa María, de pie y teniendo al lado á los diputados, dijo:

« Vine aquí á saludar á vuestro venerado árbol, simbolo de la libertad cristiana, que os ha hecho felices durante tantos años, y á aseguraros con la solemnidad que las circunstancias lo permitan, de que hoy más quedáis reintegrados en la plenitud de vuestros fueros. »

En cumplimiento de esta reintegración de poderes que Don Carlos les otorga-

ba, se constituyó en forma, en el mes de Agosto de 1873, la diputación carlista, elegida tres años antes.

Aumentadas las filas del Pretendiente, se hizo preciso acumular mayor número de fuerzas republicanas en el Norte.

Era en verdad insuficiente el ejército de que disponía el general en jefe para lo extenso del territorio á que debía atender.

Guarniciones y destacamentos hallábanse desparramados, no habiendo entre ellos aquel contácto que fuera de esperar para la mejor eficacia de una mutua protección.

El grueso del ejército del Norte contaba con poco más de 9,000 hombres, y esto era todo.

Autorizado el general Loma para abandonar las guarniciones de los puntos en que no había voluntarios, hizo levantar y reconcentrar los destacamentos, conforme á la orden recibida.

Interceptada por Lizárraga la referida orden, trató de desbaratar el plan de defensa de su enemigo y, al efecto, cayó sobre Mondragón, que en unión de Vergara, Oñate y Azpeitia, eran puntos donde convenía conservar fuerzas.

Desde los montes inmediatos rompió Lizárraga el fuego de cañón sobre la villa, apoderándose de las primeras casas, que incendió.

Los voluntarios y el destacamento que guarnecía la villa se refugiaron en la iglesia y en el ayuntamiento.

Después de tres días de sitio y habiendo perdido los defensores toda esperanza de socorro, se rindieron. Quedaron en poder de los carlistas 200 fusiles y abundantes municiones.

Tras de penosas marchas y contramarchas y encuentros más ó menos afortunados, llegaron los carlistas á Vergara, donde se celebró con asistencia de Don Carlos una ceremonia que nada tuvo de seria, á causa de no ignorar sus organizadores que el original del «Convenio de Vergara» que pretendieron destruir se hallaba bien lejos del sitio donde lo suponían enterrado. He aquí el acta que se extendió:

« En la villa de Vergara, provincia de Guipúzcoa, á los 15 días del mes de Agosto del año de gracia de N. S. J. de 1873, el excelentísimo señor mariscal de campo de los reales ejércitos, comandante general de la provincia, don Antonio Lizárraga, dispuso que en presencia de los batallones Virgen del Carmen, El Triunfo y Doña Blanca, se procediese á levantar la lápida que encierra el ignominioso convenio de Vergara, y extraído éste y demás efectos que contiene, fueran reducidos á cenizas y aventadas, para que desaparezca esta obra de impiedad masónica. Y para que conste haberse verificado, extendiendo la presente acta, que deberá ser firmada por todos los jefes que han concurrido á tan solemne acto.

Vergara, 15 de Agosto de 1873. — El comandante general, ANTONIO LIZÁRRAGA Y ESQUIROZ. »

Tenía Loma que atender á Tolosa y Oyarzún, hallándose constantemente en

situación bien crítica por la frecuencia con que debía abastecer ambas guarniciones.

Ocurríale, además, que de todas partes le pedían refuerzos por haber retirado las guarniciones y destacamentos de muchos puntos, á fin de reforzar las columnas que operaban, ineficaces por el número de sus unidades, para sobreponerse á los batallones carlistas.

El nuevo sistema adoptado determinó necesariamente el abandono de algunos puntos por demás estratégicos, como el Aya, á consecuencia de lo cual quedó Orio en poder de los carlistas.

Extendidos los facciosos desde Irún hasta los límites con Vizcaya, mientras interrumpían toda comunicación, se aprestaban á tomar las minas de plomo de Rentería; batían á Oñate, en tanto que el general en jefe de las fuerzas republicanas conseguía trabajosamente proveerse de fondos, trabajosamente, decimos,



á causa de lo agotadas que se hallaban las arcas de las corporaciones populares, que tantos sacrificios habían hecho, en vano, en defensa de la causa liberal.

Envalentonados así los carlistas y situados en Santiagomendi, no sólo hostilizaban á Astigarraga, sino que atacaban á los convoyes.

Dueños de Vergara, Oñate, Azcoitia, Motrico, Arpeitia, Deva y otros pueblos, importábales apoderarse de Plasencia é Ibar, como lo hicieron, por haberse retirado las guarniciones que las defendían.

Con las armas recogidas en esta última población armaron los facciosos varios batallones.

Dominando, pues, los carlistas la provincia de Guipúzcoa, excepto la parte comprendida entre Tolosa é Irún, como ya hemos dicho, nada tenían que temer; mayores ventajas y á menos coste no las hubieran jamás soñado.

Peor aún que en Guipúzcoa marchaban las cosas en Navarra; desatendida por completo, pudieron los carlistas cruzar la provincia de extremo á extremo, cobrando contribuciones, apoderándose de los almacenes de granos, recogiendo caballos y obligando á ingresar en filas á los mozos.

A tal punto llegó la inactividad de las tropas, que pudo Don Carlos descansar días enteros donde lo estimó conveniente, celebrando funciones de iglesia, banquetes, bailes, giras y novilladas, por lo que en vez de un Pretendiente errante parecía un conquistador dueño y señor absoluto de aquella parte de España.

En poder de los carlistas cayeron fuertes como el de las Campanas, cuya estación incendiaron, bajando después á Lerín y Lodosa por la incomprensible retirada á Tudela de la columna de la Rivera, que dejó franco el paso.

Decididos los carlistas á tomar á Estella enviaron por delante á Rosa Samaniego, que había empezado ya á adquirir, por sus crímenes, la misma notoriedad que el cura Santa Cruz.

Heroica fué la defensa de Estella, cuyo sitio duró desde el 17 al 21 de Agosto.

Defendida por fuerzas muy inferiores en número á las carlistas, resistió con bravura el ataque, habiendo día que cayeron sobre el fuerte más de doscientas balas y granadas de regular calibre, que produjeron incendios atajados con dificultad.

Acogida al fuerte la guarnición, los sitiadores comenzaron á practicar una mina sin que por esto decayera el valor de los soldados, que permanecían en su puesto casi sin dormir, y si lo hacían era al pie de las espalleras y fusil en mano.

En tanto, la artillería enemiga continuaba haciendo destrozos. Llegó el valor de los soldados al extremo de arrojar sobre las granadas que caían para arrancarles las espoletas y echarlas en cubos de agua.

Y á todo esto, los muchachos de la ciudad, influidos por lo que pensaban sus mayores, que temían el furor de los carlistas si llegaban á entrar, gritaban á los soldados que mataran al gobernador y entonces habría cuartel, y hacían tocar las campanas de las iglesias á agonía para amedrentar sin duda el viril espíritu de aquellos valientes. Indigna tal estratagema, á la que con mano dura debiera de haber puesto coto el digno gobernador militar de la plaza, señor Sanz.

La situación era cada vez peor. No había un solo soldado que no tuviera alguna lesión de mayor ó menor importancia.

Hasta la viruela hizo allí estragos, desarrollándose en proporciones alarmantes.

Hubo casos de locura acompañados de furiosos raptos, como el que padeció uno de los más bravos oficiales, que se pegó un tiro.

De pronto, una intensa explosión atronó el espacio; sobre los tejados de las casas inmediatas al fuerte cayeron innumerables pedruscos y troncos de árbol de los paseos. Era que los sitiadores habían prendido fuego á una mina. Y en el momento mismo de la explosión, Rosa Samaniego, con su fuerza, se lanzó al fuerte sin lograr su propósito, que era entrar al asalto.

Viendo que el fuerte no había sido derruido ni tenía brecha alguna por donde poder pasar, empezaron los facciosos otras minas.

Reunido consejo de oficiales se acordó, por ser estéril toda defensa, romper el cerco y morir matando antes que rendirse.

Preparóse aquella noche la salida, mas al intentar Garamendi penetrar en el almacén de pólvora, con el fin de inutilizar lo que no podía salvarse, varios soldados se opusieron á que entrara, creyendo iba á prender fuego á la pólvora para volar todos, conforme lo hubiese realizado en el anterior sitio que sufrió la plaza, según ya dejamos consignado.

Disponíanse los oficiales, soldados y voluntarios ilesos á abrirse paso por entre las filas enemigas, cuando sonó un fuerte toque de corneta pidiendo parlamento.

Corrió el coronel Sanz á dar muerte al insubordinado soldado que esto hacía, mas repitióse el toque en otro extremo del fuerte. Contestaron los sitiadores, acercándose entonces á las aspilleras varios oficiales carlistas, felicitando á los sitiados por su ejemplar heroísmo y defensa.

Obligado por las circunstancias, resignóse á capitular el gobernador, sin prestarse á que se consignara la capitulación por escrito, bastando sólo la empeñada promesa de honor. Pidió el coronel Sanz á Dorregaray un vaso de vino y un cigarro de papel, diciéndole: « Quiero salir con toda mi gente, armas y bagajes, y con los honores de guerra. » El general carlista, contestó: « Defendemos una causa tan popular como pobre, y no puedo acceder á la petición primera. En lo demás, estoy facultado por S. M. para arreglar este asunto. » Sanz, replicó: « Quiero que mis oficiales conserven sus espadas y demás objetos de su propiedad. » Dorregaray, tornó á contestar: « Oficiales que defienden sus armas con tanta bravura, son muy dignos de esa concesión. Doy á V. S. dos horas de tiempo para que V. S. y sus compañeros recojan todos los objetos de su pertenencia; equipajes, armas, dinero, papeles, etc., pidiéndome cuantos bagajes les hagan falta para su traslación á Pamplona. »

Y Sanz y los suyos, 3 capitanes, 7 oficiales, 475 soldados y algunos voluntarios, el comisario de guerra y otros empleados, fueron escoltados hasta cerca de Pamplona, dejándoles en libertad.

En los primeros días del sitio, la columna de la Rivera, hizo una demostración con intento de acudir en socorro de la plaza, pero saliéronle al encuentro Don Carlos, Elío y Ollo. Trabada la acción cerca de Allo, no hubo vencedores ni vencidos; retrocedió la columna á Sesma y pernoctaron en Allo los carlistas.

A reconquistar la plaza de Estella acudió el capitán general de Aragón señor Santa Pau. Unido á la división de la Rivera cañearon á Dicastillo, donde estaba Don Carlos; pero mal dirigidas las granadas, hicieron más daño en las filas republicanas que en las del enemigo.

Avanzaron los liberales, pero dejaron sin auxilio el ala izquierda. Interpuestos los carlistas en los extremos de la extensa línea del ejército, tuvo la caballería que maniobrar entre viñedos y cerros, á fin de proteger la retirada de la infantería.

Las fuerzas de la República retiráronse á Allo, Lerín y Lesma.

A la toma de Estella siguió la de Viana, defendida por algunos húsares de Pavía y un centenar de voluntarios de la libertad.

Ocuparon los facciosos los arrabales, intimando la rendición, que fué rechazada. Roto de nuevo el fuego, acudieron los carlistas al procedimiento de siempre, al incendio; teniendo al fin que capitular los defensores en idénticas condiciones á las que primero habían rechazado; entregaron armas, municiones, caballos y diferentes efectos. Los rendidos fueron escoltados hasta Logroño, que dista una legua próximamente de Viana.



Jacinto Santa Pau.

Después de revistar Don Carlos en Estella su ejército, que alcanzaba ya la cifra de 8,000 hombres, pretendió hacer frente al general en jefe liberal señor Sánchez Bregua, que por la parte de Peñacerrada, y dejando ya fortificado Bilbao, Vitoria, Campazar, San Roque, menos Portugaleta, acudía en socorro de Estella. Mas era ya tarde; hacia siete días que había capitulado la guarnición y cinco que Santa Pau fué rechazado.

Victoriosas las armas carlistas, no había obstáculo que consideraran imposible. Su audacia era grande. Merced á ésta concibió el cabecilla Ollo un atrevido plan que logró llevar á efecto: caer á la vez sobre las guarniciones de Lumbier y Sangüesa, que hubieron de rendirse.

Mientras esto sucedía en Navarra, los carlistas de Alava sufrían no pocos desastres y reveses. Anduvieron vagando por la sierra de Zudaire perseguidos de cerca por las columnas republicanas. Muchos desertaron, otros se acogieron á indulto.

Disueltas las partidas, culpóse del desastre á la falta de jefes, por lo que se acordó nombrar comandante general á Lecea, que en un encuentro con las tropas perdió toda su gente en Apellaniz.

Para reparar el descalabro se nombró á Larramendi, que por sus dotes militares venía prestando desde hacía años importantes servicios á la causa.

Como inteligencia organizadora se echó mano del diputado general carlista señor Varona.

Estableció Varona talleres para la construcción de calzado y correaes y una fábrica de pólvora. Puso en explotación las minas de Barambio. Instaló talleres



de armería; organizó batallones. Se hizo sargentos primeros á los estudiantes de ciencias y segundos á los bachilleres en artes. Al toque de diana salía un retén de caballería á hacer la descubierta mientras las fuerzas restantes rezaban el rosario. Las horas de la tarde dedicábanlas á la instrucción militar.

En Vizcaya seguía reclutándose gente y organizándose la guerra.

Merced á la actividad de Andéchaga, que á pesar de ser ya viejo, volvió á campaña, tuvo fuerzas bastantes el carlismo para dominar en la provincia, excepto Portugaleta y Bilbao.

En Lamindano batieron los carlistas una columna que perdió dos piezas y tuvo sobre un centenar de bajas. Verdad que el sistema de operar en pequeñas columnas era absurdo, dado el mayor contingente de los batallones enemigos.



Castor Andéchaga.

Los carlistas atacaron á Portugaleta desde el alto de Campanzar.

Defendiéronse con tesón francos y voluntarios, teniendo al fin que retirarse los facciosos por el certero fuego que desde la ría les hizo una goleta de guerra y por haber acudido en socorro de la plaza tropas de Bilbao.

La liberal Bilbao mostró en esta guerra mayor entusiasmo y actividad, si cabe, que en la anterior.

Se formó una Junta de armamento y defensa; se improvisaron los reductos de Luchana, el Diente, Mallona y Morro.

Como los carlistas no cesaban de hostilizar á la población desde el alto de Santo Domingo, haciéndose peligroso el tránsito por la ría, y llegando hasta cortar las cañerías de las aguas, ordenó el general que de su parte una comisión de sacerdotes rogara á Andéchaga que re-

primiera tales excesos y que volviera las aguas á la villa. Como era natural, el jefe carlista se negó á lo solicitado.

Este exceso de candidez del general produjo en todas partes muy mal efecto, tanto más cuanto que habiendo en la villa un contingente de fuerzas respetable no se las mandó hacer ninguna salida estratégica para castigar con mano dura la impertinente audacia de los carlistas.

Después de estos sucesos cortaron los facciosos el puente de Lamiaco y los liberales en represalia quemaron, en vez de derruir á cañonazos, el caserío de Quintana.

De Navarra marchó Don Carlos á Guipúzcoa, llegando el 7 de Septiembre á Azcoitia.

Deseoso Lizárraga de complacer á los jesuitas restableciéndolos en el santuario de Loyola, se las arregló de modo que á la vez que se solemnizaba en el monasterio la Natividad de la Virgen con una comunión general y fiesta religiosa, fuera ungido Don Carlos por el obispo de Urgel que, en vez de predicar la paz entre los hombres, conforme á la doctrina de su maestro, solía abandonar las ovejas de que era pastor para guiar rebaños de soldados.

Substituído el Gobierno de Salmerón por el de Castelar, nombró éste al general Sánchez Bregua ministro de la Guerra.

No era el mencionado general el llamado en tales momentos á desempeñar un cargo para el cual se necesitaban dotes singulares que si las poseía no acertó al menos á poner de relieve en el Norte.

Castelar llevó al Ministerio á Sánchez Bregua por sus talentos administrativos y á la vez para acallar á la opinión, por cierto nada satisfecha de la campaña del general.

Le reemplazó en el mando el general Moriones.

Marchó Moriones á Vitoria el 13 de Septiembre. La llegada de general tan querido de las tropas reanimó el ánimo de éstas, harto quebrantado con los reve- ses sufridos.

Al revistarlas, las saludó en estos términos:

« Vuelvo á verme entre vosotros como el padre al lado de sus hijos. Siento que la fortuna se os haya mostrado veleidosa, pero de hoy más estad seguros de que nos sonreirá propicia.

Tened muy presente que los ejércitos que conservan la más severa disciplina son los que llevan constantemente escrita en sus banderas la victoria.

Esto debe bastaros para comprender que seré inexorable en exigir de todos el más exacto cumplimiento de sus deberes; y cualquiera que sea el que falte, sobre él caerá todo el rigor de la ordenanza.

Vamos á defender la República porque es nuestro deber obedecer al Gobierno constituido por el acuerdo de la Asamblea, así como también lo es sostener y levantar á la mayor altura posible la honra y gloria del ejército. — Vuestro general, DOMINGO MORIONES. »

En tanto, los carlistas combinaban una operación contra Tolosa á fin de rendir la columna de Loma.

Consistía el plan en estrechar el cerco de la plaza, mientras Lizárraga, con fuerzas numerosas y en posiciones bien elegidas y fortificadas, batía á las que acudieran en auxilio de los sitiados; entonces, falto de víveres Loma, tendría que rendirse.

No esperó Loma á que le atacaran los facciosos; salió de la plaza, batió al enemigo y tornó á Tolosa.

De nuevo volvieron los carlistas á ocupar sus posiciones, estrechando cada vez más el cerco.

No mostraba Elío en la empresa la confianza que Lizárraga, Ollo y Larramendi, así que, tomando sobre sí la responsabilidad, ordenó la retirada.

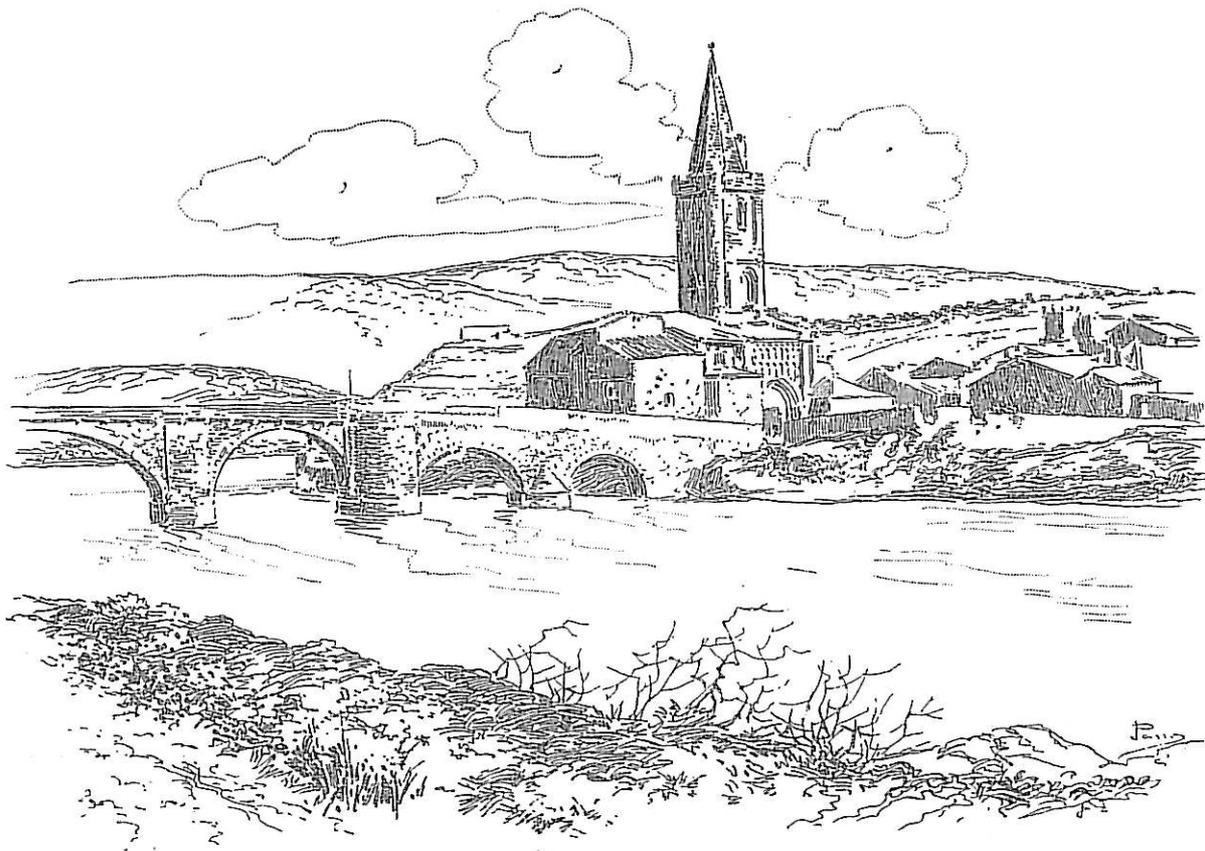
Era prudente la medida, pues de haberse comenzado el ataque, como los carlistas se hallaban escasos de municiones, hubieran sido necesariamente derrotados. Se hubieran expuesto además á perder las fábricas de armas que poseían. Marchó Lizárraga á Azpeitia; Larramendi, con los alaveses y vizcaínos, á Villafranca, y Ollo á Lecumberri.

Después de dictar Moriones algunas órdenes con el fin de hacer efectiva la quinta que las Cortes habían decretado, se puso al frente de unos doce mil hom-

bres y marchó por Salvatierra á Tolosa, siguiendo á Navarra, para demostrar así que á las tropas republicanas no se las impedía el avance.

Verdad que los defensores del absolutismo no eran ya pelotones de voluntarios sin organización alguna, y que, por lo tanto, constituían fuerzas temibles.

Había en Navarra cinco batallones, un escuadrón que mandaba Pérula, una



NAVARRA — Sangüesa.

sección de artillería compuesta de cuatro piezas cogidas en diferentes encuentros al ejército y algunas partidas sueltas, á cuyo cargo corría la recaudación de impuestos y la administración de las facciones.

Mandaban los batallones el Marqués de las Hornazas, Goñi, Radica y Lerga.

Con estas fuerzas, y las que operaban en las provincias de Alava, Vizcaya, Guipúzcoa y el Maestrazgo, pudieron haber obtenido los carlistas mejor resultado, pero les faltó un Zumalacárregui, un Marote ó un Cabrera. En Elio podía la indolencia más que la pericia, y Lizárraga era capaz por una misa de renunciar á todas las victorias.

A mediados de Agosto habían establecido los carlistas el bloqueo de Bilbao.

Intimó la rendición de la villa el cabecilla Velasco, y puesto en inteligencia con algunos individuos de la guarnición, esperó el momento oportuno de conseguirla. Negóse Andéchaga á proseguir los tratos, en la creencia de que el comercio y la industria de Bilbao no resistirían tres días de bombardeo.

A consecuencia de haberse pasado al enemigo el jefe de la *Consuelo*, se aumentó la vigilancia y la defensa.

Con el fin de destruir la presa que de orilla á orilla del Nervión tenían los carlistas, con el vapor *Somorrostro* y dos gabarrones efectuaron los bilbaínos una salida sin resultado favorable.

En tanto, Andéchaga había montado la fundición de Arteaga para hacer cañones y morteros. Trabajaban en esa fundición con actividad en la construcción de cañones de bronce, balas, cureñas y demás pertrechos relacionados con el arma de artillería, torneros ajustadores, fundidores, moldeadores y otros operarios secuestrados, como la maquinaria adecuada, á las grandes fábricas de hierro vecinas de Bilbao.

Cuando Moriones, con su ejército, llegaba á la vista de Estella, el cabecilla Olo, que había destruido el puente de Noveleta para impedir que pasase la artillería enemiga, hizo frente á Moriones.

Era el 2 de Octubre cuando este general preparó sus fuerzas para el combate.

Los carlistas salieron á tomar posiciones. Regresaron algunas fuerzas á la ciudad y volvieron á salir, tornando á entrar de nuevo.

Aun cuando Moriones veía el paso franco no se aventuró á entrar en Estella por temor de no encontrar con qué racionarse, pues los carlistas habían, efectivamente, ordenado destruir los comestibles que no fueran indispensables.

Por la derecha del camino aparecieron las tropas de Primo de Rivera, que al anochecer se retiraron á Allo, haciendo fuego de cañón sobre el enemigo, que en posiciones esperaba el combate.

El día 3, dejando los carlistas al parecer libre la entrada en Estella por la parte de la Solana, se retiraron á Eraul y otros pueblos.

El 4, se trasladaron á Murugarreu, Villatuerta y Grocin, regresando algunos batallones á Estella.

Estos movimientos obedecían, á la vez que á una acción envolvente, á distraer la atención de Moriones para que no pudiera coordinar un plan seguro de ataque.

Las fuerzas de la República pasaron de Artajona á Puente la Reina, y los carlistas á Cirauqui y Mañeru.

Colocados, pues, frente á frente, era inevitable el choque.

En la mañana del 6 se dispuso Moriones á atacar á su enemigo. Los carlistas, con idéntico propósito, dejaron los valles de Guesalaz y Yerri.

Ordenado el avance por Moriones, se atacó por la carretera en dirección á la ermita, donde tenían los carlistas sus primeras posiciones, mientras otra columna avanzaba por la carretera hasta Mañeru y una brigada protegía la derecha.

Moriones se trasladó al centro con seis piezas de artillería y otras fuerzas.

Dos batallones carlistas cargaron á la bayoneta, siendo rechazados por varias compañías.

El cabecilla Rada ocupó excelentes posiciones en la montaña.

Una brigada liberal se había apoderado de Mañeru; otra tomó posición sobre una altura mientras la vanguardia seguía el movimiento de avance.

Casi envuelto Rada, su situación era crítica é inútiles sus esfuerzos para contrarrestar el empuje de su enemigo.

Las bajas iban siendo muchas, por lo que, atemorizados los carlistas, varios oficiales y algunos soldados abandonaron el combate para ir á ocultarse detrás



Puente la Reina.

de la ermita. A sablazos tuvieron que sacarlos de sus escondites. Todo era necesario, porque el combate era cada vez más sangriento.

Dos batallones carlistas que agotaban ya las municiones y que habían sido diezmados, cargaron á la bayoneta con tal desesperado ímpetu, que las fuerzas republicanas no pudiendo resistir el empuje comenzaron á ceder. Gravisima hubiera sido la huida, pero reforzados á tiempo se rehicieron y cargaron á su vez contra los carlistas al grito de ¡Viva la República! retirándose los facciosos en desordenada dispersión.

En este primer momento de la batalla, triste era el cuadro que ofrecían las inmediaciones de la ermita. El suelo hallábase cubierto de cadáveres. Los lamentos de los heridos agobiaba el ánimo de los más serenos.

A contener á las fuerzas republicanas, que arrollaban á los carlistas, por todas partes, acudieron Olló, Mendiri y Argonz. Colocó Olló ocho de sus batallones, mientras avanzaba la artillería é infantería republicana. El fuego era por ambas partes nutrido.

Tomados por los liberales los montes de Guirguillano y amenazando envolver por la izquierda al enemigo, dispuso Moriones un movimiento de concentración de las tropas sobre la primera posición de la ermita y Puente la Reina.

Emprendieron las fuerzas el movimiento, y al obscurecer, cuando llegaban á los desfiladeros, insistieron los carlistas en su ataque con más empuje y vigor que hasta entonces.

Dispuesta la retirada por escalones, al cuarto escalón trataron de envolver los facciosos, viéndose el quinto en peligro ante una carga á la bayoneta. Se retiró al abrigo de tres compañías de ingenieros que formaban otro escalón.

La inoportuna retirada de fuerzas de artillería y caballería impidió que al avanzar los carlistas fueran duramente castigadas. Sin embargo, las fuerzas que cubrían la retirada por la carretera contuvieron un tanto el vigoroso empuje del enemigo.

Quedaron en Mañeru y Cirauqui, terreno de la acción, los carlistas, pernoctando las fuerzas republicanas en Puente la Reina.

Las bajas por ambas partes fueron más de 900, entre heridos y muertos.

Como la victoria no se había aún decidido, hallábanse ambos ejércitos deseosos de medir de nuevo sus armas, así que cuando se encontraron en las escabrosidades de Monte Jurra, defendidas por trincheras y fortificaciones construidas por los carlistas, fué tan empeñada la lucha, que sólo en un día gastaron los republicanos 250,000 cartuchos de fusil y 700 granadas, ascendiendo el número total de bajas á 800, siendo menores las de los carlistas por batirse á cubierto tras las trincheras.

Transcurrió un mes, próximamente, de una á otra acción.

En la mañana del 7 de Noviembre se encaminó el ejército republicano por la carretera de Estella hasta dar vista á Urbiola, Luquin y Barbarin, pueblos ocupados por los carlistas en número de 9,000 hombres, 200 caballos y 4 piezas.

Asentados estos pueblos en la falda de Monte Jurra y defendidos los desfiladeros, eran excelentes las posiciones del ejército faccioso.

Moriones, que no podía ir sobre Estella sino por la parte de la Solana, encaminó sus tropas por este sitio.

Iniciado el avance, quisieron en vano contenerle los carlistas, y tras ruda pelea, fueron desalojados de sus posiciones, quedando Barbarin en poder de los republicanos.

A las pocas horas de iniciado el combate se habían apoderado ya las tropas de Luquin y Urbiola; pero haciendo los carlistas un hábil movimiento, corrieron se por la falda de Monte Jurra, simulando retirarse hacia Estella. Entonces, cargaron sobre la izquierda de los republicanos, que se apoyaban en Urbiola. Mandaba el brigadier Ruiz Dana el ala izquierda, cuya principal fuerza consistía en caballería, por lo que, no siéndole posible hacerla maniobrar en aquel terreno, pidió refuerzos de infantería.

Cuando llegaron, la situación era por demás crítica. Una avalancha carlista, descendiendo de Monte Jurra, amenazaba invadir á Urbiola.

Viendo el peligro, el brigadier Dana arengó á sus tropas, y poniéndose al frente, atacó al enemigo, que descendía del monte, rechazándole y obligándole á buscar refugio en los bosques.

Don Carlos, que asistió á la acción, si bien á larga distancia, pudo mostrarse satisfecho de la bravura de sus huestes y del daño causado al enemigo, pues hu-

BATALLA DE MONTE-JURRA



1. Monte-Jurra. — 2. Barbarin. — 3. Posiciones carlistas. — 4. Luquin. — 5. Carretera de Estella. — 6. Urbiola. — 7. Villamayor. — 8. Monjardin. — 9. Montañas próximas á Estella.

bo batallón, como el de San Quintín, que perdió la tercera parte de sus soldados y la mitad de sus oficiales. Las bajas, en general, pasaron de 500; 200 la de los carlistas.

Considerando imposible Moriones mantenerse en las posiciones conquistadas y viendo que no podía pasar adelante por la escasez de municiones, después de haber permanecido 24 horas más tiroteándose con las avanzadas enemigas, ordenó la retirada, que ofrecía graves obstáculos.

La emprendió á media noche, enviando alguna fuerza á simular el ataque para ir sobre Estella.

Fué necesario, á fin de que la impedimenta pasara y llevar el mayor número posible de heridos, dejar abandonada gran cantidad de cebada y harina. Insufi-

cientes los carros para tantos heridos, hubo que dejar abandonados en Urbiola á los más graves.

Esta retirada fué una de las operaciones militares mejor ejecutadas de cuantas registra la historia de aquella guerra. Los mismos carlistas no pudieron menos de tributar públicos elogios á Moriones.

De no haberle faltado municiones, el ejército republicano hubiese plantado de nuevo su bandera en Estella, pues los carlistas andaban también escasos de ellas, como les ocurrió siempre tras un combate de algunas horas.

Considerando Don Carlos como un señalado triunfo las jornadas de Monte Jorra, creó para conmemorarlas una medalla, enviando á Doña Margarita un telegrama concebido en estos términos:

« El Rey á la Reina: — Querida Margarita: Hoy, día del Patrocinio de la Virgen, hemos conseguido una gran victoria. Moriones, después de dos días de combate, no atreviéndose á continuarlo el tercero, se ha retirado precipitadamente á los Arcos, vivamente perseguido por nuestras tropas, dejando en nuestro poder municiones, algunos prisioneros y gran parte del botín que había sacado de los pueblos.

» Las pérdidas de los enemigos, inmensas; las nuestras muy cortas.

» Acabo de felicitar en el campo á mis bravos voluntarios. — Tu afectísimo, CARLOS. — *Cuartel general de Estella, 9 de Noviembre de 1873.* »

Las fuerzas alavesas que revistó Don Carlos en Alsasua se componían de cuatro batallones y un escuadrón. Estuvieron mandadas por el cabecilla Larramendi, hasta que por efecto de una grave enfermedad hubo de resignar el mando, reemplazándole Mendiri, antiguo jefe carlista acogido al convenio de Vergara y revalidado en el ejército, donde obtuvo el grado de brigadier.

Invadieron los carlistas á Oyón y después la Rioja alavesa, sosteniendo algunos encuentros con las columnas republicanas que, abrumadas por el número, tenían que replegarse á las poblaciones.

Conforme á su objetivo, establecieron los carlistas su línea en el Ebro con el propósito de apoderarse de La Guardia, que colocada en una eminencia domina la Rioja y es una de las mejores poblaciones de la provincia de Alava.

Como por las armas no era fácil su conquista, pues estaba defendida por un castillo y once baluartes, se valió el enemigo de un cerrajero que les abrió las puertas la noche del 29 de Noviembre. Quedó en poder de los facciosos la ciudad y buen número de prisioneros, armas, municiones y efectos.



Margarita de Borbón.

Había logrado Velasco, en Vizcaya, formar una muy respetable división de 10 batallones de más de 800 plazas cada uno, otros dos batallones de castellanos, un escuadrón, una batería de montaña y un cuerpo de administración militar.

No eran bastantes á contener la audacia de las armas carlistas, que ya tenían más hombres en pie de guerra que el ejército republicano, las arriesgadas operaciones de Loma ni el denuedo de Moriones para combatir las.

El abastecimiento de Tolosa tenía ocupado á Loma por la insistencia de Lizárraga en conquistarla.

El paso de cada convoy costaba rudos y sangrientos combates.

Obstinados los carlistas en inutilizar toda vía de comunicación, para impedir el abastecimiento de la ciudad, ocuparon las formidables posiciones del monte Hernio.

Reconstruídos por Loma los puentes sobre el Oria, entre Irura y Andoaín, logró con ello contrariar en parte los propósitos de los carlistas. Lo que no pudo evitar fué que Lizárraga sitiara la villa.

Rompió Lizárraga el fuego el 1.º de Diciembre, arrojando sobre la población 200 granadas y balas rasas en menos de cuatro horas.

Como á Loma le era imposible moverse por haber ocupado los carlistas, además de la izquierda del Oria, los montes de Velabieta, que se hallan á la derecha, encontrándose él y la ciudad de Tolosa en grave apuro, demandó auxilio de Moriones.

Acudió Moriones á prestárselo, yendo desde Tafalla á Pamplona, y de Pamplona á Tolosa con un ejército de 9,000 hombres, marchando todos á la desfilada con 150 acémilas que conducían 300,000 cartuchos. Cruzó el Bidasoa y atravesó de noche por un barranco, á cuya derecha estaba el río, y así, caminando por sitios casi inaccesibles, llegó á unirse con Loma en Lesaca.

Siguió el ejército su marcha, pernóctando Loma en Andoaín y Moriones en Astigarra, Hernani y Urnieta.

El objeto de aquella arriesgada expedición, en la que por fortuna no fueron hostilizadas las tropas, se había logrado; el abastecimiento de Tolosa era seguro, pues las fuerzas republicanas dominaban ya el valle del Urumea.

Mandó Moriones que los ingenieros arreglaran los pasos del río Oria y que Loma, con su división, marchase por la derecha hasta la casa de Ullamberro; que una batería de montaña y una brigada atacase la altura de Velabieta y que las otras dos brigadas se dirigiesen por camino distinto hacia el mismo pueblo. Una de ellas había de situarse sobre los pasos del Oria, á fin de prestar auxilio á Loma si lo necesitaba.

En tanto, el cábecilla Olo, que acudió en ayuda de Lizárraga, cubrió con los navarros las alturas de Velabieta.

Ordenado el avance por Moriones, hizolo él por la carretera con la brigada de vanguardia, apoyada por un batallón.

La resistencia carlista en su ala izquierda no fué enérgica. En cambio, por la

derecha resistieron los carlistas con tenaz arrojo, á fin de impedir que un batallón republicano tomase el alto de Uzturre, que se hallaba á la espalda de Velabieta.

Cuando el combate era más rudo, lanzáronse los navarros á la bayoneta, rechazando á los liberales y pasando muchos de ellos á cuchillo.

En esta furiosa lucha, cuerpo á cuerpo, hubo escenas de una fiereza y cruel.



Tafalla.

dad inauditas. Lograron al cabo los republicanos tomar las posiciones enemigas. Retiróse Lizárraga á Asteazu y Larraul.

Los navarros cedieron también al empuje de su enemigo, que ocupó el alto de Velabieta.

Rotas las líneas carlistas y dueños los republicanos de las posiciones carlistas, quedó abierto el paso á Tolosa.

Tuvieron cerca de trescientas bajas cada uno de los combatientes. Hubo regimiento republicano, como el de la Constitución, que contó 25 muertos, de ellos tres oficiales y 172 heridos, incluso 20 oficiales, el médico y 3 jefes.

Un suceso imprevisto estuvo á punto de ocasionarle á Lizárraga gravísimo contratiempo.

Queriendo el cura Santa Cruz vengarse de él por suponerle autor de sus desdichas, atravesó la frontera y se presentó en Berroqui el 7 de Diciembre, sublevando un batallón de los que formaban parte de sus antiguas fuerzas. Arrastró parte de otro y con ellos bajó á Villabona, donde se hallaba Iturbe con cuatro

compañías. Prendió á Iturbe, y ayudado por un jefe carlista que mandaba la vanguardia sobre Audoain y Guereca, puestos militares ambos de importancia por ser los más avanzados á Tolosa, sublevó aquellas fuerzas y juntas todas marcharon, con Santa Cruz al frente, á Cizurquil, donde prendió al comandante Vicuña.

Con las 18 compañías sublevadas, se presentó Santa Cruz al amanecer del mismo día en Asteazu con intento de apoderarse de Lizárraga, su mortal enemigo.

Hizo Santa Cruz con tal prontitud y sigilo lo narrado, que cuando Lizárraga comprendió su situación se hallaba ya envuelto por los desleales.

Merced á su serenidad y energía pudo conjurar el peligro. Encarándose con los sublevados, les dijo: « ¿Qué queréis? ¿A qué venís? ¿Qué buscáis? ¿Venís á matarme...? pues aquí me tenéis... »

Ante este acto de imperio y serenidad sintiéronse sobrecogidos los sublevados. Uno de los jefes huyó á todo correr. Comprendiendo entonces Lizárraga que había logrado dominar la situación, mandó arrestar al primer oficial que se echó á la vista, hizo lo mismo con otros y acabó por desarmar á varias de las compañías sublevadas.

Las restantes huyeron con Santa Cruz. Después de merodear algunos días por los montes, dispersáronse las fuerzas que seguían al cura, que se internó en Francia. Muchos de los sublevados se presentaron á indulto en Oñate.

Temiendo Lizárraga que Moriones, aprovechándose de la victoria, fuera á Azpeitia á destruir la fábrica de armas, voló el puente de Oiquina, colocando sus fuerzas en posiciones escalonadas.

No quiso el general en jefe republicano aventurarse á una acción de tanta importancia sin suficiente material sanitario y mantenimientos, precisos tanto más cuanto que sabía que los habitantes de los pueblos vecinos, cediendo á órdenes imperiosas de los carlistas, habían abandonado sus casas, llevándose los ganados y cuanto pudiera ser de provecho para las tropas de la República; así que, en vez de ir á Azpeitia, embarcó con sus tropas en Pasajes, en buques embargados por orden suya en Santander, tomando tierra el 25 de Diciembre en Santoña y Castro-Urdiales, por considerar imposible la marina el desembarque en Portugalete.

Tolosa volvió á ser bloqueada, mientras los carlistas esperaban en las alturas de Somorrostro á que Moriones les atacara.

Enseñoreados los carlistas de Guipúzcoa, fundían cañones en Azpeitia. En Eibar y Plasencia construían fusiles.

Causó en la opinión liberal deplorable efecto el repentino embarque de Moriones, después de haber vagado entre Azpeitia y San Sebastián algunos días.

Por nadie era esperada aquella retirada, máxime cuando se acababa de obtener una victoria abasteciendo á Tolosa, levantando su bloqueo y apoderándose de las formidables posiciones del enemigo.

Dió á entender con esto Moriones que era el carlismo demasiado potente, siendo así que su única fuerza consistía, en realidad, en la flaqueza de su enemigo.

Vencido y humillado el carlismo, como veremos más adelante, por los generales de la restauración, debiera haberlo sido por los de la República, si la agita-



Pasajes.

ción que se apodera de los pueblos en períodos revolucionarios, necesaria por cierto para dejar algo estable y duradero en el orden de las ideas, no hubiese ofuscado el entendimiento de muchos, restando así á la acción social aquel carácter de homogeneidad que ha de tener en los momentos de peligro.

También en la parte oriental de España y en otras regiones de la Península aumentaban las facciones.

El eco de sus triunfos en el Norte y en Cataluña repercutía por todas partes, llegando hasta los más oscuros lugares de la Mancha, de Extremadura y Galicia.

No es para asombrar este fenómeno. Siempre que se tiene por seguro el triunfo de una causa, surgen á miles los defensores.

A pesar de los graves errores que los carlistas cometieron y del antagonismo que siempre reinó entre sus jefes, llegó á tener el carlismo, en la parte oriental, un ejército de 9,000 infantes y 600 caballos, á cuyo frente se puso Salvador Palacios.

Nombrado Vallés comandante general del Maestrazgo, organizó una división, creando batallones con las fuerzas de Polo, Panera, Cucala y Segarra.

Atacaron los carlistas á Segorbe, penetraron en Murviedro, señalaron un término perentorio á Castellón de la Plana para que abonara la contribución de guerra impuesta, y se apoderaron de Batea, Maella y otras ricas poblaciones.

Reconcentrados entre Amposta y Vinaroz, tuvieron algunos encuentros con los republicanos.

Después de algunas correrías, cayeron sobre la famosa villa de Caspe, donde entre otras cosas, se llevaron la histórica bandera conmemorativa del célebre compromiso.

Era jefe de los carlistas de Aragón Manuel Marco, que llegó á reunir unos 2,000 hombres. Hizo algunas expediciones. Entró en Daroca, desarmó á los voluntarios de Vilafeliche y Molina de Aragón y, en unión de Segarra, venció la tenaz resistencia de los de Uldecona. Como carecía de oficiales, creó un colegio de cadetes.



Manuel Marco.

En Valencia campó por sus respetos el cabecilla Santés que llegó á formar dos batallones de cazadores y dos compañías de guías, á las que equipó con los uniformes cogidos á los nacionales de Utiel. En una de sus atrevidas correrías, que tanta fama le dieran, desarmó en Ribarroja á 100 nacionales, de cuyos fusiles se apoderó. En Benaguacil hizo lo mismo con un centenar escaso de voluntarios.

Perseguido por la columna de Arrando, batióse con él en San Felipe de Játiva. Después de un combate de algunas horas, durante el cual fué inútil el esfuerzo de los republicanos por apoderarse del castillo donde Santés se defendía, acudió Cucala en

auxilio de sus compañeros, trabándose ruda pelea. En situación difícil Arrando se retiró á Canals.

Dos compañías que no oyeron el toque de llamada se vieron obligadas á rendirse. Aquella acción valió á los carlistas 4,000 duros, tabaco y 348 prisioneros.

Las facciones que operaban en las provincias de Albacete, Murcia y Alicante, dedicábanse las unas al cobro de las contribuciones, mientras las otras atacaban á Yecla, entraban en Orihuela, que recibió á los carlistas con repique de campanas y músicas y llegaban hasta el corazón de la ribera, enseñoreándose de Játiva.

Por la parte de Castellón ocuparon los facciosos á Onda. Dominaban en Villareal, Almazora, Nules y Burriana. Dueños del ferrocarril y la costa, cayeron sobre Sagunto, á la que rindieron.

Antes de abandonar la villa incendiaron la escuela y la cárcel, cometieron toda clase de excesos y se llevaron rehenes y prisioneros, que Cucala mandó fusilar en Bechi.

Seguía el cura Ayala reclutando gente en Castilla la Vieja. De la provincia de Burgos sacó algunos centenares.

Saltaviñas hacía lo mismo en Logroño, conduciendo los mozos después á Orduña para armarlos é instruirlos.



Logroño.

En Palencia y León no lograron los carlistas grandes resultados.

Fernández de Velasco logró levantar algunas partidas en Reinosa y otros pueblos, marchando á Valmaseda á reunirse con una de las divisiones carlistas.

En el partido judicial de Reinosa habían establecido los carlistas aduanas para los carros, especialmente en Sencillo y en Pozazal; en pocos días recaudaron en la primera 30,000 pesetas.

Navarrete prohibía el transporte de tropas y efectos de guerra, é impuso á la empresa de ferrocarril 1,000 duros diarios de contribución.

Los pueblos de Villarcayo, Lázaro y Movellán, eran recorridos por partidas de más de 1,000 hombres.

Las que se levantaron en Liébana, quedáronse en aquel terreno para mantener la comunicación de Vizcaya con Asturias.

En Galicia obtuvieron los facciosos algunos pequeños triunfos; pero tuvieron que disolverse por la activa é inteligente persecución de que fueron objeto.

El cabecilla Mergeliza, que operaba en la Mancha, publicó en el mes de Agosto un bando en el que amenazaba con el asalto é incendio á la población que opusiese resistencia á la entrada de los carlistas. Penaba con la muerte la que diese parte de los movimientos de sus fuerzas é imponía 1,500 pesetas de multa al padre que no dejara á su hijo marchar á la facción.

Después de haber, Sabariegos, comandante general de Toledo, la Mancha y Extremadura, recorrido todo el extenso territorio de su mando y apoderándose de pueblos tan importantes como Urda, halló la muerte cerca de Trujillo, en un encuentro con una columna de guardia civil.

Innumerables eran las expediciones de los carlistas; pero de esas expediciones ninguna tan audaz como la realizada por Santés, que llegó á Cuenca al amanecer del 16 de Octubre, tras una marcha de 33 horas.

Ocuparon los carlistas las alturas que dominan el hospital y los puentes, mientras el jefe llegaba hasta la Glorieta. Rodeado por fuerzas enemigas el cuartel en el que sólo había un centenar de quintos mal armados, tuvieron éstos que rendirse. Fueron respetadas vidas y haciendas. Permaneció Santés en la ciudad hasta recoger, conforme á lo estipulado en la capitulación, 70 caballos, 400 fusiles y carabinas Minié, 300 fusiles más, sables, espadas, monturas, vestuarios y otros efectos, y además la suma de 75,000 duros pertenecientes al Estado.

Grave fué el descuido del Ministerio en la custodia de los valores públicos. No ignoraba el Gobierno lo amenazado que estaba Cuenca por Santés, ni tampoco el peligro que corrían los fondos secuestrados. El Banco de España dió aviso al Gobierno ocho días antes, pidiendo inútilmente una escolta, para traer á Madrid aquellos caudales.



F. Fernández de Velasco.



Vicente Sabariegos.

Satisfecho Santés por el triunfo obtenido, que le valió por cierto una entusiasta felicitación de Don Carlos y un ascenso, prosiguió en sus correrías.

Merodeó por la provincia de Valencia, á la vez que los federales del cantón de Cartagena aparecían en las aguas del Grao. En Chelva fué recibido Santés con arcos de triunfo.

Penetraban los carlistas en Caravaca y Hellin; sitiaban á Morella, desguarnecida de artillería y con escasa fuerza, incendiaban casi todas las estaciones del ferrocarril de Valencia á Barcelona y cometían toda suerte de desmanes.

Realizaron excursiones por la provincia de Albacete sin hallar resistencia, llegaron á los valles de Sagunto y destruyeron los fuertes y murallas de Segorbe.

Merced á celos y rivalidades entre los cabecillas, no se apoderaron los carlistas de Morella.

Intimidada la capitulación, fué rechazada.

Los sitiadores, arreciando cada día en sus ataques, intentaron con trabajos de mina y hornillos volar el muro. Los defensores resistían con denuedo las tenaces acometidas del enemigo.

Santa Pau, que pretendió levantar el cerco y aprovisionar la plaza, tuvo que retroceder por no exponerse á una derrota.

Entonces el general Palacios nombrado á la sazón capitán general de Valencia, acudió en socorro de Morella.

Encontró el general Palacios alguna resistencia, que fué vencida al fin por la eficaz ayuda de la artillería.

Los carlistas se retiraron hacia Benasal.

De noche era, y aún se peleaba para ocupar la Muela de Ares. Obtuvieron la victoria los republicanos. Las bajas de ambos combatientes pasaron de trescientas.

Si en Andalucía no pudieron los carlistas organizar partida ninguna, á pesar de suscribirse lista de adeptos, en cambio en sólo una provincia, la de Sevilla, recaudaron en Julio más de 200,000 pesetas con destino al mantenimiento de la guerra.

En Pinar del Rincón y en Bocairente hubo empeñados combates. Las fuerzas de Weyler y los carlistas lucharon con arrojo; perdiéronse y recuperáronse dos cañones. Tal fué el encarnizamiento con que se peleó, que, después de cuatro terribles cargas á la bayoneta, hubo pedazo de terreno donde se contaron hasta 14 cadáveres.

Tras de algunas otras correrías sin importancia, marchó Santés á Mogente; se apoderó de 118 caballos de la requisa hecha en Valencia por el Gobierno y de los



Salvador Palacios.

soldados que los escoltaban. Fué á Chelva después, donde tenía amigos que le agasajaron, permaneciendo en la ciudad hasta pasadas la festividad de últimos y de primeros de año.

Empeoraba de día en día la situación de Cataluña. Contribuyó, en parte, la insubordinación del ejército. Velarde fué recibido á tiros en Igualada por los insubordinados. Hubo regimiento que gritó «¡Abajo los galones!» y algunos otros que, tomando por tiranos á sus generales, les desobedecieron.

Pero si cometió faltas el ejército, no incurrieron en menores los facciosos. Divididos entre sí, carecían de esa unidad de acción y de mando tan precisa á la táctica de la guerra.

No fué posible la formación de un ejército regular, como tampoco lo había sido en anteriores etapas. Los carlistas catalanes seguían formando y engrosando sus partidas; pero nada más. Enemigos de toda organización militar, gustaban de hacer vida aventurera. Peleaban por mostrar sólo su denuedo y arrojo, sin admitir otra jefatura que la del cabecilla, y éste jamás quería reconocer la superioridad jerárquica de otro. En muchas ocasiones, la rivalidad y los celos les impidió auxiliarse. Desconfiaban de cuanto significase reglas estratégicas, operaciones tácticas y guerra franca.

Existió siempre entre militares y guerrilleros tal antagonismo, que se amenazaron de muerte, y aún hubo veces en que llegaron á las manos.

No querían jefes sino del país, lo cual retrajo de presentarse á muchos oficiales de ejército.

Los facciosos catalanes se decían de Savalls, de Tristany, de cualquiera otro guerrillero; pero no se denominaban carlistas.

Cada partida, atenta á realizar su particular objetivo, buscaba no más que el éxito del momento, ora entrando en poblaciones de importancia para cobrar fuertes tributos y vengar personales agravios, ora para tender celadas al enemigo, nunca para poseer de un modo permanente tal punto estratégico ó determinada ciudad.

La característica de su lucha consistía en su movilidad y largas y penosas marchas.

Era tal la libertad y los movimientos de las partidas carlistas en las cuatro provincias catalanas que, mientras Tristany descendía de las alturas de Montblanch y se apoderaba de Tolva y dominaba la orilla del Caxigar, bloqueando con Miret á Berga y Puigcerdá, Vallés atacaba pueblos importantes de la orilla del Ebro, y Quico y otros cabecillas llegaban á la vista de Lérida.

Entretanto, el general Velarde ordenaba, el 18 de Mayo, levantar un somatén general, debiendo incorporarse á las columnas todos los varones de 14 á 60 años inclusive; obligábaseles á llevar las armas blancas ó de fuego que poseyeran. Surgieron dificultades y el somatén no se organizó.

A consecuencia de haberse mandado retirar los destacamentos de las pequeñas poblaciones para engrosar con ellos las columnas que operaban, la Junta de

Salvación y defensa de Cataluña propuso al Gobierno el servicio forzoso, la reorganización del ejército, la adquisición de 50,000 fusiles y varias otras medidas de carácter económico.

Substituyó á Velarde en el mando de Cataluña el general Patiño.

Limitadas las operaciones á las comarcas más llanas y mejor fortificadas, los carlistas eran dueños absolutos de los puntos montañosos, llegando á veces en sus correrías hasta el antiguo reino de Aragón y Valencia.

Heroica fué la resistencia que opuso á los carlistas Caldas de Montbuy. En su



Savalls y su Estado Mayor.

auxilio acudieron los voluntarios de Sentmanat, Sabadell y Granollers. Las bajas de los carlistas fueron numerosas.

Consecuencia natural del estado en que se encontraba el ejército fué el triunfo obtenido por los carlistas en Oristá sobre fuerzas republicanas.

Hiciéronse dueños los facciosos de las piezas de artillería que llevaba la columna contra quien hubieron de combatir. La infantería huyó á la desbandada sin oponer resistencia, á pesar del esfuerzo que hizo por contener á los soldados

uno de sus oficiales, que murió en cumplimiento de su deber, al igual que un artillero, abrazado á la pieza que servía.

Las fuerzas de Martínez Campos llegaron á tiempo de rescatar uno de los cañones.

Contribuyó en parte al fomento de la indisciplina el poco tacto del Gobierno, que concedió el mando de no pocos batallones á jefes totalmente desprestigiados.

Martínez Campos manifestó al ministro de la Guerra que, ó aquellos jefes no tomaban posesión de sus mandos, ó él dejaba el distrito.

La acción de Albiol, ganada por los carlistas, fué una de las páginas más indignas de su historia, con tener tantas aquella guerra. Después del triunfo, los



heridos y prisioneros fueron muertos á bayonetazos en el campo mismo de batalla. Enorme sensación produjo en todas partes tan horrible crimen. Mandaban las fuerzas republicanas el diputado á Cortes don Pedro Bobé y el presidente de la diputación de Reus, señor Estivil.

Asediada Berga, intimaron los carlistas, el 8 de Agosto, la rendición. Si fué vigorosa la defensa no lo fué menos el ataque.

Viendo los facciosos que no era pronta ni fácil la toma de Berga, concentraron sus esfuerzos en impedir su abastecimiento y auxilio.

Mandado en socorro de la plaza el brigadier Cañas con una columna de cuatro

mil hombres, trabáronse combates parciales, todos ellos rudos. Cañas forzó el paso del puente de la Granota; burló al enemigo, apostado en Gironella, cuyos desfiladeros se hallaban fortificados, obstruidos los puentes y la carretera. Victoriosa entró en Berga, con el convoy que custodiaba, la columna liberal. Las fuerzas que batió Cañas se componían de 4,500 infantes y 250 caballos; mandábalas Savalls, Miret, Tristany y Huguet. Las bajas pasaron de 500.

Presentada por Salmerón la dimisión de la presidencia del Poder Ejecutivo, le substituyó Castelar, quien confirió el mando del ejército de Cataluña á don José Turón y Prats, sucesor de don Juan Acosta.

Llevaba Turón amplias facultades para restablecer la disciplina.

Desarmó la mayor parte de batallones de voluntarios, más como medida política que como necesidad impuesta por la nueva organización. Conservó los de francos, pero á reserva de disolverlos en su día. En el desarme de los voluntarios no se tuvo en cuenta los eminentes servicios que prestaron á la causa de la libertad y la República; pero como eran elementos de fuerza que en cualquiera justificada ocasión podían estar en frente del poder público, creyó conveniente el Gobierno, para su mejor salvaguardia, desarmarlos á pretexto de reorganizar el ejército y disciplinarlo.

Se componía á la sazón el de Cataluña de nueve batallones de 200 á 300 plazas cada uno, que sumaban en total unos 18,000 infantes, sobre 1,200 jinetes, 20 piezas de montaña y 20 de batalla. Con estas fuerzas formó Turón varias brigadas de operaciones.

Mandaba Reyes la de Gerona, Franch la de Lérida, Salamanca la de Tarragona, una de 1,000 hombres para el llano, y Macías la que operaba en la montaña.

Necesitando los carlistas reparar el descalabro sufrido en Montbuy y Berga, Don Alfonso, al frente de 2,000 infantes, 100 caballos y tres piezas de artillería, cayeron sobre Tortellá, que tras rudo combate quedó destruída.

Casi á la vez Baró, Cercós y el cura Fliz sorprendieron á Valls, que abandonaron inmediatamente por haber acudido en su socorro el Fijo de Ceuta con algunos voluntarios de Barberá, Picamoixons, La Riva y otras poblaciones.

Habían establecido los carlistas su cuartel general en la provincia de Gerona como la más montañosa. Sin embargo, merodeaban por todo Cataluña.

Invadieron los carlistas la Junquera, y después de algunas horas de combate hubieron de cejar en su propósito.



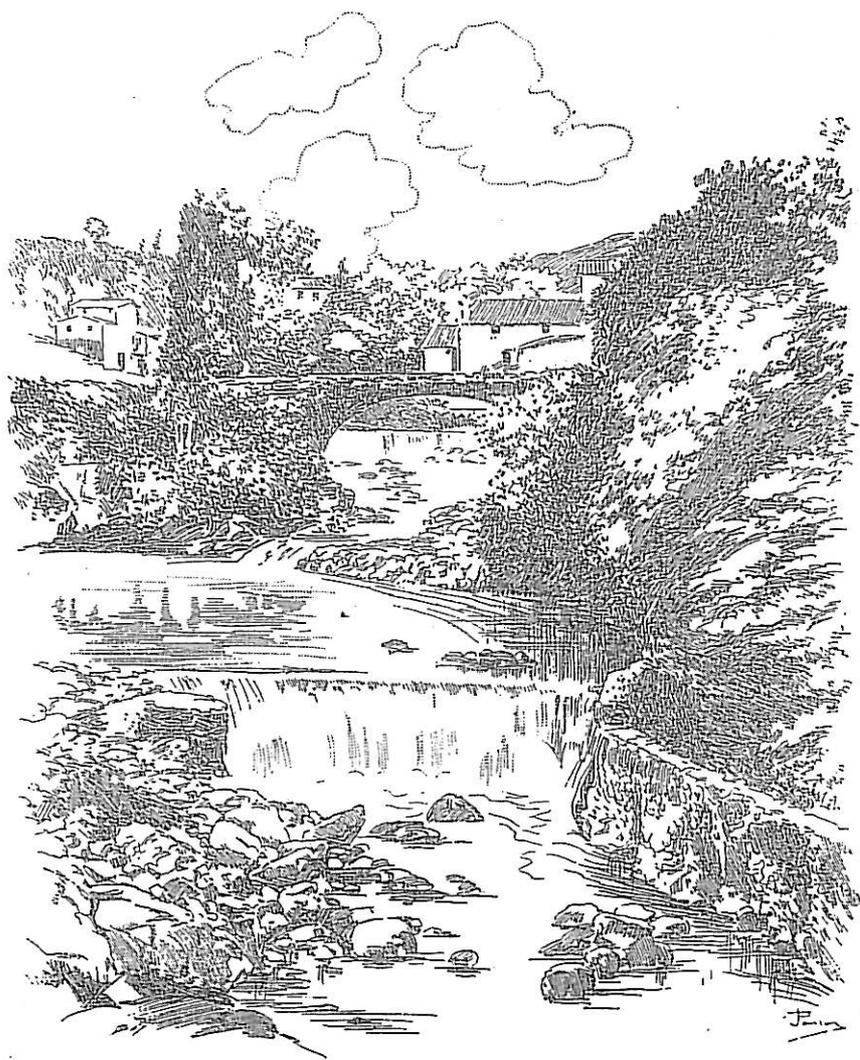
José Turón y Prats.

Era también campo predilecto de sus correrías la provincia de Tarragona. En Prades tuvieron un encuentro con la columna de Maturana.

Al atravesar la columna el barranco de Pagés, los carlistas, que se hallaban apostados en las alturas del camino, rompieron el fuego. Contestaron los republicanos, arrojando de las alturas á su enemigo. Siguió su avance la columna, protegida por la caballería; mas, cercados los liberales por nuevas fuerzas, viéronse dentro de un círculo de fuego.

De 450 infantes y 18 jinetes de que se componía la columna, perdieron la vida una treintena de soldados y el jefe de la misma, Maturana.

Los carlistas entraron vencedores en Prades con 170 prisioneros y un cañón de montaña cogido en la acción.



OLOT — La Caña.

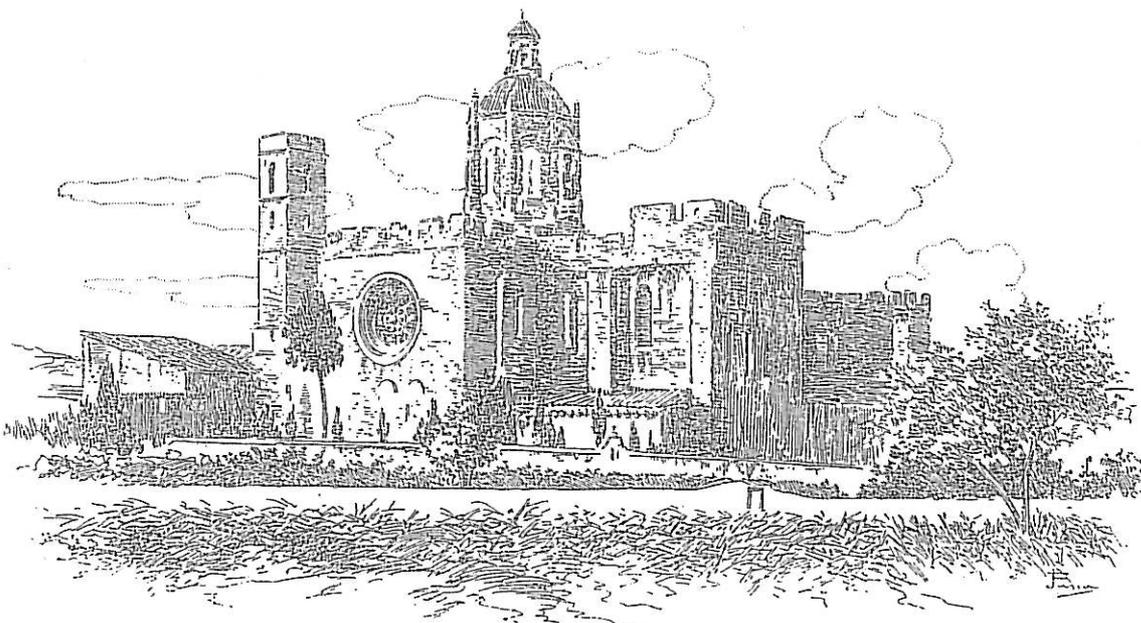
En tanto, Savalls llegaba casi á las puertas de Barcelona, bloqueaba muchos de los pueblos inmediatos, cañoneaba durante cuatro días la villa de Olot, hacía capitular á los voluntarios de Cardedeu, á cuya iglesia y casas consistoriales prendió fuego, cometiendo el salvajismo de fusilar á los que se le habían rendido.

Por el bajo Ampurdán merodearon también á sus anchas. Miret y Tristany estuvieron varios días en Igualada sin ser molestados. A mediados de Noviembre quisieron de noche asaltar de nuevo el castillo de la ciudad de Berga. Fueron rechazados cuando tenían ya las escaleras al pie de las murallas.

Era la guerra de Cataluña distinta de la del Norte y aun de mayor gravedad, si cabe, por el modo de pelear y salvaje independencia de las facciones, hasta tal punto, que Don Alfonso marchó á Estella á exponer sus quejas á Don Carlos.

Los cabecillas obedecían sus órdenes, no atreviéndose á tomar enérgicas medidas contra los tales, por temor á verse desacatado y abandonado por los voluntarios.

Como fueran graves los cargos formulados por Don Alfonso, se relevó á Castells del mando que tenía. Retiróse á Francia, Tristany, depuesto también de su autoridad, permaneciendo oculto una temporada, y Savalls, arrestado por desacato á Don Alfonso, fué puesto á los pocos días en libertad, ordenándosele volver de nuevo á Cataluña, á pesar de ser el más díscolo de todos.



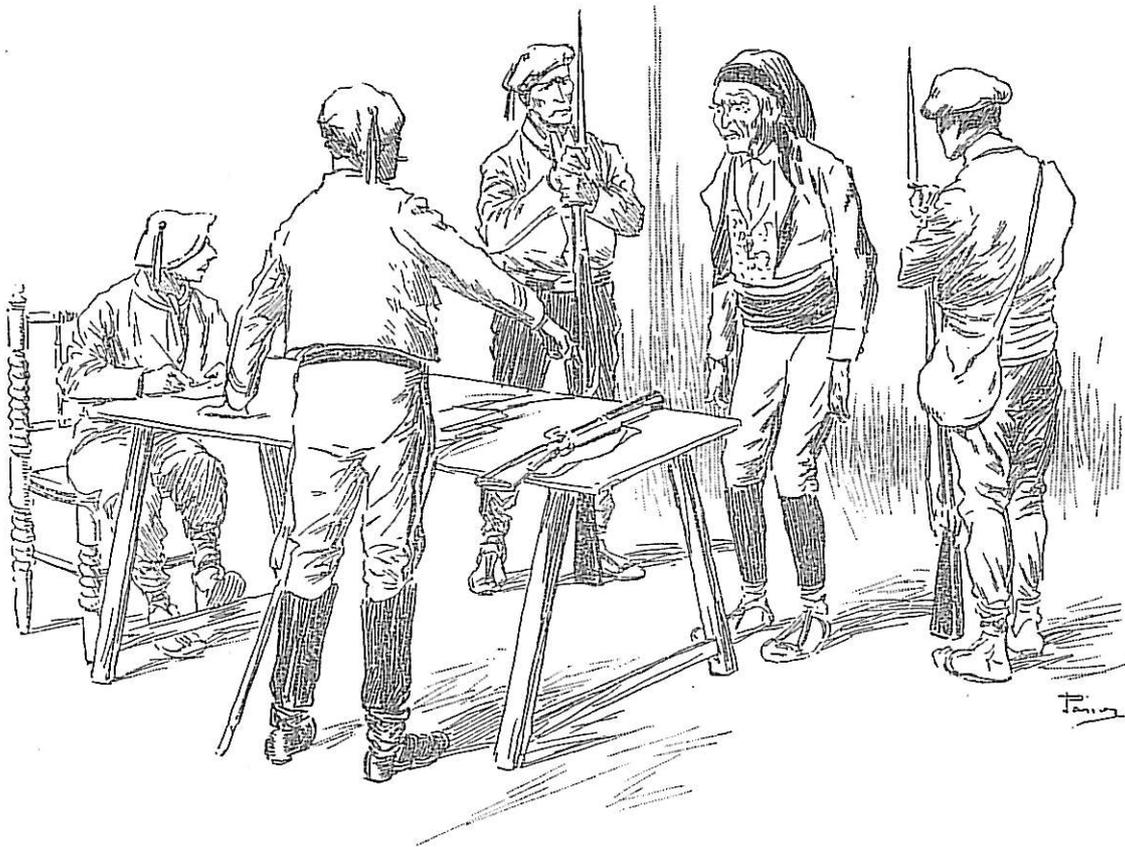
CATALUÑA — Monasterio de Santas Creus.

Había encarnado en estos cabecillas el antiguo espíritu carlista, mezcla de ferocidad y de fanatismo religioso.

Indignos de toda consideración y de todo respeto, disfrutaban sin embargo del favor de Don Carlos, que en defensa de su causa y por decoro propio debiera de haberlos desautorizado.

Hubo jefes de partida cuya táctica se redujo á sacar de los pueblos la mayor suma posible de dinero, guardando los procedimientos que para ello emplearan muy estrecha relación con la conducta seguida en todos los tiempos por el bandolerismo.

Poco escrupulosos, no daban cuenta á nadie de sus cobros, así que muchos de los que empezaron la guerra pobres la concluyeron ricos, viéndoseles en la emigración rodeados de comodidades.



Tuvo el cura Santa Cruz un émulo de sus hazañas, y fué éste Félix Domingo Rosa Samaniego, del cual dice un historiógrafo que cuando había que hacer una atrocidad, Samaniego era el encargado de realizarla, llegando á tal punto su ferocidad y astucia que siempre hizo más de lo que se le había ordenado.

Era Samaniego un licenciado de presidio condenado por la Audiencia de Pamplona á cuatro años y cuatro meses de presidio menor por un hurto, y á veinte meses de presidio correccional por otro.

Ayudado de gentes de su jaez, como el *Ratón* y el *Gergón*, arrojaba vivos á la mina de Igusquiza á cuantos convenía que desaparecieran, fueran prisioneros en guerra franca ó no.

Más de 150 personas murieron destrozadas en el fondo de aquel horrible abismo, como lo comprueba la declaración de cuarenta y dos testigos, presenciales los unos y de referencia los otros, que depusieron en la causa que se le formó.

El resultado de las diligencias instruidas para el caso dicen:

« Declararon en estas diligencias cuarenta y dos personas, y todas ellas, á excepción de dos, manifestaron haber presenciado ú oído referir luchas diferentes ó iguales, atribuyendo la comisión de crímenes sin cuento á Rosa Samaniego y á su gente.

» Doña Francisca Bustamante, al folio 2, acusa á Rosa de la muerte de Sebastián Zubieta, su marido, á quien arrojó á la sima, y Pedro Chasco, al folio 39 cree que así sucedió.

» Eleuterio Sanz y Andrés Beliu, folio 16 y 19, ambos vueltos, presos en Estella, recuerdan haber oído á sus compañeros de cárcel hablar de la muerte de un alguacil de Pamplona.

» José María Amadeo, preso como los anteriores, oyó referir que á un soldado de cazadores, prisionero, le arrojaron á la sima.

» Ramón Carizo, al folio 33, sabe de voz pública que los arrojados á la sima pasan de ciento cincuenta.

» Don Joaquín Pastor, folio 37, recuerda, por haberlo oído referir, la muerte de dos vecinos de Lumbier, que fueron arrojados vivos por Rosa al río Aragón, con piedras atadas al cuerpo, y que habiendo hecho preso el mismo Rosa á un amigo y diciéndole éste que ya sabía la muerte que le esperaba en sus manos, pero que como amigo le suplicaba que no le hiciera padecer mucho, le contestó: « voy á darte gusto », y asestándole una puñalada al pecho, le dejó cadáver.

» Javiera Lastra, Jerónimo Gómez, don Cándido García, Genaro Berraondo, doña María Munarriz y don Angel Echarte, á los folios 40, 44, 45, 49, 58, y 65 respectivamente, confirman lo dicho por los anteriores y manifiestan haber oído referir otros crímenes, siendo muchos más los testigos que declaran también saber, por referencia, que Rosa y su partida son el terror de las gentes del país por los horrorosos hechos que cometen, sirviéndose de la ya citada sima para arrojar á ella sus víctimas.

» María Santos y Paulina Osés, á los folios 66 y 67, ambos vueltos, declaran que, detenidas por el cabecilla, recibieron cincuenta palos, por llevar aguardiente á las tropas, habiéndolas forzado antes de apalearlas.

» Don Gonzalo Pereira y Carasa dice, al folio 7, que detenido por los carlistas como supuesto agente del Gobierno, fué conducido á la cárcel de Estella, donde se encontraban otros presos. A las tres de la mañana del día de San Lorenzo, le sacaron de la cárcel en compañía de un muchacho de Tafalla, de unos quince años de edad, de una joven de Barbarín y de dos hombres, uno de la provincia de Burgos y otro de la de Alava. Conducidos por algunos individuos de la partida de Rosa á la sima de Iguzquiza, les hicieron sentar á la inmediación, trajeron un sacerdote, y después que éste confesó á los cinco, hicieron poner al muchacho de rodillas al borde de la sima y de espalda á ella. Uno que hacía de jefe, y se titulaba teniente, le preguntó quién fué el hombre que le dió el parte, á lo cual contestó el muchacho que no le conoció porque era de noche, y que le había llevado al general porque le amenazaron; entonces *Gergón* le dió un bayonetazo, diciéndole: « ahí tienes el pago », cayendo el muchacho al precipicio. Seguidamente colocaron á la joven en igual posición, y sin dirigirle pregunta alguna, se acercó el cabo *Ratón* y asestándole un bayonetazo al pecho, la arrojó á la sima. Al declarante y á los otros dos hombres, después de amenazarles con la misma

muerte si no hacían las confesiones que les exigían, les volvieron á la cárcel de Estella, de la cual salió el Vicente algún tiempo después en libertad.

» El testigo José María Amado, al folio 60, vuelto, abona en parte esta declaración, pues afirma haberse encontrado en la cárcel de Estella con el abogado don Gonzalo Pereira.

» Las declaraciones de Melchor Ayucar, Nemesio Maeztu y Pedro Echevarría, obrantes á los folios 105, 108 y 112, dan cuenta de un crecido número de crímenes, por haber asistido á su ejecución como individuos de la partida de Rosa, hallándose entre las víctimas, cuyos nombres en muchos casos desconocen, dos muchachos aragoneses á quienes mandó fusilar Rosa; un anciano, al cual, después de maltratado, le mató de un tiro un partidario llamado Demetrio; un vecino de Estella, á quien apalearon hasta dejarlo por muerto; cinco individuos que fueron arrojados al Ega, atados con cuerdas, y cuyos cadáveres salieron á flor de agua algunos días más tarde; un hombre de edad, arrojado también al mismo río y rematado á tiros después de caer en el agua; un paisano de la Amézcoa, muerto á tiros por los partidarios de Joaquín Sanz y Aniceto, precipitado después



á la sima de Loguiz; dos muchachas jóvenes, después de cortarlas el pelo, fueron muertas á tiros por *Gergón* y otros partidarios, y arrojados sus cadáveres á la sima; dos paisanos de Genevilla y uno de Villatuerta, llamado Hipólito, que sufrieron la misma muerte; dos muchachos, uno de Villatuerta y otro de Cirauqui

arrojados también á la sima; un paisano de Aldeanueva y cinco más, entre ellos el pregonero de Estella, que recibieron parecida muerte, y otros muchos más de que han oído hablar.

» Los mismos acusados Rosa, *Gergón*, *el Ratón* y otros, han confesado algunos de sus crímenes, á presencia de los testigos don Juan Ucaz, Rabil Vicente, Juan Echevarri y otros, que declaran en estas diligencias, diciendo Rosa: «yo soy Rosa, pero huelo muy mal, especialmente para los liberales, que he de matar á todos»; jactándose los segundos de sus crímenes, que decían cometían por orden del primero, y manifestando *Gergón* que las manchas de sangre que veían en su manta eran de tres *quirís*, á quienes había degollado.

» Por último, se hace manifestación por algunos testigos, de que Rosa llevó á cabo varios hechos de los referidos por orden de los jefes carlistas, y la entrega á este partidario y á los individuos que mandaba de los presos de la cárcel de Estella, que eran conducidos al sacrificio, prueba que, ó se hacía por orden de aquéllos, ó al menos con su conocimiento.»

* * *

No fué, con todo, la guerra carlista en la época de la República, ni tan cruenta ni potente como durante los Gobiernos de 3 de Enero y de 13 de Mayo de 1874.

En estos períodos consiguieron los carlistas ventajas de importancia. Dominaron ciudades que no alcanzaron á conquistar durante la guerra de los siete años, y organizaron tan perfectamente su artillería, que entre los cañones cõgidos al ejército y los fabricados por ellos llegaron á tener cerca de 100 piezas.

Restablecida la disciplina, y aumentado considerablemente el ejército, no había por qué decretar la muerte de la institución republicana.

Documentos oficiales demuestran que la República había reforzado grandemente el ejército.

Infantería, 31,500 hombres; artillería, 3,500; caballería, 3,800; ingenieros, 1,100; obreros de administración, 300; cuerpo de sanidad, 3,500; guardia civil y carabineros, 900, y marina, 2,700. Agréguese á estas fuerzas las que se batieron dentro y fuera de los muros de Cartagena, y se tendrá un total de 49,100 hombres.

Habíanse adquirido, además, 60,000 vestuarios; 30,000 mantas para cuarteles y 30,000 de campamento.

Construyéronse en la fábrica de Oviedo, en el plazo de tres meses, 9,000 fusiles, 3,000 tercerolas Remington, y adquirióse 30,000 fusiles del mismo sistema; contratados fueron otros 3,000 y dispuesta estaba la misma fábrica á construir cuarenta mil más.

Las de Sevilla y Toledo fabricaban tres millones de cartuchos mensuales, y Sevilla y Trubia, buen número de proyectiles para cañones. Además, se había contratado con dos casas inglesas 20 millones de cartuchos, por no ser suficiente el número de los que producían nuestras fábricas.

A los regimientos de artillería se les había aumentado las sextas baterías con seis piezas cada una y mejorado las de montaña por el nuevo sistema del capitán Plasencia. Requisado se había 2,500 caballos y establecido sobre la base del Ebro depósitos con 1.445,000 raciones de etapa para la tropa y 185,000 de pienso para las caballerías. Habíase, además, contratado 200 acémilas y 20 carros entoldados de cuatro mulas.

Ya hemos apuntado el desagrado con que la opinión acogió la retirada de Moriones á Castro Urdiales, retirada tanto más incomprensible cuanto que los carlistas hubieran sido batidos en Azpeitia.

Pero Moriones, en vez de seguir operando contra el enemigo, sin darle tregua ni descanso, creyó preferible, á instancias de Sánchez Bregua, ministro de la Guerra del último Gabinete de la República, establecerse en el Ebro, y apoyado en Santoña aguardar el golpe de Estado del 3 de Enero, para caer con las tropas sobre Madrid, á fin de secundar á Pavía si era preciso.

Cuando tuvo seguridad de que el ejército se había adherido á lo hecho por Pavía, reanudó las operaciones.

En tanto, los carlistas, pudiendo ya ofrecer algunas garantías, comenzaron á negociar empréstitos en el extranjero. Determinaron nombrar Juntas de armamento y defensa, de ministros y otras auxiliares de las Diputaciones, que eran en sí un verdadero Estado, con sus organismos de Hacienda, Guerra, Gobernación y Administración pública.

Aunque cada provincia tenía sus Juntas y cada provincia su Diputación, es lo cierto que esas Juntas deliberaban á veces reunidas sobre lo que era común á todas: el pago de arbitrios y el arreglo de correos y telégrafos.

Vizcaya constituyó la Junta de Merindades, que impuso al país la contribución de algunos millones para el sostenimiento de la guerra.

Sirvieron aquellas Juntas y diputaciones de poderoso auxilio á la causa, pero no siempre reinó entre las Juntas y los jefes militares la mejor armonía, especialmente en las operaciones combinadas, pues cada provincia quería tener su ejército para su territorio y que nadie más que aquél operase en ella.

Estos jefes, aunque valientes, carecían de la audacia de los expedicionarios de la primera guerra. Solamente Santés, en el Oriente de España, realizó frecuentes y atrevidas excursiones, coronadas por un feliz éxito. Por dos veces recorrió una llanura de 50 leguas.

Elío, por su edad y temperamento indolente, carecía de esa actividad tan precisa en las guerras civiles. Lizárraga, más fervoroso cristiano que estratégico, supo batirse, pero no combinar un plan; Dorregaray, excelente organizador, carecía de otras cualidades militares; Valdespina, aunque estudió ciencia militar, no se distinguió practicándola. Unase á esto la honda división que los minaba, y tendremos datos suficientes para saber por qué el carlismo, á pesar de los elementos con que contara y de las favorables circunstancias en que se produjo, se hallaba incapacitado para obtener el triunfo.

Cuando el ejército del Pretendiente se reunió en el monasterio de Loyola, se vió, por el acuerdo que tomaron consejeros y jefes militares, que á todos ellos faltaba clara inteligencia y denodada osadía.

No tenía el ejército liberal mejores generales que los carlistas.

Los que mandaron los Gobiernos de la República, sobre no saber atraerse la voluntad de los naturales del país donde operaban, carecieron por falta de organización de un buen servicio de espionaje, á lo que se debió el que las columnas fueran constantemente burladas ó sorprendidas por el enemigo.

Grandes esfuerzos hicieron los carlistas por extender su dominación por toda la región Norte de España, mas tanto por Santander como por la parte de Aragón que linda con Navarra y extiende hasta Cataluña, las ideas republicanas habían ganado los ánimos y les era muy difícil á los carlistas conseguir prosélitos.

En frente del ejército del Norte, reunido entre Castro y Santoña, presentáronse los carlistas, cuya línea comprendía 20 batallones que se extendían desde Zornoza á la vista de Somorrostro hasta Valmaseda, donde estableció Don Carlos su cuartel general.

En la segunda decena de Enero marchó Moriones á Medina de Pomar, y desde allí á Miranda de Ebro.

Reconcentradas en Miranda las fuerzas liberales, se aseguró el camino que conduce á Vitoria, interceptado hasta entonces por el enemigo.

Hecho esto, marchó Moriones el 30 del mismo mes á reconquistar La Guardia.

Roto el fuego de la artillería, se abrió brecha en el muro. Colocada la infantería lo más cerca posible, se impidió á los carlistas reparar los desperfectos causados.

El 1.º de Febrero, una columna de 500 hombres, mandada por un brigadier y dividida en dos ramas llegó, sin que la arredrara el fuego enemigo, hasta muy cerca de los muros. Comprendiendo los carlistas lo inútil de la resistencia, dado el tenaz propósito de los liberales de tomar la plaza, pidieron capitulación. Después de entregar las armas, quedaron los defensores en libertad. Sesenta fueron las bajas del enemigo y un centenar las de los liberales.

Al observar los carlistas que Moriones se había separado de su natural centro de acción, cayeron sobre Portugaleta, que desde Julio del año anterior sufría un molesto asedio.

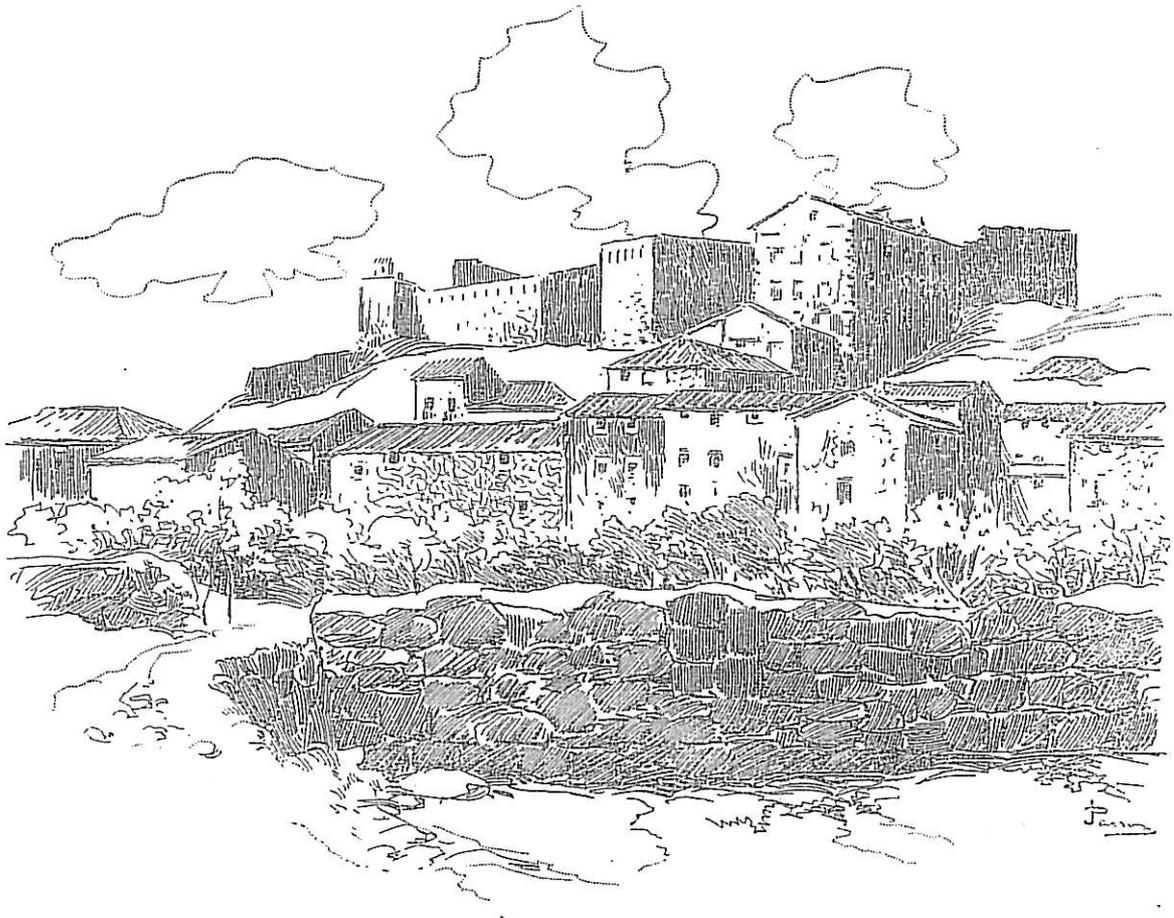
Dorregaray se encargó de la dirección del sitio. Colocaron los carlistas una batería en lo alto de Campazar y las otras á unos 300 metros de distancia.

Intimidada la rendición de la plaza contestaron sus defensores ser inquebrantable su resolución de resistir hasta el último extremo.

Entonces rompieron el fuego los sitiadores, respondiendo las baterías. Arreció el ataque; construyéronse por los carlistas nuevas baterías y parapetos, que causaron enormes desperfectos en las obras de defensa, reparadas en lo posible durante la noche.

La goleta *Buenaventura* y el vapor *Gaditano*, para librarse de la acción de las bombas y granadas, tuvieron que cortar amarras y hacerse á la mar.

La marcha de los buques privó á los defensores de un gran medio de defensa. Unase á esto la explosión de una mina que derruyó toda una manzana de casas, de cuyo terreno se posesionaron los carlistas, y se comprenderá la angustiosa situación de la plaza.



Miranda de Ebro.

Sin medios hábiles de defensa, perdida la esperanza de recibir socorros, sin local donde curar los heridos y temiendo carecer en breve hasta de aguas potables, era inútil prolongar la resistencia.

El jefe militar reunió consejo de oficiales y fué unánime la opinión de que la poderosa artillería enemiga hacía imposible toda defensa, por lo que se acordó capitular. Aún esperaron los defensores la marea de la tarde, por si acudía algún buque en socorro de la villa, y viendo que no, enarbolaron bandera de parlamento.

Resuelta la capitulación, la guarnición salió con armas, banderas y equipajes. Un batallón carlista presentó armas y batió la marcha real. Entregada la bandera, quedaron prisioneros de guerra 481 hombres, y en poder de los carlistas 748 fusiles, 2 cañones, municiones y abundantes efectos.

Era jefe de la guarnición rendida el teniente coronel don Amós Quijada, que mandaba 700 cazadores de Segorbe y una compañía de ingenieros de unas 80 plazas.

En la orden del día 22, dijo Quijada á sus soldados, que su comportamiento no había tenido por premio el triunfo que merecían, que habiéndose agotado todos los recursos y haciendo diez días que envió á decir al general en jefe lo desesperado de la situación y estando la fonda sin fuegos superiores, el convento derribado, la iglesia atravesada por los proyectiles huecos y amenazando ruina; la avanzada del Cristo, depósito de las aguas que bebían, próxima á ser abandonada, dos minas á punto de hacerlas volar, municiones para un día de fuego y completamente aislados del resto de España, era preciso entregar la plaza, quedando todos en depósito hasta que el Gobierno diera la orden para que fueran entregados los prisioneros carlistas que tenía en su poder. Y concluía «la mayor cordura y prudencia en las presentes circunstancias, añadirá un timbre más á las honrosísimas condiciones en que capitulamos, y hará que siempre se diga de nosotros: fueron ochocientos bravos que sucumbieron á 4,000 proyectiles de artillería».

A la vez que Dorregaray rendía á Portugalete, Mendiri, con 2,600 hombres y dos piezas, marchaba por Ramales para caer sobre Santander.

Aunque desprevenida y abandonada, se aprestó Santander á la defensa, viéndose obligado Mendiri á retirarse al saber que el capitán general de Burgos enviaba tropas en defensa de la ciudad.

En situación comprometida hubo de verse Santander por causa de haber ordenado el Gobierno el desarme de los cuerpos francos.

Tan atrevida correría le dió á Mendiri gran prestigio y le proporcionó además soldados, caballos y dinero.

Días antes de la capitulación de Portugalete rindieron los carlistas el destacamento de Luchana y la guarnición del Desierto. Obligaron al destacamento de Olaveaga á replegarse á Deusto y, por último, á Bilbao.

La situación de Bilbao exigía pronto socorro. Estrechado el cerco y aumentándose por los carlistas los medios de sitio con obuses y cañones fundidos en Arteaga con campanas de las iglesias de Vizcaya, corrió Moriones á levantarle, enviando por delante á Primo de Rivera desde Miranda de Ebro.

No era Bilbao una ciudad abierta, pero sí mal fortificada. Componía la guarnición, incluyendo el batallón de voluntarios de la República y de Orduña, y de emigrados, auxiliares, etc., 27 jefes, 260 oficiales y 4,826 individuos de tropa. Contaba esta guarnición con 204 cabezas de ganado caballar y mular.

El servicio de plaza y puntos fuertes destacados prestábanlo un jefe, 21 oficiales y 588 individuos de tropa. Hallábanse, además, en la plaza, por diferentes motivos, varios jefes y oficiales de infantería, la tripulación del *Aspirante*, que prestó servicio como dotación de la batería de marina y el personal de la comandancia de marina y sus agregados.

No habiéndose preocupado el Gobierno de fortificar Bilbao, cuando quiso hacerlo encontráronse los bilbaínos sin ingenieros. Mas por fortuna hallábase en la ciudad con licencia el capitán del cuerpo, señor Mariategui, que proyectó y dirigió la construcción de las defensas más precisas.

Tenía el mando de la villa el comandante general de Vizcaya don Ignacio María del Castillo, que procuró por todos los medios aminorar los efectos del bloqueo, solicitando del Gobierno, aunque en vano, víveres, municiones y refuerzos.

Cerrada por los carlistas la comunicación con el campo y la plaza é interrumpida la navegación por la ría, se paralizó todo comercio. Al intento de los bilbaínos de volar con dinamita los cables



Ignacio María del Castillo.

atravesados en la ría, amontonaron los sitiadores obstáculos y atrincheramientos. Bilbao quedó, pues, incomunicado por agua y tierra, dejándose sentir desde entonces en la ciudad ese cortejo de males subsiguientes á la escasez propia de todo sitio.

Advertidos los carlistas del movimiento de los liberales, marcharon de Navarra á Vizcaya, encaminándose Mendiri de tierra de Estella á Somorrostro, que ocupó la tarde del 15 de Febrero.

« Tiene la ría de Somorrostro á su derecha un pequeño valle, tras el que se levantan formidables montes, que partiendo desde Galdames van por las minas de Ortuella á la carretera que conduce desde Bilbao á Santander, para volver después á extenderse hasta el mar. Estas posiciones, en

cuyo centro se levanta sobre una pequeña altura el pueblecillo de San Pedro Abanto, fueron las escogidas por los carlistas para su defensa, y constituían una línea apoyada en el Montañó, Lucero y el mar por su derecha, y por su izquierda la cadena de montañas que desde Cotarro y monte de Triano conducen á Valmaseda. Defendía su espalda la interceptada ría de Bilbao y la de Somorrostro enfrente.

» El punto culminante de aquella línea ó serie de posiciones era el monte Serantes, que se levanta desde el Montañó á la orilla del mar; dominaba todas las posiciones hasta Portugalete, que quedaba muy á la espalda de la línea carlista, ofreciendo por el frente que da á la ría de Somorrostro, única parte por donde podía ser atacado, muy difícil subida. En cambio, por su proximidad al mar estaba expuesto á los fuegos de la escuadra, que tomaba por blanco de sus cañones las cumbres donde suponía hubiese carlistas. »

A las formidables defensas de aquellos terrenos agregaron los carlistas grandes y espesos parapetos de tierra y piedra, fortines, zanjas y muros de todo género, tras los cuales disparaban presentando escaso blanco al enemigo.

Para ahorrar municiones dióse orden de no hacer disparos contra los liberales hasta no tenerlos á corta distancia.

De 34 batallones que defendían aquel abrupto terreno, siete fueron enviados á las órdenes de Valdespina contra Bilbao, á fin de evitar una posible salida de las tropas que guarnecían la ciudad.

En tanto, Moriones dividió su ejército en dos columnas; una que, al mando de Primo de Rivera, se dirigió hacia Burgos, y la otra, á las órdenes de Moriones, que marchó por Logroño á Navarra.

Tenia por objeto esta operación despistar al enemigo; pero la realidad evidenció que si el verdadero propósito de Moriones era llegar á Santander, por ferrocarril, pasar á Castro-Urdiales y caer sobre Portugalete por Salto-Caballo y Somorrostro, faltábale los medios necesarios de transporte, lo que retrasó por algunos días el comienzo de las operaciones; tiempo que emplearon los carlistas en aglomerar sus fuerzas de Navarra y las Provincias en los desfiladeros por donde tenían que pasar los liberales.

Cometieron los carlistas una grave torpeza, y fué dejarse tomar Andéchaga, por incalificable descuido, el cerro de Salta-Caballo, llave de sus posiciones, torpeza que de haberla sabido aprovechar los liberales hubiera decidido la victoria en su favor en la acción de San Pedro Abanto.

Tomadas tras rudo combate por el ejército las alturas que desde Ontón se extienden hasta los montes de Triano y apoyando su izquierda en el mar, que era por donde había de racionarse, faltábale sin embargo ocupar las de Abanto, Yuso y Santa Juliana, que, formando un semicírculo contra Somorrostro, se hallaban defendidas por los carlistas.

Las avanzadas de Moriones llegaron á Laredo el 13, sorprendiendo algunas fuerzas enemigas que se entregaron sin oponer resistencia.

Siguió Moriones adelante, llegando á San Juan de Somorrostro el 19. Frente á frente ambos combatientes y en formidables posiciones, dejaron transcurrir cinco días, aprovechados en construir parapetos y colocar baterías. Los carlistas se mantuvieron á la defensiva, protegiendo sólo el bombardeo de Bilbao, que comenzó el 21.

Ya el 24, decidido por Moriones el ataque y avance, el brigadier Blanco tomó el puente de Somorrostro y se posesionó de las casas de la derecha de la ría, mientras que el general Tello efectuaba un reconocimiento por la altura de la derecha.

En tanto, Moriones circulaba las órdenes precisas para el ataque del día siguiente.

A fin de proteger el paso de las fuerzas por el río, rompió la artillería el fuego.

No habían aún llegado á pasar á la orilla opuesta, cuando los carlistas, ocultos en las trincheras y reductos construídos en las empinadas laderas del Montañón, hicieron mortífero fuego sobre los liberales. Treparon éstos con arrojo por aquellas inaccesibles montañas, mientras por el centro y la derecha atacaban otras fuerzas.

Viendo los carlistas que eran atacados de frente y por la derecha, puntos los menos vulnerables de su línea, concentraron sobre ellos sus esfuerzos.

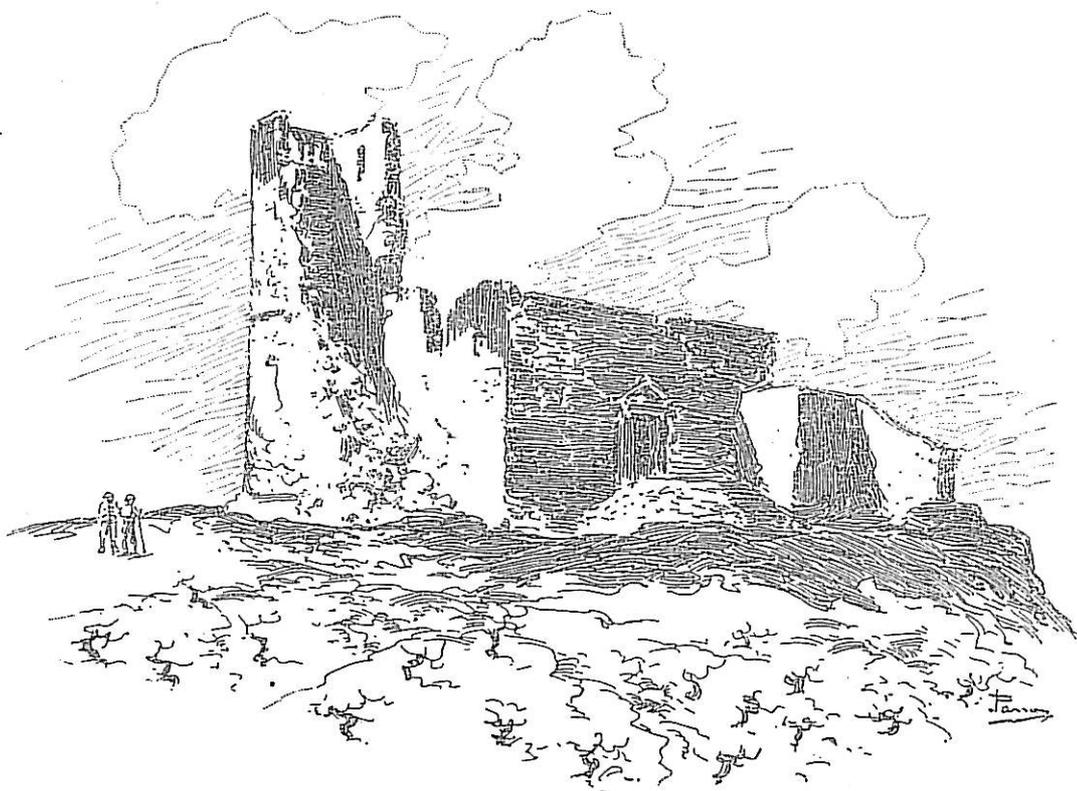
Seguían trepando los liberales bajo una lluvia de fuego, pero no llegaban á coronar el Montaña, á pesar de los refuerzos enviados por Moriones.

Entonces, los carlistas iniciaron un movimiento de avance; pero Andía colocó á las fuerzas de ingenieros en posición de contenerle.

Sufriendo pérdidas horrorosas, no solamente por el nutridísimo fuego que les hicieron, sino hasta por el choque de las enormes piedras que dejaba resbalar el enemigo, los liberales empezaron á retroceder.

Lánzase entonces Moriones con todo su Estado Mayor á contener la retirada. Rehácense las tropas y vuelven á ocupar sus posiciones.

Trepan de nuevo con indomable arrojo, y por fin, coronan la cumbre de Mautes, dejando sembradas aquellas laderas de cientos de cadáveres. Ya en la cumbre, los soldados de uno y otro ejército se confunden, luchan cuerpo á cuerpo, pero el enemigo envía refuerzos á sus tropas, se dan cargas á la bayoneta y no consiguiendo Andía continuar su movimiento de avance, los heroicos defensores



San Pedro Abanto.

de la libertad abandonan la cima y comienzan á descender la montaña. Los carlistas entonces se ceban en los que huyen. La mortandad es horrible.

Y mientras, la trinchera de San Pedro continúa haciendo fuego por descargas cerradas sin intermitencias.

Llega la noche y Moriones ordena á los soldados replegarse. El fracaso de su plan es evidente, la derrota completa. Envalentonados los carlistas, cargan á la

bayoneta, desalojando de la torre de San Martín y de unas casas próximas á San Pedro, á los liberales.

La escuadra, que había tomado también parte en la acción, dirigió sus fuegos sobre Portugaleta, Santurce y Algorta, sin causar grandes daños.

Al contar las bajas se vió que excedían de 1,000 por cada parte. En la relación de heridos figuraban el brigadier Minguella, los coroneles Mariné y Sierra, Castelló, Gobar y Ferrer de Couto y gran número de oficiales. En poder de los carlistas quedaron centenares de fusiles y muchas municiones.

Moriones expidió en el acto al Gobierno este telegrama:

« *Cuartel general de la Rigada, 25 Febrero.*—El ejército no ha podido forzar los reductos y trincheras de San Pedro Abanto y su línea. Ha quedado quebrantado. Es urgentísimo vengan refuerzos y otro general á encargarse del mando. Se han inutilizado, haciendo fuego, seis piezas de 10 centímetros. Conservo las posiciones de Somorrostro y las posiciones de Castro. »

Don Carlos nombró á Ollo Conde de Somorrostro por haber dirigido con acierto y fortuna la batalla. Los carlistas celebraron su triunfo; pero no se aventuraron á tomar la ofensiva. De haber sabido aprovechar su victoria, habrían interceptado á Moriones su comunicación por tierra y entonces la situación del ejército liberal hubiera sido por extremo difícil. La superioridad numérica de los carlistas y las excelentes armas modernas que usaban á la sazón no fueron suficientes á quebrantar el valor del soldado.

Profunda sensación causó en el Gobierno el telegrama de Moriones. En la conferencia que celebraron el ministro de la Guerra y el Duque de la Torre acordaron convocar en el acto Consejo de Ministros. En él ofrecióse el Presidente á tomar el mando del ejército del Norte, proposición que fué aceptada por sus compañeros.

Siguiendo el Gobierno las indicaciones de Moriones, acordó aumentar el ejército con 8,000 individuos de la clase de tropa, 500 ingenieros, 2 piezas rayadas de á 16, ocho baterías, 50 carros de arrastre, 200 acémilas de carga, municiones de boca y guerra y 3 coroneles, 5 tenientes coroneles, 12 comandantes, 40 capitanes y 10 subalternos, cuyas fuerzas se incorporaron el 4 de Marzo á las que operaban en el Norte. De 11,000 hombres que tenía el ejército alcanzó con el nuevo refuerzo la cifra de 20,000, ó sean 38 batallones, 7 compañías de ingenieros, 140 guardias civiles y 46 cañones. Jefe de Estado Mayor fué nombrado el general López Domínguez.

Ordenó Serrano que el general Loma abandonara á Tolosa y se le incorporase en Somorrostro.

Esta medida causó en la población profundo disgusto, al extremo de que al evacuar la villa las tropas, abandonaron sus hogares más de 1,000 tolosanos y 300 voluntarios. Habíase portado Tolosa heroicamente. Más de 60,000 duros alcanzaba por adelantos al ejército. A sus expensas se habían hecho obras importantes de defensa y asistido á 600 heridos y 2,000 enfermos.

No bien evacuaron la villa los liberales, entraron de nuevo en ella los carlistas; mas el gobernador militar, señor Crespo, antes de entregar las llaves de la plaza á los secuaces de Don Carlos, las arrojó al río.

La división del general Loma, compuesta de 9,500 hombres de desembarco, con su correspondiente dotación de artillería, zarpó de Santoña el 19 de Marzo, en 25 buques de guerra y mercantes y más de 40 pequeñas embarcaciones. Mandaba la escuadra el ministro de Marina señor Topete, y el señor Barcáiztegui.

Combinado por el general Serrano el plan de ataque á las posiciones enemigas, con el desembarco en Algorta de la división de Loma, sólo esperaba la señal convenida de la escuadra; pero ésta tornó de arribada á Santoña, á causa de lo picado de la mar y de no ser posible, según los prácticos, el desembarco. Frustrado el plan de operar á la vista de Bilbao para que la población no perdiera la confianza de su inmediato socorro, según se había resuelto en Consejo de generales el 18, y siendo ya base obligada de operaciones la línea de Somorrostro, se



José M.ª de Loma.

suspendió el movimiento de avance preparado para el amanecer del 20. En vista de ello y de haberse opuesto la marina á un nuevo intento de desembarco, reunió el Duque de la Torre un nuevo Consejo de generales que discutió sobre los medios de llevar á cabo la operación de forzar la línea enemiga.

Propuso Primo de Rivera envolver la izquierda carlista por los montes de Triano, por ser el punto más vulnerable del enemigo, ofreciéndose á realizar la operación, concebida según los datos del terreno que el cura de Somorrostro le había facilitado.

Accedió el Duque de la Torre á lo propuesto, otorgándole su confianza y dejándole en libertad de hacer lo que creyera oportuno para el mejor éxito de la empresa.

A fin de facilitar la operación, se ordenó á los generales Loma y Letona que amagasen un rudo ataque sobre las posiciones de Montano y San Pedro Abanto, con el objeto de distraer las fuerzas carlistas del verdadero punto de ataque. Ordenóse á la vez á otros generales que secundasen con vigor á Primo de Rivera. Diéronsele á éste 16 batallones, una batería de montaña y dos compañías de ingenieros. A Loma, 9 batallones y dos compañías de ingenieros. Al general Letona, 4 batallones y una compañía de ingenieros. Quedaron en Somorrostro, á las órdenes del general Andía, 8 batallones en reserva, y 4 á las del general Cata-

lán, cubriendo la línea de comunicaciones con Castro. La artillería fué repartida convenientemente para proteger los movimientos de las fuerzas. A la marina se le ordenó que ayudase con sus fuegos por la desembocadura de la ría la acción del general Letona.

Al amanecer del día 25 de Marzo se ponen las tropas en movimiento y á la



Portugaleta.

vez que los buques de guerra cañoneaban Portugaleta, Las Arenas y Santurce, la artillería rompía el fuego con vigor desde Jauco y Arenilla.

El general Loma pasaba el puente de Somorrostro, acometía por el centro y lograba apoderarse del barrio de las Carreras, mientras que Letona, por el puente de Musques, ocupaba á San Martín, atrincherándose en sus casas.

En tanto, Primo de Rivera ascendía á la Campa por el lomo del portillo de Cortes. El fuego de sus 34 piezas de artillería obligó á replegarse al batallón carlista, que defendía el paso. Siguió su avance Primo de Rivera y su artillería, disparando sobre el pico del Cuervo. El choque de las balas y granadas contra las rocas arrancan pedazos que son nuevos proyectiles que hieren á los que tras de ellas se guarecen.

No siéndoles posible á los carlistas sostenerse en posición tan peligrosa ascienden á otros picos más altos. El pico del Cuervo estaba, pues, en poder de Primo de Rivera; pero en vez de seguir adelante, como se lo imponía la necesidad y se lo aconsejaban los fáciles obstáculos que hasta entonces hubo vencido, en-

tratiénese en una operación secundaria, y cuando torna de nuevo al ataque de frente, se encuentra con que los carlistas habían enviado á los suyos considerables refuerzos.

El mismo Primo de Rivera reconoce su error cuando, por medio de un su ayudante, dice al Duque de la Torre: «Fracasado el objetivo de la operación, disponga V. E. de estas tropas como tenga por conveniente.»

Obstinado Primo de Rivera en su error, de nada le sirve una orden del general en jefe para que extreme su ataque conforme á lo convenido. Da lugar con su inacción á que los carlistas tracen su nueva línea de defensa en el mismo pico de Cortes.

La llegada de la noche suspendió el combate, que se había extendido por la derecha y centro.

Al amanecer del siguiente día continuó la lucha. Catorce horas duró aquel rudo bregar, sin conseguir ventaja decisiva ninguno de los combatientes.

La derecha liberal no logró su objeto de envolver la izquierda enemiga. En el centro fué la lucha más reñida.

Loma ocupó las Carreras; Letona, desde San Martín, se puso en contacto con Loma; y Primo de Rivera, en vez de seguir su plan, que era coger de revés los atrincheramientos carlistas, se colocó al pie de las fortificaciones, haciendo lo contrario de cuanto Serrano le ordenara. Esto dió lugar á que resultara agrupado el ejército en torno de Loma, y como acuñado y envuelto por las trincheras enemigas, no quedándoles á los liberales otro recurso que asaltar de frente los atrincheramientos, lo cual costó numerosas bajas, aunque no tantas como las del día anterior.

Añádase á esto la obstinación en apoderarse del pueblo de Pucheta, que costó tres cargas á la bayoneta y la vida á buen número de oficiales y soldados, para ser por último abandonado por no responder su ocupación á ningún fin estratégico.

La escuadra coadyuvó á la acción de las tropas.

Los carlistas pasaron la noche reponiendo los parapetos destruidos y los liberales emplazando nuevas baterías y avanzando varias piezas.

Las fortificaciones mandadas construir por Ollo, en el centro y derecha, resultaban por las dificultades del terreno inexpugnables. Zanjas, pedreras, rails, ruedas de vagones y multitud de obstáculos, colocados todos con arte, dificultaban la subida, á la vez que servían para arrastrar en la bajada á los que pretendían trepar por las vertientes de aquellos montes.

Habían las zanjas de preservar de los disparos de la artillería, á los que en ellas se ocultaran, hasta la altura de la cabeza, ofreciendo así poco blanco y pudiendo hacer fuegos rasantes que, cruzados entre sí, defendían aquellas posiciones. Se extendieron estas trincheras desde el monte Lucero hasta el de Ereza en el valle del Cadagua, siendo las divisorias en las rías de Somorrostro y Galindo por los picos de Triano y sierra de la Magdalena, y los atrincheramientos, líneas

contiguas enlazadas por reductos y prolongándose en forma de herradura hasta cerca de Oñate.

Al amanecer del día 27 la artillería liberal rompió el fuego, que se extendió por toda la línea. Avanzan las tropas, pero no logran salvar un barranco defendido por los carlistas.

Resisten éstos tenazmente. En ocasiones, saltan de sus parapetos para cruzar sus armas con el enemigo. Se rehacen los liberales, que habían cedido un momento, mientras Andía, en un simulado ataque á Montaña, se apodera de las primeras trincheras.

Dispuesto el ataque á San Pedro Abanto, combinado con el de Montaña, vuelve á hacer fuego la artillería sobre las posiciones objeto del ataque. Algunos batallones pasan el Musques, mientras otros secundan el movimiento de Andía.

Llegan las tropas á los caseríos de Pucheta y Murrieta; pero son rechazadas por la parte de Abanto con grandes pérdidas, sufriendo el fuego de frente, flanco y retaguardia; este último, hecho desde una trinchera que con traviesas y rails habían construido los carlistas en el ferrocarril de Galdames. De la iglesia de San Pedro y casas agrupadas á su alrededor, situadas sobre una colina, defendida por parapetos y por un arroyo que la servía de foso, disparaban sin cesar los carlistas contra las fuerzas que en vano pretendían subir.

La mortandad en aquel punto fué horrorosa. Inútiles los tenaces esfuerzos de las tropas por salvar el arroyo. Cientos de cadáveres llenaron el pequeño espacio que, junto á la carretera, hay al pie de la eminencia en que está San Pedro Abanto.

Mientras tanto, el general Letona acudía á las Carreras en auxilio de los que eran rechazados.

El terrible fuego del enemigo hace vacilar á las tropas; las reaniman los jefes, y entonces asaltan el parapeto por ambos lados, dejando el campo sembrado de cadáveres.

Se retiran vencidos los carlistas, después de una lucha titánica cuerpo á cuerpo, y avanzan los liberales, que se apoderan del grupo más bajo de casas. Suben los carlistas al más alto, y disputando el terreno palmo á palmo llegan los liberales, camino de San Pedro, hasta las trincheras y parapetos de San Fuentes.

Llega en estos instantes un batallón carlista de refuerzo y se coloca en posición de defender el arroyo ó barranco que separa á San Pedro de las casas de Murrieta.

Cogidos los liberales en un círculo de fuego, les es imposible avanzar ni retroceder, á pesar de que la artillería de las Carreras procura abrirles camino.

La brigada Cortijo, que estaba de reserva, se lanza en apoyo de las primeras columnas, diezmadas por el fuego enemigo; pero nada consigue. Se intenta por los jefes un supremo esfuerzo, mas aquella lluvia de plomo atemoriza á los soldados, que huyendo de la muerte pisotean á los heridos. Primo de Rivera es también herido.

Loma intenta contener la dispersión y una bala le roza la cara; otra le quita el ros y una tercera le atraviesa el antebrazo.

Al mismo tiempo, desciende *Radica* del pico de las Carreras atacando á la bayoneta las casas tomadas por los liberales, de las que no les pudo desalojar, encerrándose en las contiguas.

El general en jefe, con su cuartel general, se lanza á las Carreras. Desde allí envía tropas á reforzar el ataque de Abanto, pero son también rechazadas.

Viendo Serrano que no se podía pasar de Murrieta, ordena su ocupación á todo trance; y á los generales Letona y Andía, que se sostengan sobre las posiciones conquistadas.

Imposible un nuevo asalto, á pesar de haber cedido bastante el fuego del enemigo; por el cansancio de las tropas y la proximidad de la noche ordenó el general en jefe que el ejército acampara sobre el terreno ganado á costa de tanta sangre; pernoctando Serrano en las Carreras y disponiendo que las divisiones y brigadas que más habían padecido durante el combate fueran relevadas aquella misma noche por los cuerpos más descansados, á fin de continuar el ataque al siguiente día.

La metralla de la artillería liberal, compuesta de 30 piezas, no fué suficiente á proteger la infantería, algunos de cuyos batallones se vieron reducidos á menos de una tercera parte. El de Estella perdió 33 de sus 38 oficiales y todos los jefes.

Según datos fidedignos, el número de bajas de ambos combatientes, en los tres días, alcanzó la enorme suma de 8,600 hombres. Entre los muertos se hallaron los coroneles Quintana, Rodríguez y Trillo, y entre los heridos los brigadieres Cortijo y Terremos.

Había fracasado, por dos veces, la operación de salvar á Bilbao, así como el intento de desembarco.

Los carlistas eran, pues, vencedores; mas á tal precio, que en el Consejo que celebró Don Carlos al día siguiente al de su victoria en San Salvador del Valle, se discutió la conveniencia de levantar el sitio de Bilbao y retirarse; fundamentando esta opinión en que no había un solo cartucho de repuesto.

Andéchaga, Berriz y Elio, sostuvieron la conveniencia de que se levantara; prevaleció esta opinión contra la de 17 votos.

Tenían los carlistas, como ya hemos apuntado, tal escasez de municiones, que si al día siguiente al reanudarse el ataque no hubiese sido suspendido á causa de una espesa niebla, se hubieran visto en un grave aprieto en la retirada.



Elicio de Berriz.

Como de costumbre, se rompió el fuego muy de mañana por ambas partes. La artillería liberal cañoneó las posiciones enemigas.

Enterados los artilleros de que un grupo de carlistas se hallaba sentado á la puerta de una casita de San Fuentes, apuntaron una granada con tal precisión que cayendo entre el grupo hirió de muerte, al explotar, á Rada, Ollo y Escudero. El coronel secretario de la comandancia general de Navarra, señor Torreciella, salvó por casualidad la vida.

Rada y Ollo eran dos de los mejores jefes del ejército carlista. Mëndiri reemplazó á Ollo en el mando de las fuerzas navarras.

Obstinado el enemigo en apoderarse de Bilbao, proseguía el sitio; mas, como los liberales no cejaban tampoco en su propósito de salvar la villa, llegó á hacerse cuestión de vida ó muerte para carlistas y liberales.

Dos meses llevaban éstos sin poder romper la línea de los sitiadores, lo cual reportaba crédito al enemigo. Así había ya alguna nación extranjera dispuesta á reconocer al carlismo como ejército beligerante y aguardaba sólo para ese reconocimiento la toma de Bilbao.

Los habitantes de la villa, decididos á emular el heroísmo de sus antecesores en 1836, se hallaban dispuestos, antes que capitular, á prender fuego á la ciudad y abrirse paso por entre las filas enemigas.

Incomunicados con las demás provincias, entregados á sus propios recursos, sintiendo la escasez de alimentos, al extremo de costar 35 pesetas una gallina, 40 un quintal de patatas y 3 el par de huevos; teniendo que comer pan de haba y luego de maíz, arruinado su comercio é industria, paralizadas, en fin, las fuentes de su producción y riqueza, era la situación de aquel vecindario por demás crítica. Mas no por eso desmayaban; celebraron el carnaval con igual buen humor que en años anteriores.

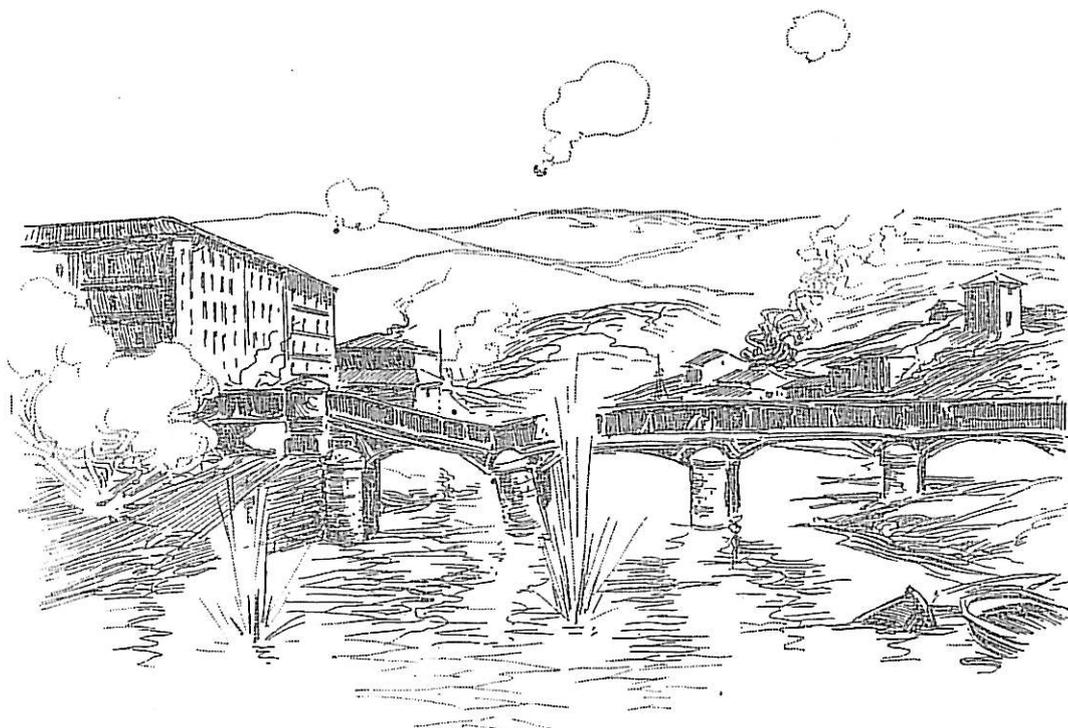
Transcurrían los días y el esperado socorro nunca llegaba. Comenzó el bombardeo el 21 de Febrero, causando incendios y destrozos. Desde los altos siguió el vecindario los movimientos de los combates del 25 al 27, dándose cuenta de la derrota de Moriones.

Arreciaron los sitiadores; construyeron nuevas baterías y trincheras; incendiaron varias casas y, suspendido el bombardeo en los días 15 y 16 de Marzo, fué aprovechada aquella tregua para circular por la población y ver los estragos causados por los proyectiles.

Tornaron los carlistas al bombardeo el 17, ocupando el 18 el convento de Santa Clara, próximo á Begoña, cuyo destacamento liberal se apoderó de la casa de Abaitua; siendo al fin rechazado el enemigo al pretender incendiar la casa ayuntamiento.

Tras de una semana sin bombardeo se reprodujo el 27, en cuyo día se dispuso racionar de pan á la población, que ascendía á más de 18,000 almas y que ya había substituído la carne de caballo por la que antes comían, entristeciendo el ánimo del vecindario las noticias de las batallas libradas por el ejército liberal en San Pedro Abanto.

Dieron cuenta los carlistas á la población del fracaso del socorro que esperaban, intimando de nuevo la rendición y pidiendo el nombramiento de una Comisión que examinara el campo de batalla y obras de defensa de su línea; oferta que no fué siquiera contestada



Para mejor convencer á los bilbaínos, imprimió Elio el 31 de Marzo una proclama que repartió profundamente por la villa, de cuyo documento copiamos los párrafos siguientes:

« Depositada la suerte de Bilbao en manos del ejército de socorro, el 25 de Febrero fué derrotado Moriones, y eso debió bastar para que una población sensata, floreciente y rica, y consagrada exclusivamente á la prosperidad de su industria y su comercio, se decidiera, ajena á pasiones políticas, á poner á salvo sus vidas y haciendas. Quiso esperar. Un mes ha necesitado aquel ejército para rehacerse, después del revés sufrido, y durante su trascurso, se ha dedicado sin descanso á allegar cuantiosa artillería y aglomerar, sin perdonar sacrificios, cuantos recursos ha podido reunir.

» Convencido el rey de que Bilbao quería esperar á toda costa el resultado de una nueva batalla, y compadecido de los sufrimientos, desgracias y ruinas de la población; quiso acelerar la hora del choque decisivo, y ordenó, como se hizo, que fuese bombardeado San Juan de Somorrostro, ocupado por las tropas de la República. Llegó al fin el momento tan deseado, y tres días de un empeñadísimo, sangriento y horroroso combate han declarado cerrado el paso á Bilbao.

» Una abnegación y heroísmo como el de los numantinos podría tener explicación ante un enemigo extranjero. Entre españoles, es insensato, al par que in-

humano y cruel. El rey no se impacienta por ser dueño de Bilbao; su suerte, está dicho, escrita está. Se duele sólo de que cuatro obcecados, que tendrán sin duda muchas culpas pendientes, juzgándonos vengativos, se engañen y os engañen, arrastrándoos á una resistencia que, más que á la defensa de Bilbao, tiende á su propia defensa, bajo la máscara de patriótica abnegación.

» El rey lo ha dicho muchas veces; no quiere ser rey de un partido, sino de todos los españoles; quiere devolver á esta desgraciada Nación, hoy juguete y víctima de la ambición de algunos, la paz y bienestar con la prosperidad y nombre que el mundo entero envidiara un día; y para ello, y español de raza y de corazón, está dispuesto á todo género de sacrificios.

» El nieto de cien reyes, heredero de una cuantiosa fortuna, no puede buscar nombre ni posición. Al llevar á cabo la gloriosa empresa de conquistar un reino, á cuyo gobierno como monarca tiene derechos legítimos irrecusables, cumple un sagrado deber, y no hace más que afrontar la inmensa responsabilidad de sus actos, en recompensa de la dicha de devolver á su pueblo la felicidad que tanto anhela y necesita.

» Ahora bien, si sus voluntarios entran en Bilbao por una capitulación honrosa para todos, puesto que una sola es nuestra honra, seréis respetados, yo os lo garantizo; pero, si obcecados insistís en prolongar una resistencia que no tiene razón de ser, preciso será entrar á viva fuerza, y en medio de la confusión consiguiente, no sé hasta qué punto alcanzarán mis fuerzas á contener á los que, por efecto de esa resistencia, han perdido un general en quien adoraban.

» Al dirigiros estas palabras, cumplo con mi conciencia como cristiano, como español y como soldado, y sobre vosotros descargo la responsabilidad de las ruinas y daños que á Bilbao sobrevengan en lo sucesivo.

» Meditad con espacio; que el cielo os ilumine, y al decidiros, el mundo os juzgará y nos juzgará, encargándose la Historia de colocarnos á cada cual en el lugar que le corresponda.»

Terminaba el documento diciendo que al general Primo de Rivera se le había dado ya sepultura y que Loma estaba expirando.

Sin solicitarlo ninguno de los combatientes, se estableció una tregua para recoger cada cual sus heridos y muertos, con cuyo motivo entablaron conversación las tropas de uno y otro bando, mezclándose amistosamente y trascendiendo esta comunicación á los oficiales, que confraternizaron entre sí. Aquella tregua dió ocasión para que se abrazaran antiguos amigos, parientes y aun hermanos. De semejante confraternidad nacieron ciertas proposiciones de convenio que no tuvieron posterior resultado. Cada cual volvió á su campo para seguir defendiendo la bandera jurada.

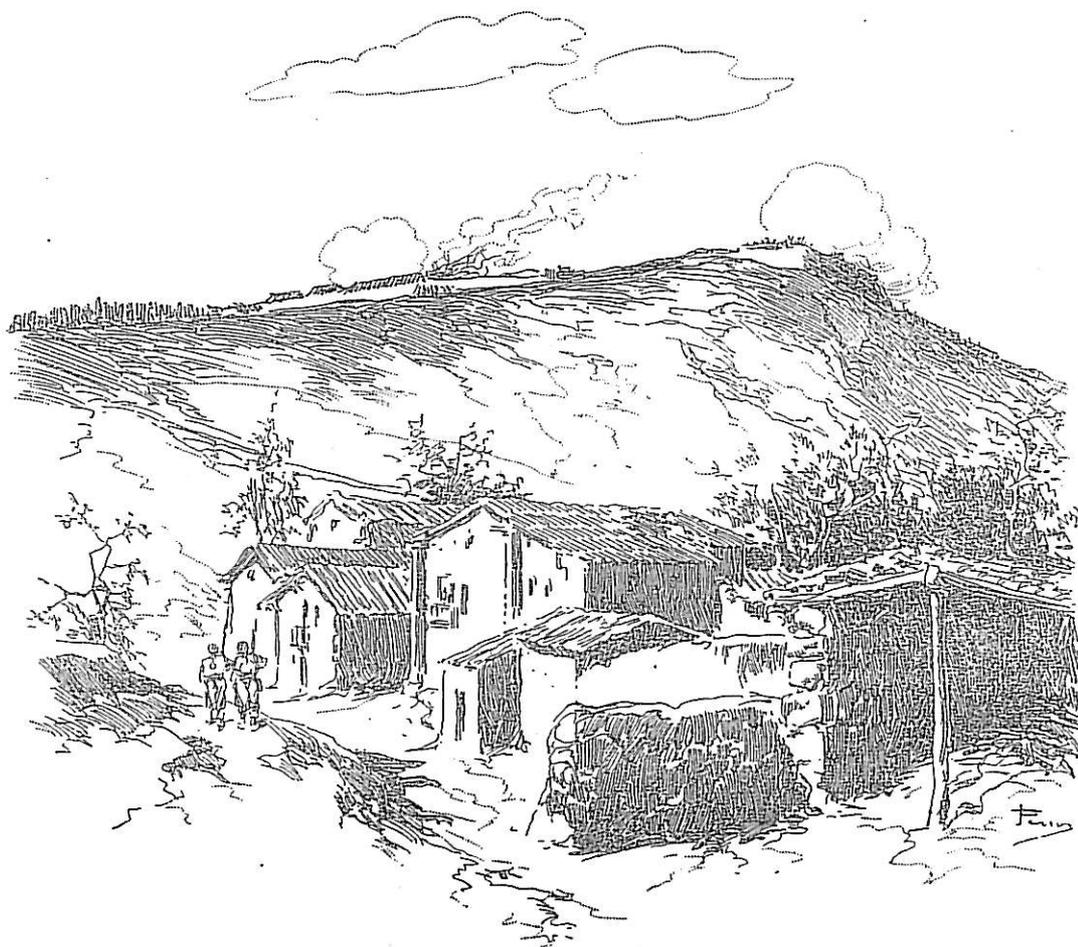
Mientras esto sucedía, el gobernador de la plaza decía al Gobierno:

« Reitero anteriores partes, encareciendo urgencia, diariamente creciente, inmediato socorro. Pueblo soporta bien bombardeo, pero nó falta absoluta de pan, que ya empezó. Hay también falta de arroz, tocino, gran escasez de vino, etcé-

tera, etc. Apremia mucho, mucho, socorro. Juzgo impotentes mis esfuerzos en muy breve plazo de días dentro del mes.»

Y era verdad, puesto que para darles alimento á los enfermos se dispuso ir matando sucesivamente los caballos de las secciones de Albuera y Numancia.

El ánimo público se hallaba en aquellos momentos decaído; pero bastó un parte del general en jefe anunciando que pronto se levantaría el cerco, parte que fué llevado por el arrojado carabinero Juan Díaz Cordero, ascendido al empleo de subteniente en premio de los peligros y penalidades arrastrados en su viaje de cuatro días, para que el vecindario recobrará al punto la serenidad y celebrase fiestas públicas con tal motivo. Mucho contribuyeron los periódicos de la localidad *La Guerra* y *El Iruracbat* á que renaciera la calma en la población.



Trinchera carlista, sobre la línea férrea de Galdames.

Había hecho conocer el general Villegas á Serrano un plan de operaciones que por medio de un movimiento estratégico tendía á desguarnecer de fuerzas enemigas la línea envolvente extendida en su frente de ataque.

Estudiado por el Duque de la Torre, lo estimó conveniente, y á fin de ponerlo en práctica, ofició al ministro de la Guerra diciéndole que consideraba necesario

que un nuevo cuerpo de ejército de 10 á 12,000 hombres se situara en los alrededores de Santoña para moverse en dirección á Valmaseda, á la vista de los montes de Galdames, y ver así de cortar la retirada al enemigo, envolviéndole por su flanco izquierdo.

Contestó el ministro de la Guerra aprobando el plan é indicando á la vez la conveniencia de que se fueran fortificando los lugares que el ejército fuera en su avance acupando. Anunció, además, el 29 de Marzo, la formación de un tercer cuerpo de ejército al mando de don Manuel de la Concha, Marqués del Duero.

Para el mejor desarrollo del plan que había de ponerse en práctica, decía el general Zavala el 31:

«Un movimiento estratégico, realizado con fuerzas respetables, hace imposible ciertas posiciones difíciles de atacar de frente. Con el número de combatientes hoy reunidos, y los que irán, no es ya una guerra irregular de montaña: el terreno es estrecho y ocupan mucho 18 ó 20,000 hombres, que también han menester gran cantidad de víveres y otras necesidades irremisibles á esas grandes poblaciones ambulantes. Tengo la evidencia de que, conducidos los refuerzos por una acertada línea de maniobra, abandonarán los carlistas la suya ó se expondrán á un desastre.»

Aun se permitió hacer, el 3 de Abril, otras indicaciones que en la práctica demostraron la exactitud de sus cálculos:

«Como se trata de una operación, á la vez táctica y estratégica, porque atacará de flanco al enemigo y amenazará su base de operaciones; verificada esta maniobra con fuerzas suficientes para batirse con la mayor parte de las enemigas, y obligadas éstas á dividirse también, no puede V. E. suponer que tomen la ofensiva. Para asegurar el éxito, pudiera V. E. destacar ocho batallones, que se unirían á los veinte citados. El cuerpo de veintiocho batallones operaría por Valmaseda, Mercadillo, Avellaneda, etc., siendo imposible que el enemigo, aunque haya fortificado algo aquel terreno, abarque fortificada también una extensión de cinco leguas. Mientras más se medita esta operación, mejor se comprende que los carlistas no pueden permanecer en sus actuales líneas una vez emprendida aquélla, dando como resultado, si esperase, su derecha y su espalda al mar, y después al estrecho terreno regado por el Nervión y el Cadagua, cuyo último río no podría ya pasar, ó se retira rápidamente para mejorar su situación, cediendo V. E. las líneas que ataca y las sucesivas, de difícilísimo abordaje, tomadas de frente, ó será envuelto y rendirá las armas en número no despreciable.»

Llegó Concha á Santander el 8 de Abril, tomando el mando del tercer cuerpo de ejército. Se componía éste de 25 batallones con un contingente de 16,596 hombres, un escuadrón, 14 piezas de montaña sistema Plasencia y seis rodadas Krupp, 377 acémilas y 400 carretas para conducción de víveres y municiones. Auxiliar suyo había de ser el ejército del Duque de la Torre, compuesto de 15,494 hombres. Formóse una división de vanguardia que mandaba Palacios.

Dividió el Marqués del Duero su ejército en tres divisiones al mando de los

generales Reyes, Echagüe y Martínez Campos, dejando fuera de esta combinación al general Villar, capitán general á la sazón de Burgos y autor del plan de ataque que iba á desarrollarse.

Con muy mal acuerdo envió Concha á su ejército por mar en vez de por la carretera, sucediendo que tuvo que arribar en Santoña, donde pasó la tropa dos días sin agua ni raciones.

Previos varios consejos de generales y después de repartirles minuciosas instrucciones, se puso Concha en marcha, llegando á Otañes el 27 de Abril.

Avistóse Serrano con el Marqués del Duero acordando los detalles para comenzar las operaciones al día siguiente.

Aquella noche la pasó Concha sin dormir, viendo desde el balcón de su alojamiento, á la luz de la luna, las formidables posiciones de las Muñecaz, asesorándose de gentes del país sobre detalles del terreno y dictando las órdenes precisas.

Como al amanecer debía romperse el fuego en toda la línea, ordenó Serrano adelantar sobre Montellano 17 batallones al mando del general Laserna y amenazar desde Somorrostro á los enemigos para retenerlos en sus trincheras.

Este movimiento no se realizó hasta bien entrada la mañana por haber ordenado Martínez Campos que las carretas que conducían los víveres retrocediesen á la carretera de la costa, lo que produjo indudable retraso.

Al amanecer del 28 examinó Concha el conjunto del terreno y se ratificó en su plan de ataque. Ordenó al general Echagüe que avanzase con ocho batallones á fin de apoderarse de las alturas de Haya, por la derecha de la línea liberal; á Martínez Campos, que con igual número de fuerzas marchara por los estribos de la izquierda, en dirección á las alturas del otro lado, para reunirse á las tropas destacadas de Somorrostro hacia Montellano; y que el general Reyes quedase en Otañes como reserva y encargado de los convoyes. Mandó también que la artillería rodada se colocara fuera de toda acción sobre la carretera, defendida por un batallón.

Los carlistas, que ya sabían por dónde iban á ser atacados, á causa de haber interceptado el parte que el general en jefe enviara al gobernador militar de Bilbao, y del que ya hemos hecho mención, comprendieron el apuro en que pronto se verían por la necesidad de tener que extender su línea, restando con ello fuerzas á puntos importantes.

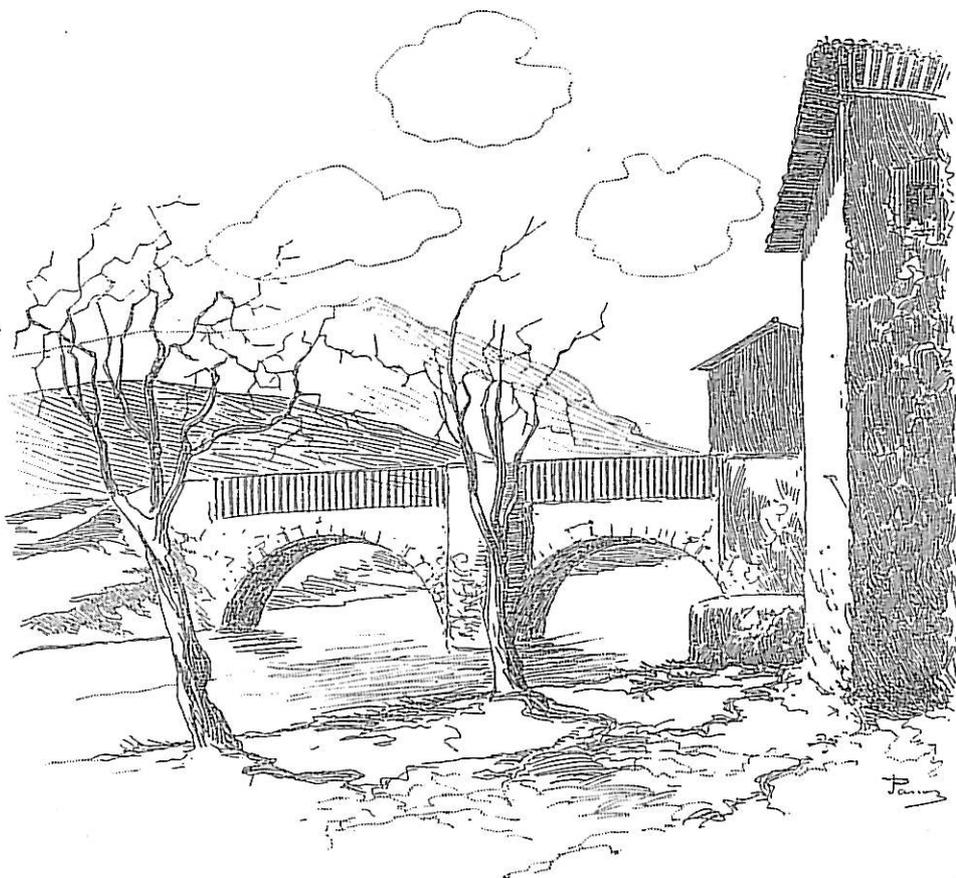
Poco precavidos, sin embargo, cometieron el error de dejar sin defensa en las primeras horas del combate el puerto de las Muñecaz.

Simulado el ataque por Carranza para efectuarle por las Muñecaz, lanzó Concha sus tropas á la lucha, incorporándose á la primera división, encargada de tomar las posiciones que tenían los carlistas atrincheradas de frente y de flanco.

La operación, de suyo difícil, lo fué aún más por el calor sofocante de aquel día. Tomada la primera posición sin grande esfuerzo, se hacía difícil la segunda, hasta que dos batallones flanquearon por ambos lados, quedando entonces la trinchera en poder de los liberales.

Era la última posición y la más formidable de todas el pico de Haya, que defendían los carlistas á pecho descubierto.

Vista la tenacidad de la defensa, manda Echagüe cargar á la bayoneta, y á la



Puente de Somorrostro.

cabeza de sus tropas llega á flanquear la posición; mas era penosa la subida por las dificultades que oponía lo abrupto del terreno.

Viendo Concha que Echagüe no podía llegar á la cumbre, ordenó á Reyes el envío de algunas fuerzas, que no llegaron; visto esto y alentado por el brigadier Espina, que consideró necesario reforzar aquel punto de ataque, dirigiéndose á su cuartel general, dijo: «Vamos todos;» y se lanzó resuelto á la posición por una senda que, aunque flanqueada por los carlistas, era el único paso practicable.

A la presencia del general en jefe renace el vigor de las tropas y, después de haber trinchera que fué tomada, perdida y vuelta á tomar hasta tres veces, llega Concha al fin á las alturas de las Muñecaz, rota la levita de un balazo por la parte del hombro derecho.

En la retirada perdieron los carlistas á su bizarro jefe Andéchaga, que murió sobre el campo de batalla.

Vencedor Concha, se encontró al caer la tarde dueño de las alturas que dominan el paso del puerto de las Muñecaz. Martínez Campos, en tanto, seguía por la

izquierda á la cumbre de la cordillera en cuyas faldas se asientan, en lados opuestos, los pueblos de Talledo y Montellano.

Después de ocupar Laserna á Cortes, llegó con las restantes tropas á Montellano, mientras la vanguardia del general Palacio avanzaba á unirse con las fuerzas de Martínez Campos, obligando á los carlistas este movimiento de unifi-



Manuel de Laserna.

cación á retirarse á Sopuerta y Tras la viña. Los enemigos quedaron rebasados. Lizárraga dirigió la retirada, mientras Elío, acusado por los suyos de impericia, por no haber hecho defender con dobles fuerzas el punto principal de ataque, las Muñecaz, se retiró con orden á Galdames.

Aquella noche vivaqueó el Marqués del Duero entre sus tropas y preparó el ataque del día siguiente, que debía verificarse por la izquierda, hacia el estribo que domina, por la cordillera principal, el valle de Galdames, facilitando así el movimiento de las fuerzas de Palacio y Laserna, mientras Concha seguiría el camino de la derecha.

Marchó después con la vanguardia á reconocer el terreno; mas, viendo abandonadas las posiciones de Avellaneda, las ocupó con su vanguardia. Visitó el hospital de la Cruz roja; envió tropas á dominar el valle de Galdames, á fin de envolver la línea enemiga y proteger la marcha que se debía hacer al día siguiente, por un estrecho desfiladero que conduce á Galdames. Dió por terminado aquel reconocimiento, hecho en medio de un temporal de agua y por terreno escabroso, á la media noche.

La tarde del 29, se le incorporó Martínez Campos, y á no haber sido por su tardanza y la lentitud del convoy de carretas, se hubiera empezado el ataque aquel mismo día.

Elío, por su parte, concentró sus fuerzas en Galdames, extendiendo sus batallones por los montes de Triano, cubriendo el flanco izquierdo á los acampados en Somorrostro, y formando así una línea cuya derecha se apoyaba en los altos, sobre Cortes y frente á Montellano, y cuya izquierda estaba en las inmediaciones de Güeñes.

Mejoraron con esto los carlistas sus posiciones; pero tan obcecado se hallaba Elío creyendo que volvería á ser atacado de frente, que nada hizo para prevenirse por su parte izquierda.

Mejoraron con esto los carlistas sus posiciones; pero tan obcecado se hallaba Elío creyendo que volvería á ser atacado de frente, que nada hizo para prevenirse por su parte izquierda.

Hubo de desorientarle el ver que Concha enviaba fuerzas en todas direcciones.

nes, y hasta tal punto no vió claro, que no destacó siquiera algunos batallones á defender los senderos casi impracticables que su enemigo tenía que forzar para subir á la sierra de Cortes y Galdames.

Cuando Elío se dió cuenta del objetivo de Concha era ya tarde; así que no pudo hacer otra cosa que emprender la retirada sin detenerse en la línea de Cadagua ni en las posiciones de Castrejarena.

Al amanecer del día 30 de Abril se rompió el fuego en la línea de Somorrostro. El general Serrano marchó á Montellano, mientras la división Laserna cruzaba el río Somorrostro y ascendía por las vertientes de Peñalamba, desalojando á los carlistas de sus trincheras y ocupando la línea del ferrocarril de Galdames, para desde allí continuar su avance tan pronto como las tropas del tercer cuerpo llegaran á San Pedro.

Transcurrieron algunas horas de inactividad esperando la llegada de los convoyes y batallones que los custodiaban, cuando, al mediar la tarde, desistió Concha de atacar con mayor radio en Somorrostro, y al efecto mandó sobre Galdames siete batallones que llegaron á su destino sin ser hostilizados, uniéndose á las fuerzas de Laserna, llegadas á San Pedro horas antes.

Mientras se hacía este movimiento, Concha y Echagüe amenazaban al enemigo por la extrema derecha hacia Güeñez, excepto una batería rodada y un batallón que dejó Concha en Sopuerta para defender aquel punto.

Sabedor el Marqués del Duero de la llegada á Galdames de los siete batallones mandados por Martínez Campos, ordenó atacar la cumbre; para lo cual dividió su ejército en tres columnas: la del centro y derecha, al mando de Palacios, y la de la izquierda á las órdenes del brigadier Morales de los Ríos, con orden expresa de reunirse en los Altos, quedando de reserva el resto de las tropas.

A la vez que estas fuerzas atacaban, lo hacía también Martínez Campos, que dividió sus tropas en dos columnas; atacando la una por la izquierda y la otra por la derecha, mientras la división Echagüe, marchando por la parte de Güeñes, desorientaba á Elío.

Así, antes de la media noche, las tropas liberales eran dueñas de aquellas formidables posiciones. Bilbao estaba libre.

Habían empezado los carlistas su retirada la noche anterior, comenzando por la impedimenta. La resistencia que halló el ejército en algunos puntos no fué por lo tanto dura ni tenaz.

El Duque de la Torre, como jefe del Gobierno, firmó en el campamento el decreto nombrando al ministro de la Guerra, don Juan Zavala, capitán general de los ejércitos nacionales.

Franco el paso de Portugalete y resuelta la cuestión de Somorrostro con la toma de Galdames, sólo restaba al ejército entrar en Bilbao.

Ciento veinticinco días había durado el sitio. Cuatro baterías de morteros y cuatro cañones enemigos arrojaron á la plaza, en todo ese tiempo, 6,783 proyectiles huecos y sólidos y dos disparos de metralla. Contestaron los sitiados con



BILBAO — Guardias forales.

veteranos. Quiso el Duque de la Torre que le cupiera á Concha la honra de entrar en Bilbao al frente del ejército, ya que suyo había sido el triunfo. Quiso también, como deferencia al general Zavala, que el Conde de Paredes de las Navas, hijo del ministro de la Guerra, fuera el primero que á la cabeza de un destacamento saludara á los heroicos bilbainos.

El 2 de Mayo, fecha gloriosa para Bilbao, entró el Marqués del Duero al frente del ejército libertador. El jefe del Estado, general Serrano, lo hizo al día siguiente.

Libre la ría y en comunicación con el mar, Bilbao se aprovisionó, dejando escrita en la historia una página digna de ser tenida en cuenta por los pueblos amantes de la libertad.

El Duque de la Torre marchó á poco á Madrid y Concha quedó al frente del ejército.

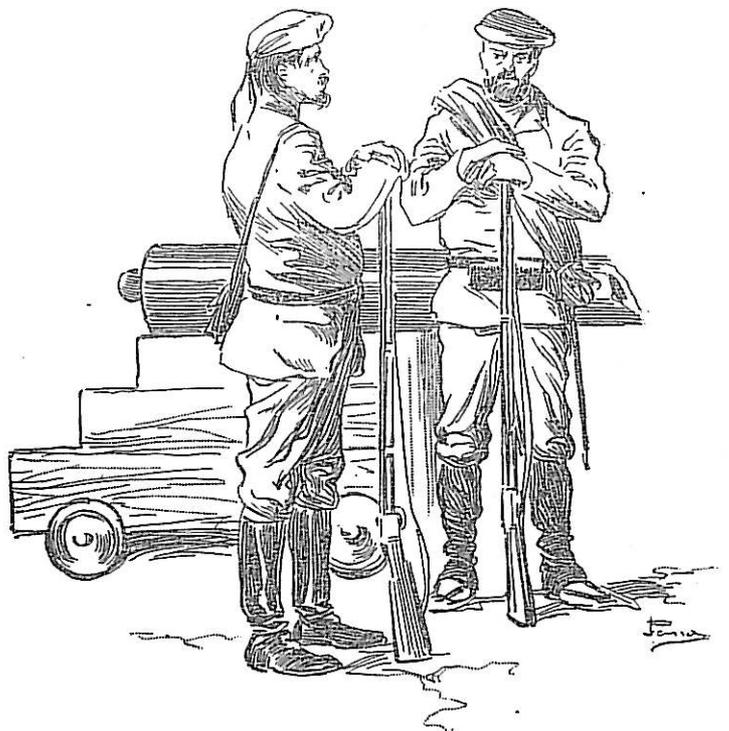
Dividido éste en liberal y con-

10,000 y 12 botes de metralla. Las pérdidas sufridas en la población se calcularon en 7.500,000 pesetas.

Terminó el bombardeo el 1.º de Mayo. Cuando los carlistas levantaron el sitio fueron dejando tras de sí un rastro de fuego con la quema de los caseríos que hallaron al paso.

En la defensa de la villa tomaron parte activa los forales y los voluntarios, éstos últimos bajo la dirección de Mariategui.

La compañía que se formó, se tituló de zapadores auxiliares é ingresaron en ella el ingeniero jefe de caminos, los arquitectos de la población, el ayudante de obras públicas, los maestros de obras, el fontanero de la villa y tantos otros facultativos. Todos ellos se portaron cual si fueran militares-



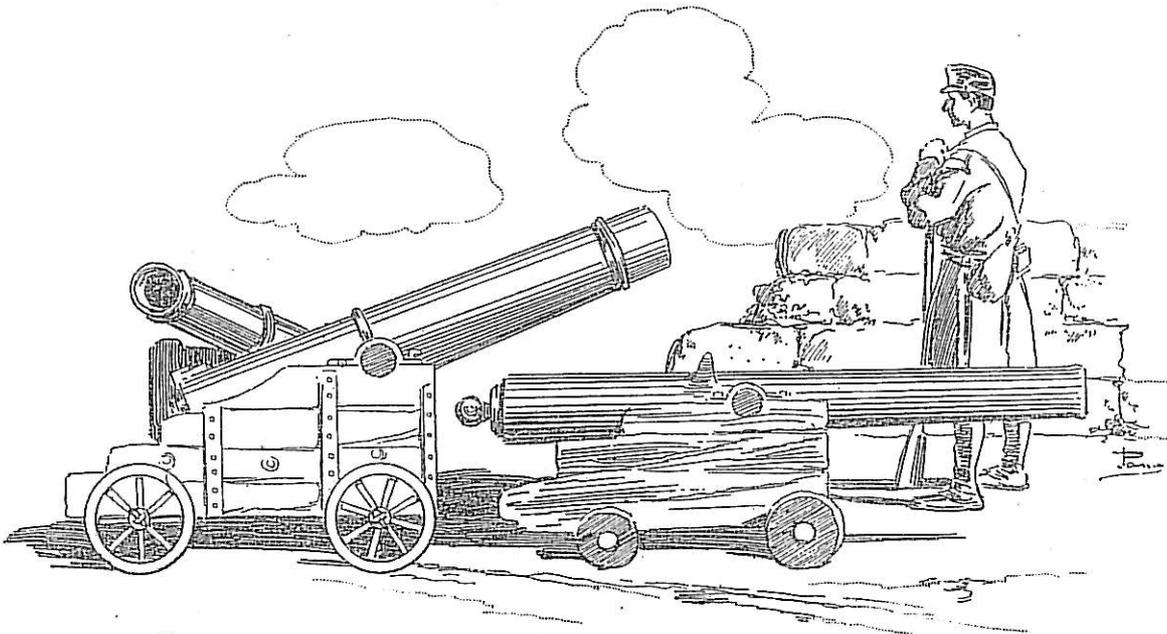
BILBAO — Auxiliares de la guarnición.

servador y habiendo los últimos predominado constantemente, varios de los jefes, ávidos de mudanzas en el orden político del Estado, pretendieron proclamar en Bilbao á Don Alfonso XII Rey de España.

Necesitó el Duque de la Torre interponer toda su autoridad para impedir ese atentado contra la Nación.

En las diversas entrevistas que á dicho fin tuvieron varios generales se acordó que Concha resolviese. Fué de parecer que mientras la guerra civil no estuviera dominada por completo, nada debía hacerse, pues una sublevación podía dividir el ejército y determinar el triunfo del absolutismo.

Tanto amor tenían á la causa monárquica los generales Martínez Campos,



Cañones tomados á los carlistas en el sitio de Bilbao.

Letona y Echagüe, que se juramentaron para dejar sus cargos si el Marqués del Duero se oponía á sus planes. Letona, consecuente con su juramento, pidió su cuartel, declarando que más simpático le era Don Carlos que el Gobierno. Los demás faltaron á lo convenido.

Bilbao estaba salvado, pero no vencido el carlismo. La guerra no había perdido su gravedad, toda vez que en su retirada se llevó el enemigo íntegra su impedimenta y gente.

No obstante, la moral del ejército carlista sufrió grave quebranto. La muerte de Andéchaga y los errores de Elío desmoralizaron á todos, hasta el punto de ser autorizados los jefes de brigada para tomar medidas enérgicas con los militares y paisanos que por medio de actos ó en sus conversaciones hicieran pública la idea de no poder sostenerse la guerra.

Muchas de estas charlas tendían al desprestigio de Elio, del que decían algunos « que sino hubiera dado en todos tiempos tan señaladas pruebas de su acrisolada lealtad, habriase sospechado que en la acción de Galdames había obrado en connivencia con el enemigo ».

Interrumpamos ahora la relación de la guerra y veamos qué pasó en la política española después del golpe del 3 de Enero.
